
GI MAELYS
BUENAS
NOCHES
QUE
RIDA
UN THRILLER DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

CONTENIDO

BUENAS NOCHES QUERIDA

GI MAELYS

Diseño de portada realizada por Pedro Tarancón

Esta historia no existiría sin el lector,

así que,

***gracias** por darme la oportunidad de llegar a ti.*

Para mi hermano,

el niño increíble… que no cree,

y,

para mis lectores de Facebook y Wattpad

que sin su apoyo y comentarios, jamás habría podido llegar hasta aquí.

Capítulo 1

Había despertado más temprano de lo que solía hacer cada mañana. El color rojizo en el cielo comenzaba a disiparse y el frío del piso sobre mis pies daba la sensación de que sería un buen día. Desperté bastante enérgico, ¿la razón? Debía hacer un par de cosas antes de ir al trabajo. Nunca en la vida había hecho algo similar o he de decir, nunca en la vida había sentido tal emoción por hacerlo. Se trataba de una primera vez, y a decir verdad, una fuerte emoción se apoderaba de mí tras pensar en ello; era la misma reacción de siempre, aquella sensación de adrenalina, el sentir la sangre hervir recorriendo mi cuerpo entero y al final, la estupenda sensación de satisfacción: ¡Me hacía sentir vivo a través de los demás!

Aunque esta vez, era diferente.

Había algo especial en esta ocasión.

—Se hace tarde. —Sonreí mientras me vestía un poco informal para la ocasión. Debía pasar desapercibido, y sabía que, pese a tratarse de la primera vez que les conocería, lo importante no era plantarme frente a ellos o estrecharles la mano; de eso, ya habría tiempo.

Pasaba inadvertido, escondiéndome en una especie de camuflaje que, a decir verdad, a primera vista causaba buena impresión. Sobre todo, porque se trataba de algo a lo que me había acostumbrado a ser bueno.

Apariencia.

Confianza.

Ser extremadamente cuidadoso y no levantar ningún tipo de sospecha era lo único en lo que me enfocaba.

Antes de salir, miré por última vez la dirección detrás de una foto que me habían entregado, podía oler la dulzura de la vida a través de aquellos rostros bastos de afecto. Justo antes de salir de casa, desayuné rápidamente, no quería llegar tarde y perderme del placer de conocer a mi nueva víctima, una muy prometedora víctima. Y es que no lo conocía más que a través de una fotografía.

Hacía ya dos semanas de haberme encontrado con un hombre llamado Andrew. La intervención se había dado justo cuando iba camino a casa, se trataba de un joven castaño, poco menor a mí en edad y un par de centímetros más bajo que yo; por su apariencia

deducía que la vida no le trataba muy bien. Me detuvo en medio de la calzada imaginando que podía contarme un par de secretos como tal cura ante un devoto de la iglesia. Conversamos sobre banalidades —o eso eran para para mí—, hasta que una y solo una, fue la que despertó mi interés: Había mencionado un asesinato.

Se veía tan fatal a pesar de no haber sido él, el autor.

Su hermano, Alexander, había asesinado a su mejor amigo.

Según Andrew, Alexander perdió la cordura y lo mató frente a sus ojos, en palabras de él, había sido un evento tan horroroso. El habla del chico reflejaba tal aflicción que enfermaba. Se sentía cómplice —y así era—, pero para mí, aquello no significaba nada. Que él hubiera estado presente no me incitaba a hacerle frente, todo lo contrario con su hermano. Él sí que me importaba, por lo que a partir de ahí, me limité a escucharle con detenimiento.

—¿Qué hicieron con el cadáver? —pregunté con suma curiosidad.

—No lo sé, Alexander se encargó de todo. Yo abandoné el lugar al ver lo que le había hecho a su mejor amigo.

—¿No tenía motivos para hacerlo? —Lo miré a los ojos buscando alguna respuesta. Algo me decía que no era la primera vez que Alexander hacía algo de este tipo—. Quiero decir, ¿él le hizo algo a tu hermano como para que lo asesinara? —sentía curiosidad.

—No, no lo hizo, no que yo sepa —dudó un poco.

—Dame la dirección y una foto de él —le dije.

—¿Qué harás?

—Soy agente de policía, trataré de investigar.

No fue difícil, de hecho fue más fácil de lo que parecía, creo que el hecho de haber estado ebrio le permitió bajar la guardia. Después de esto, supe que Andrew no vivía tan lejos, estaba a tres minutos de mi casa y Alexander a cinco. Fue por ello que me atreví a hacerle una propuesta. Él no sabría más que de la pequeña y secreta investigación que llevaría a cabo. Le dejé en claro que lo haría por mi parte, que ninguno de mis hombres sabría al respecto y que de ser así, podría salir perjudicado. Creé cierto nerviosismo en él, no hablaría más.

—Trataré de investigar qué hizo con este chico y por qué. Escucha, en esto no tiene nada que ver la policía. Solo investigaré para que te quedes tranquilo.

Lo miraba a los ojos mientras le decía todo esto, él asentía, me lo había ganado. ¿Quién no confiaría en un agente de policía? Dicho esto, me propuse investigar y actuar en caso de ser algo

verdaderamente serio. Así fue como encontré que no residían tan lejos.

Justo antes de visitarlos, investigué sobre familiares y amigos. No había nada sospechoso o nada que pudiera ponerme en peligro, aunque si, una falta de información. Los registros que aparecían en la nube eran referidos a una etapa poco antes de la mayoría de edad. No era un hecho que pudiera omitir, sin embargo me estaba costando bastante dar con ella.

Pese a ello, no pensaba volverme a poner en contacto con Andrew, era mejor guardar distancia con él. Ya tenía planeado decirle que no había podido encontrar nada. Sin embargo, sabía que Alexander era culpable y no podía dejarlo así.

Tomé las llaves de mi auto y cerré la puerta tras de mí.

Eran las seis de la mañana, buena hora para salir a dar un paseo.

Su nombre era, Alexander Masen Levesque. Un nombre bastante interesante y sugestivo. Se trataba de un joven fornido, aproximadamente 1,74 de altura y 26 años de edad. Meses más chico que yo tomando en cuenta que estaba a punto de cumplir los 27. No tenía ningún familiar a excepción de su hermano menor: Andrew. Sus padres habían muerto en un trágico accidente automovilístico poco después de que el menor de sus hijos hubiera cumplido la mayoría de edad, y así, cada uno siguió con su vida… tanto que se consiguió una novia: Alizee Aleu.

Una chica que solo conocía por la foto que llevaba conmigo.

Me había tomado poco menos de un cuarto de hora llegar al domicilio de Alexander. Aparqué casi frente a su residencia: una casa grande y elegante en tono beige, con losa de teja marrón. Un edificio de dos pisos, con ventanas amplias en la parte delantera. Además de un pequeño balcón al centro de esta. El césped estaba muy bien cuidado y al final del jardín se observaba una pequeña palmera… Un porche por encima de su auto me impedía cierta vista hacia el recinto.

Esperé, y observé todo a mí alrededor, aún no lo veía salir, ni dar señales de vida. No tenía protección alguna y tampoco nadie en el vecindario. No había perros merodeando por el lugar y nadie había salido a echar un vistazo una vez detenido el auto. Mientras esperaba, degustaba de un poco de café que me había comprado momentos antes de llegar allí. Encendí el estéreo, en bajo volumen mientras observaba. La paciencia siempre había sido una de mis virtudes. Eran las 6:30 am.

Después de un par de minutos lo vi salir a través de aquella puerta de roble. Me reincorporé en el asiento muy despacio, siendo

cauteloso y agudizando la vista a través del parabrisas.

Subió a su auto luego de accionar el seguro del mismo, encendió el motor y aceleró. Fui tras él a una distancia prudencial. Recorría una ruta que conocía de algo, aunque para nada relevante en este momento. Dobló a la derecha y al cabo de cinco minutos llegó a otra casa tan lujosa como la primera. Observé el lugar como lo hice anteriormente. No había peligros. El chico bajó del auto y a paso firme se acercó a la puerta principal para presionar el timbre por escasos segundos. Sin demora, apareció frente a él la chica de la foto. Su emoción por verlo era demasiada que lo saludó plantándole un beso sobre los labios. Instantes después, ambos ingresaron al recinto. Fue en ese momento cuando me decidí a bajar del auto, me dirigí hacia allá merodeando por el lugar, les escuché hablar: habían quedado de verse más tarde. El resto careció de sentido.

Los había visto en persona, por fin.

Sin más, regresé al vehículo y me marché. Debía ir al trabajo pues ya había pasado bastante tiempo en ello. De vuelta a la carretera me centré en estudiarlo todo a mí alrededor mientras escuchaba algo de Julien Doré en el estéreo. Cualquier indició era señal de alerta.

—Tú siempre tan madrugador —dijo Nolan, mi compañero de trabajo. Un tipo inteligente, precavido y con bastante picardía. Llegué a creer que no me acostumbraría a él. Pero allí estaba, haciéndome doblegar por haber accedido y aceptarlo en mi equipo.

—Lo mismo digo de ti —lo saludé a la distancia elevando la mano izquierda mientras con la otra sostenía el café—. A trabajar —le animé.

Atravesé el pasillo infernal camino a mi oficina y Nolan hizo lo mismo sonriendo con complicidad. Saludé a un par de compañeros en medio de tantas miradas, no había algo peor que atravesar el pasillo en pleno trajín diurno. Algunos me entregan informes de los últimos casos que habíamos tenido, mismos que dejé reposar sobre mi escritorio para tenderme finalmente sobre la silla. Sorbí el poco café que me quedaba mientras volvía a observar la fotografía de Alizee y Alexander que había mantenido dentro de mi chaqueta.

Aquella joven pareja, con planes a futuro, con una vida por delante, con sueños y aspiraciones. Si, así era como lucían en aquel retrato. El rostro de la humanidad en un mundo de monstruos. Vaya vida, pensé.

La volví a guardar con ímpetu dentro de mi bolsillo esta vez para pasar a revisar el papeleo que tenía sobre mi escritorio, era mucho.

Trabajé hasta tarde.

—¿Vienes? —preguntó Nolan.

Algunos días, luego de finalizar nuestra jornada laboral, solíamos acudir a un bar cercano a la estación, aunque yo no bebía. Más bien les acompañaba, siendo esta la forma perfecta de ocultarme entre la sociedad, la manera más lógica que encontró el ser humano para sentirse parte de algo y la más aceptable por el resto. Dónde sino en un bar para pasar desapercibido y conectar con la gente, escuchar sus penas, y quién sabe, quizá hasta poder encontrarse con un buen caso para investigar.

—Hoy no —le dije—, tengo cosas que hacer.

Recogí los papeles de mi escritorio, tomé las llaves de mi auto y me marché sin darle otra explicación. La ansiedad podía conmigo, me resultaba difícil esperar a conocer más a fondo a mi víctima, y es que creía que Alexander tenía algo preparado para ella. Asumí que sería una noche entretenida por lo que sin más demoras me apresuré a llegar a la casa de Alizee.

Seguí el recorrido de antes, que a decir verdad ya me parecía difícil de olvidar. Esperé a que salieran, sabía que Alexander estaba ahí porque su auto estaba aparcado frente a la casa de la chica y las luces estaban encendidas.

Finalmente luego de unos minutos alcancé a visualizar un par de sombras pululando dentro de ella.

Con 26 años y a poco de cumplir los 27 era agente de policía. Solía ser un tipo bastante escéptico a llevar una vida atada a compromisos, ni creía siquiera llegar a estar preparado para ello. Siempre creí que sería mejor vivir apartado de los demás además no podía darme el lujo de quedar expuesto y permitir que descubrieran mi secreto.

Viví solo la mayor parte de mi vida. Recordando poco o casi nada de mi madre y de mi padre había estado apartado desde hacía ya algunos años. Por él, soy todo lo que soy ahora. Nadie sospecharía de un agente de policía, quién pensaría que un tipo como yo sería capaz de hacer tal atrocidad. Una persona que está a favor de realizar “el bien” debido a su excelente trabajo, quién pensaría que alguien como yo sería capaz de hacer una investigación policíaca pasando desapercibido de todo aquello a lo que conlleva cometer un asesinato.

Mi nombre es Caden, y soy un asesino en serie.

Capítulo 2

Bajé del auto y me dirigí cauteloso hacia la casa. Escuché sus voces, la felicidad afloraba en ellos. Me resultaba agradable saber lo fácil que les era poder llegar a perder aquella grata felicidad y todo a causa mía. La sola idea me impedía sentir compasión en lo más mínimo, en su lugar una gran sensación de adrenalina se apodera de mí cuerpo y de mi mente creciendo entre cada visita nocturna hasta tal punto de estallar como una bomba durante sus últimos segundos; sin darles oportunidad siquiera a reaccionar.

Escuché algunos fragmentos entrecortados y poco claros de su conversación, a lo lejos alcancé a visualizar que tendrían una cena romántica, había un par velas iluminando el cuarto. Sobre la mesa un par de copas, platos, cubiertos y una charola lustrosa que contenía trozos de una placida cena fingida y sobreactuada, todo estaba preparado. Me pregunté quién lo habría organizado. La mujer parecía disfrutar de este tipo de eventos, una fanática de los cuentos de amor y el hombre era un tipo que a mi parecer fingía… tanto o más que yo.

Tomaron asiento, Alexander comportándose como todo un caballero la besó y le susurró al oído—: Alizee, sé que imaginas lo que diré pero… quería que fuera todo tan especial.

—Lo es, lo es siempre que estoy contigo —se besaron nuevamente.

Bastante enfermizo a decir verdad.

Alexander se levantó, sacó una muy pequeña y elegante caja negra de su bolsillo y dirigiéndose hacia ella se situó frente a sus rodillas; la tomó de la mano y mirándola con sinceridad disfrazada le confesó el grandísimo amor que sentía por ella aunando a su verborrea un par de cosas más que no alcancé a percibir. La mujer estaba emocionada, le había pedido matrimonio… Sin duda, le dio el sí.

Su emoción fue tanta que se abalanzó sobre él provocando que ambos cayeran al piso. No lo podía creer, lo estaban haciendo sobre la alfombra. Aún ni cenaban. Tenía tantas ganas de vomitar que el estómago me dio una fuerte arcada.

Su dicha era enorme, lo que ellos no sabían era que en un par de días su felicidad llegaría a su fin casi tan rápido como había llegado. Ese era el problema de la humanidad, apostar todos sus movimientos en un evento banal, carente de sentido y efímero, visto desde cualquier perspectiva. Cegados por el amor.

Estuve investigando después de lo que Andrew me había revelado sobre su hermano, y en efecto: Alexander había asesinado a su mejor amigo ¿por qué? Porque estaba celoso. Aquella tarde lo había visto con su novia —ahora su ex—. No le pidió ninguna explicación a pesar de solo ser amigos, terminó con ella por la mañana y en la noche fue a por él. El chico se encontraba con Andrew a mitad de una celebración futbolera, Alexander los sacó de allí interrumpiendo su noche de jarana con la única intención de cumplir con su objetivo: asesinarle. Además sabía que su hermano no diría nada o eso fue lo que él creyó.

Para ser su primera vez lo hizo bien, lástima que la situación hubiera llegado a mis oídos.

Dentro de mi peculiaridad no estaba el ser un asesino que matase a cualquiera que se me cruzara por el camino, no mataba sin razón apropiándome de la vida de los inocuos. No. Mi caso era distinto, asesinaba a los homicidas, a las personas que tomaban la vida de inocentes, a los que mataban sin razón justificada para mí y mi código. Cuando mi padre supo lo que yo era, me lo dijo. Hizo que le prometiera que así lo haría. El peso de culpabilidad tras haber engendrado a un monstruo y su poca presencia en la familia fue quizás lo que le hizo hacérmelo jurar. Odiaba el tema en todos los sentidos posibles siendo esa la mejor manera que había encontrado para aminorar el problema. Fuera así o no, se convirtió en mi código.

Ver la sangre en mis manos, sentirla, verles caer sin redención… una sensación inexplicable. Solo escuchaba el latir acelerado de mi corazón, el éxtasis en su sentido más puro, ni una voz sobre mi cabeza, sin lamentos ni arrepentimientos, nada más.

Investigaba, si, lo hacía antes de asesinar. Por eso estaba allí, observando a mi próxima víctima. Ser agente de policía me daba cierta ventaja, mucha más de lo que pudiera llegar a imaginar aunque siempre corría el riesgo de llegar a ser descubierto; con el tiempo fui aprendido a perfeccionarlo y a no dejar ningún cabo suelto.

Para hacer las investigaciones tuve que especializarme en aspectos forenses, lo cual me ayudó a no dejar pistas ante nada ni nadie. Una vez terminado el trabajo me ocupaba de todo, limpiaba cada parte de la escena, cada huella hasta asegurarme de estar limpio. Después de eso, volvía a ser el mismo de siempre. Fingiendo para encajar con los demás aunque sin lograr entender aquel sentido de afecto hacia ciertas personas —el amor—, era demasiado raro e indescifrable para mí.

Necesitaba tiempo, debía buscar el momento adecuado para saber cuándo actuar y a decir verdad no creía que pasase de los dos días.

Debido a la clara falta de información decidí partir, no me interesaba saber qué era lo que harían posteriormente porque podía imaginarlo. Por supuesto, ella era hermosa y encantadora, para él sería una ofensa si no lo intentara siquiera.

La noche había caído y aquel manto oscuro cubría tan inverosímil encuentro. Me dirigí al automóvil, cauteloso como siempre. Volvía a casa luego de un primer encuentro, algo de actividad ya me hacía falta. Al llegar, me recosté sobre el sofá y encendí el estéreo, en mi cabeza no paraba de ingeniármelas para idear mi próximo movimiento. El nombre de Alizee Aleu retumbaba en mi mente como la típica melodía que no te puedes sacar de la cabeza. Bastaba con cerrar los ojos para verla y sentirme desfallecer. Decidido a sacármela de allí me propuse investigar más sobre ella. No para asesinarla, por supuesto que no.

Algo de Frédéric Descargues sonaba a través de las bocinas cuando de improvisto mi celular sonó, me enfoqué en él olvidándome por completo de la chica y pese a lo tarde que era decidí contestar. Se trataba de Nolan.

—¿Has terminado con lo que ibas a hacer?

—Claro, lo he hecho ¿por qué?

—Iremos por ti —contestó, no hacía falta saber que estaba ebrio.

—No lo hagas, ya voy hacia allá.

Sin más respuestas, colgó. Y yo, decidido a no correr el riesgo tomé mis llaves y caminé hasta la puerta principal. Subí al auto nuevamente, conduciendo hasta aquel lugar en búsqueda de un buen lugar para aparcar. Al entrar al lugar les busqué entre la multitud. Había bastante ruido y música tan alta que me hacía arrepentirme de haber asistido. El sitio era el típico bar pueblerino, aquel que resguardaba secretos y aventuras de miles, con bancos alargados de madera y con el barman cojonudo abierto a escuchar cualquier tipo de experiencias o hasta de pararse en medio de las riñas. La pila de bebidas sobre la barra eran el claro ejemplo de la cantidad de hombres viviendo ya en una alucinación. Haciéndome paso entre la multitud fue como los encontré en una esquina, todos con una sonrisa de oreja a oreja, para nada fingida, las charlas por lo alto y uno que otro abrazo por los hombros. Puse buena cara al acercarme a ellos.

—Hey, aquí están.

Me ovacionaron al verme por fin frente a sus narices. Tal

pareciera que no nos hubiéramos visto en años. Sus expresiones de apego ya se habían hecho presentes, pasando así a la fase de melancolía. Entre emociones ahora confusas, hacían un lugar para mí. Pidieron un tequila que solo me sirvió de adorno. La clave siempre estaba en llegar cuando ellos ya estaban bastante mareados, solo así no se percataban de que no daba ni un sorbo a la bebida. El problema era que al beber no estaba en mis cinco sentidos y no podía estar atento a lo que ocurría a mí alrededor.

Total desequilibrio en mi sistema.

La noche se había ido en un abrir y cerrar de ojos luego de un par de tragos, la fiesta por fin había llegado a su fin y como pudieron cada uno logró salir del lugar, tropezando con movimientos poco acertados y con un habla bastante deteriorada.

Justo antes de irme, me encontré con Andrew, quien al verme se acercó a mí preguntándome disimuladamente sobre lo que me había revelado la noche anterior. Lo saludé con educación y nos dirigimos hacia el otro extremo del bar, lejos de la vista de mis compañeros que pese a su estado, más valía guardar distancia. Eso era a lo que me refería con beber, uno no se daba cuenta de lo que realmente era importante. En ese momento podrían haber asesinado a alguien sin que nadie se diera cuenta. Sin levantar ninguna sospecha.

—No he encontrado nada —mentí

—¿La policía no sabe nada?

—No, tu amigo no tenía familiares cercanos, nadie se ha preguntado por él y no hemos recibido ningún tipo de denuncia. —Se mostraba más tranquilo aunque aún no podía vivir con esto. Seguía sintiéndose culpable, no tanto como su hermano. De hecho, Alexander parecía llevarlo mejor—. No haremos nada, me lo has dicho y ya está. Te he mencionado que no he encontrado nada. No sé qué ha hecho tu hermano con el cadáver y ya sabes como dicen, sin pruebas no hay culpables —mentí de nuevo.

Lo que en realidad había pasado era que después de haberlo asesinado, lo envolvió en bolsas para poder llevarlo a la cajuela de su auto, llegó a su casa y una vez ahí, cavó muy profundo. ¿Qué cómo lo sé? Hace falta ver en su jardín un poco de tierra removida, ligeramente diferente a la demás como para saber que ahí está el cadáver.

Aquella palmera apenas creciendo sobre su jardín destacaba de entre las demás ya bastante altas y formadas. Andrew comentó que su hermano llevaba el auto y de qué otra manera habría podido llevar el cadáver hasta su casa sino en su propio vehículo. De cualquier manera se aseguró de no haber dejado ninguna huella en

la escena del crimen.

Por su parte, la antigua novia no volvió a preguntar por él. Un día antes habían peleado a causa de Alexander, y Jason —el amigo— le dijo que se alejaría para siempre de ella. Lo cumplió en cierta manera.

—No te preocupes, tú no has hecho nada. —Se tranquilizaba pero eso a mí me importaba muy poco—. La policía no se enterará.

Después de una larga plática con él me marché a casa. Había sido una noche muy agitada.

Capítulo 3

Estaba frente a la que parecía ser una noche bastante reveladora. Y es que allí, aparcando frente a la casa de Alexander, había algo en el ambiente me hacía sentir aquel impresionante embelesamiento, como si una fina capa de adrenalina se apoderara de mis más profundos sentidos hasta tal punto de despertarlos; avivando el momento perfecto para actuar.

En este sitio tenía la vista perfecta para vigilarlo y por supuesto, para pasar desapercibido. En el interior se observaba movimiento, un ir y venir a través de las ventanas era lo que le delataba. Estaba preparándose para salir, ¿hacia dónde? Aún no lo sabía. Tuve que esperar un par de minutos más hasta verlo cruzar la puerta. Parecía algo acelerado, con aquel caminar y aquella actitud urgida, dirigiéndose a toda prisa hacia el automóvil. Se montó en él y lo puso en marcha, hecho ante el cual le seguí a una distancia adecuada. Avanzamos un par de cuadras hasta llegar a otro barrio —¿qué hacíamos allí?—. Me parecía extraño.

El chico detuvo el auto un par de calles adentro. Dirigiéndose ahora hacia la casa elegante frente a la que había aparcado. Las luces del exterior y del interior estaban encendidas por lo que no me fue difícil notar la presencia de un joven más —un poco menor a él, con traje elegante y zapatos lustrados, el pelo bien peinado y relojería costosa— saliendo en su encuentro, parecían conocerse. El chico tenía una copa sobre la mano. Le saludó con una sonrisa y le invitó a pasar. Tal vez eran amigos.

Esperé a que ingresaran para poder salir del auto y acercarme al recinto con cautela. Una vez ahí, los visualicé por la ventana de la cocina. Le había ofrecido una copa al recién llegado, quien la tomó encantado. Tenía una sonrisa en el rostro, conocía aquella mirada.

Maldición, sabía lo que planeaba.

Charlaron por un momento. Nada que me fuera de gran utilidad, algo sobre negocios empresariales y los resultados del partido celebrado aquel fin de semana. Los visitantes habían logrado salir victoriosos dando vuelta al marcador y burlando las estadísticas locales. Acto seguido, subieron al piso de arriba, Alexander se tocaba el labio ligeramente yendo tras él. Por lo que había visto, se trataba de un joven empresario de lo bastante rico como para tener una casa tan lujosa —parecía no haber nadie más dentro, lo que me hacía pensar que se trataba de un ermitaño adinerado; siendo así

excelente presa para mí y para cualquiera—. Si Alexander iba a hacer lo que creía que haría, estaba acabado.

El tiempo que habían permanecido en el interior me estaba matando y es que no podía observar sus maniobras puesto que estaban ahora sobre el segundo piso. Me resultaba fácil poder ingresar a la residencia pero de así hacerlo, me vería envuelto en un gran problema. Fue esa la razón por la que decidí esperar un poco más. Intentaba saber de qué iba todo esto, averiguar más sobre aquel extraño aunque ciertamente, en este momento, no podía hacer mucho.

Nos encontrábamos casi a mitad de la noche cuando del interior de la casa escuché un disparo aturdidor. Intuí entonces que Alexander no tardaría en aparecer y así lo hizo. Salió del edificio con tal vivacidad y sin dejar pasar un segundo más. Hábil, cauteloso, ágil y sin perder los estribos.

Él lo entendía, el tiempo era premiado en situaciones como esta. Lo había matado.

Le seguí casi sin querer, además no tenía caso quedarme a presenciar todo el proceso. Me interesaba más saber sobre el lugar al que se dirigiría posteriormente que presenciar una escena que podía causarme serios problemas. Suponía que tras haber dejado el cadáver debía haberle hecho parecer un suicidio, el típico caso del millonario que decidía terminar su vida en un acto de furia y desconsuelo, aquel que tiene todo y nada a la vez. Si, justamente eso debió haber hecho; o de lo contrario, quedaría al descubierto.

El recorrido que había seguido no era aquel que le llevaba a su residencia, más bien lo había pasado de largo al decidir tomar otra dirección. Se dirigía hacia la casa de la chica.

Lo seguí sin dudarlo siquiera un segundo. Eran poco más de las dos de la mañana. ¿No era acaso demasiado temprano como para ir a buscarla? Aunque teniendo en cuenta que ya estaban comprometidos sospechaba que cualquier hora podía estar permitida.

Se tomó el tiempo para apear y como si nada hubiera pasado sacó las llaves de su pantalón para abrir la puerta que tendría frente a él. Aprovecho el tiempo para peinar su cabello o por lo menos para alborotarlo un poco, no parecía nervioso, esto ya era tan parte de él como lo era para mí. Sacó una cajetilla de cigarrillos de la bolsa de su chaqueta y se fumó uno mientras se recargaba sobre la pared. Dejaba salir el humo con tal cuidado que el tiempo parecía carecer de sentido. Consumía la noche y los recuerdos entre cada bocanada de humo.

No tardó en ingresar luego de haber llegado al final de su cigarrillo, pisó la colilla del mismo tras haberlo dejado caer junto a sus pies y se dispuso a entrar. Ninguna luz dentro de la casa le acompaño en su recorrido hasta la habitación de la mujer. Me fue imposible identificarle.

Tuve que esperar poco más de una hora para poder ingresar, necesitaba asegurarme de que había ido a dormir y de que no saldría más. Pasado el tiempo me resultó difícil no imaginarlo durmiendo a lado de la chica.

Bajé del auto y me dirigí hacia el suyo intentando encontrar algo que me permitiera saber sobre lo que había acontecido, pero no había nada. Me dirigí entonces hacia la casa, revisé los alrededores y encontré una ventana entreabierta que me permitía el fácil acceso al lugar. No dudé en tomar la oportunidad.

Una vez dentro me detuve a observar cada rincón, asegurándome de no hacer ruido y de mantener el silencio para evitar despertar a aquellos que ya estaban con Morfeo. Subí al piso de arriba en donde suponía estaba la habitación de Alizee. Caminé por el pasillo principal que me dirigió hasta un cuarto, lo abrí silenciosamente encontrándome al instante con un sin fin de cajas, muy probablemente pertenecientes al equipaje de Alexander, señal de que se mudaría pronto.

Cerré la puerta a falta de relevancia. A la derecha se encontraba una más: un cuarto de baño. Intuí que no había nada que ver aunque la curiosidad pudo conmigo. Revisé el cajón y encontré frascos de pastillas, unas para el dolor de cabeza y otras para el insomnio. Nada importante, así que salí de ahí.

Había una última habitación en la que al parecer se encontraban los dos, antes de abrirla me detuve a escuchar alguna especie de ruido que me impidiera entrar pero no había nada. Giré el picaporte con sumo cuidado teniendo frente a mí pleno acceso hacia la habitación. Estaba a oscuras, a excepción de una pequeña luz que entraba por la ventana apenas entreabierta.

Observé a ambos sobre la cama, cada uno por su lado.

Di un rápido vistazo a lo que había dentro del cuarto pero nada llamó mi atención.

Lo observé a él, dormía tranquilo. Yo habría hecho lo mismo después de una noche como esa. Posé mi mano alrededor de la cama moviéndome por el borde mientras caminaba hacia el lado derecho, justo el extremo en el que se encontraba Alizee: durmiendo.

Una vez frente a ella me tomé el tiempo para contemplarla. La

sensación que tenía ante su presencia era indescriptible, lucía encantadora y frágil en pleno sueño. Me acerqué más a ella, podía oler el cálido aroma de su cabello. Estaba tan cerca de su cuello que no me había percatado siquiera del momento en el que lo había hecho hasta que se movió un poco. Me aparté tan rápido como pude deseando no despertarla.

Esperé un poco hasta volver la calma y luego me acerqué a ella nuevamente, le acaricié la piel. Pasé mi mano con delicadeza por su hombro, iba sobre su cuello, le acaricié la cien y al final, le di un beso de buenas noches. No pude resistirme a tan fatal deseo.

—Buenas noches, querida —le susurré con añoranza.

Salí del edificio de la misma manera en la que había entrado y me aseguré de haber dejado todo en orden.

Volví a casa con gran frustración derivada de lo que había hecho. Conduje rápido, no sabía la razón pero la chica causaba algo extraño en mí, ahora quería ser yo el que estuviera recostado junto a ella…

Seguía pensando en Alizee… postrada sobre la cama. No tenía ni la menor idea de lo que acababa de suceder.

Capítulo 4

Había perdido la noción del tiempo luego de una gran sacudida hípnica, que de no haber sido por ella, ni siquiera hubiera despertado. Era demasiado tarde, la luz de la mañana atravesaba la ventana y como un cálido fuego abrazador se posaba sobre mi rostro. Me incitaba a quedarme tendido sobre la cama y a no realizar ningún tipo de movimiento pero la labor y las miles de investigaciones que debía realizar ahora comenzaban a llamar a mi puerta.

Apenas pude divisar la hora cuando me levanté de golpe. Habían transcurrido ya dos horas de la jornada laboral y me sorprendía que así hubiera sido pues me empujaba a mover el trasero de una vez por todas. Realicé el ritual de cada mañana aunque a paso más acelerado, la desvelada de hacia un par horas me había hecho demorar más de lo que en algún otro momento había ocurrido. Probablemente debido a las nuevas emociones y experiencias que estaba experimentando.

Entré a la oficina con un café sobre las manos y sorbí un poco cuando de improvisto apareció Nolan ante mi mirada. Aquellas facciones en su rostro indicaban que tenía algo por lo cual realizar un par de bromas pero debido al trajín de la mañana, prefirió guardárselas. En su lugar, mencionó una llamada sobre un suicidio. Lo miré expectante puesto que no era un caso sin sentido, había en aquella noticia mucho más que palabras. Demasiadas coincidencias, que a decir verdad creía saber de qué estaba hablando. Además, en mi cabeza no hacía más que rememorar la escena de la noche anterior.

—¿Qué esperamos entonces? —Le dije incitándolo a acudir inmediatamente a la escena de los hechos. Fue así como el chico reunió a los demás y con cada uno subiendo a un coche patrulla, nos dirigimos hacia donde ya había estado un par de horas atrás.

Dejando a nuestras espaldas a un par de autos deportivos fue como llegamos a la mansión del empresario. Nadie sabía lo adelantado que ya estaba sobre el caso por lo que fingí desconocimiento preguntando sobre lo que teníamos ante a nosotros. Un par de preguntas no harían daño a nadie.

—Era Erik Mattew, el joven empresario más rico de la zona.

Como lo sospechaba, se trataba de un joven adinerado. No me extrañaba que alguien se dirigiera hacia él para asesinarle. El dinero

era, en la mayoría de las ocasiones, aquello por lo que la gente se atrevía a matar.

—¿No vivía con nadie? —indagué una vez más.

—No —respondió al instante—. Su padre le heredó gran parte de la empresa. Y prefirió vivir solo antes que tener compañía. —Me explicó rápidamente mientras bajábamos del auto y saludábamos a unas cuantas personas encargadas del caso.

—¿Quién llamó? —Debía saber todo respecto al supuesto suicidio.

—Unos vecinos —comentó—. Llamaron esta mañana a la comisaría y según su declaración, escucharon un disparo durante la noche.

—¿Por qué no llamaron antes? —inquirí al tiempo en el que llegábamos a la puerta de la casa. Mostramos nuestras placas y entramos sin premura.

—No lo sé —añadió una vez estando dentro—, pero ingresaron a la casa y lo encontraron muerto —finalizó con cierto aire dubitativo. No era para más, yo también lo hubiera imaginado.

—¿No vieron nada? —Lo mío era hacer preguntas hasta fastidiar aunque eso era típico de un agente. No se nos podía escapar ningún detalle.

—Al parecer no. Creyeron que había sido una bala perdida y no le dieron importancia.

Me seguía sin cuadrar por qué a los vecinos les había parecido algo sin importancia y por qué habían ingresado al recinto intuyendo que algo malo había ocurrido.

Caminábamos por el pasillo principal cuando una chica analista, de ojos marones y pelo castaño nos indicó que el cadáver se encontraba en la planta alta. Nolan le sonrió en lo que pareció ser una acción carente de importancia pero la chica se ruborizó por unos instantes. Al parecer, el gesto había sido interpretado. Miré de Nolan hacia ella y de ella hacia él pero no fui capaz de encontrar el chiste.

Por su parte, el cadáver de Erik se encontraba postrado sobre la cama, con una pistola en la mano derecha y con la sangre cubriendo las sabanas de seda. Sonreí para mis adentros al ver que mis conjeturas sobre lo que Alexander había hecho habían sido certeras; no es que fuera un tonto, o al menos, no lo era completamente.

—No puedo creer que haya hecho esto.

—¿A qué te refieres? —Me dirigí hacia Nolan. Aún nos encontrábamos dentro de la habitación en la que al parecer el chico dormía. Un cuarto de lo bastante elegante, como el resto de la casa.

Vaya manera de gastar la pasta.

—Tenía mucho dinero —miraba con recelo aquel fúnebre cadáver y los tantos lujos de los que aquel tipo habida llegado a disponer—, era millonario. ¿Qué le faltaba?

—Lo sé, me pregunté lo mismo —mentía, ya sabía que no se había suicidado.

Al salir de la casa establecimos una pequeña pero muy significativa charla con algunos vecinos. Nos explicaron que no salieron cuando escucharon el disparo porque era frecuente oírlos por la zona. Lo tenían bastante interiorizado que la idea ni siquiera les había aterrado.

No obstante, al cuestionarles sobre la razón por la cual habían ingresado a la casa sin previa autorización mencionaron que lo habían hecho por la marcada rutina que Erik tenía: Todas las mañanas salía a correr, daba una vuelta a la manzana manteniéndose en la mira de todos y nunca se perdía de un día, hasta hoy. Además, había quedado de ir a casa de Samuel —un tipo con el que hacia negocios—. Quedaron a una hora pero no se presentó así que este mismo fue a su casa y después de un par de llamadas al móvil y de establecer diálogo con algunos vecinos, decidieron entrar.

Su auto frente a la casa les armó de valor para hacerlo.

Fue necesario interrogarle, Samuel cooperó y dijo todo lo que sabía, pero, no era culpable, tan solo le tocó estar en el momento menos indicado. Ahora lamentaba la muerte de su colega.

—¿Crees que lo planeó todo? —Me preguntó Nolan ya dentro del auto. No teníamos nada más que hacer allí.

—¿Por qué lo dices?

—Piensa. —Me miró como si tuviera algo realmente bueno—. Quedó de verse con un amigo para tratar asuntos relacionados con el trabajo —asentí sin poder pillar a lo que quería llegar—, sus vecinos decían que salía muy temprano y esta vez no lo hizo.

—¿Y…? —Exigí mayor información.

—Él sabía que lo haría y quería que alguien se diera cuenta de ello, fue esa la razón por la que quedó de verse con Samuel… —arguyó—. Si él veía que no llegaba, sabría que lo iría a buscar.

Lo que el chico decía en realidad tenía mucho sentido, de hecho, le creería de no haber estado allí.

—Parece muy lógico —expresé tras unir falsos cabos sueltos.

—¿Qué? —me miró con desconfianza. Me conocía y sabía que no estaba del todo convencido—. No creerás que esto fue un asesinato.

—No nos incumbe. Solo hemos venido a asistir a algunos compañeros y nada más. Olvídalo, no es nuestro caso —intenté matar sus esperanzas.

—Vamos, te conozco. Por qué crees que esto no fue un suicidio.

Decidí decirle todo lo que pensaba, Nolan era aquel tipo de persona que no dejaba pasar las cosas. Me estaría asfixiando hasta que se lo contara todo.

—En primera —lo miré—, porque era rico, ¿qué personas querría suicidarse teniendo todo ese dinero? Olvídate de lo que se dice sobre ellos y el vació que dejan sus riquezas, era joven, tenía pasta… En segunda ¿por qué estaba completamente recostado sobre la cama si se suponía las piernas deberían estar colgado de esta? Él estaba parado o sentado ¿no? —El chico asintió, escuchando con detenimiento—. Su cuerpo no tiene que estar como si estuviera durmiendo. —La cara de Nolan cambió, sabía que tenía razón—. Y en tercer lugar, Samuel dijo que Erik era zurdo.

—Ahora que lo mencionas, cuando le preguntaste aquello no supe por qué lo hacías.

—Ahí tienes, si era zurdo ¿por qué la pistola estaba en su mano derecha?

Después de unos minutos me dio la razón, todo concordaba. Dejamos de lado su arguyo.

—¿Quién crees que lo haya hecho? —Formuló sin poder guardarse las dudas.

—Alguien que le tenía envidia, no lo sé —relativicé.

Una vez aclarado todo, nos pusimos en marcha.

La tarde parecía esclarecerse a medida que avanzábamos, la noticia había llegado a los medios acaparando así la atención de los fanáticos y aunado a ello, las ansias del homicida por conocer más detalles sobre el crimen. La curiosidad pudo con él, tanto que cruzamos vista con su automóvil dirigiéndose hacia el lugar. Quería asegurarse de que todo hubiera salido a la perfección. Tal y como lo había imaginado.

—Ya sabía que eras bueno, pero no tanto —regresé a la realidad.

Sonreí al escuchar a Nolan decirme eso.

—Gracias —vanaglorie al tiempo que miraba hacia el hombre dentro del auto. Nolan lo había pasado por alto, no le conocía de nada. Asentí y aceleré un poco.

Estaríamos en el trabajo en menos de diez minutos.

Alexander acudió a su propia escena del crimen. Pasó de largo, tan solo le bastaba con observar la revolución que había

desencadenado en plena mañana de verano burlándose de nosotros a nuestras espaldas. Para él, significaba una burla más al sistema, se trataba de la manera perfecta de salir impune y del típico ego que cargaba sobre los hombros.

Capítulo 5

Una vez dentro de mi oficina, mientras pensaba en Alexander, el caso y su prometida, vi el vaso de café que había dejado sobre el escritorio, tenía un aspecto frio y poco apetecible. El ajetreo de la mañana me había impedido disfrutar de una buena bebida matutina. En su lugar, me puse a archivar un par de documentos que tenía sobre la mesa mientras pensaba una vez más en la manera en la que haría frente a Alexander. No se lo esperaba, no me conocía y no tenía ni la más mínima idea de lo que le sucedería. Sin embargo, antes debía saber para quién trabajaba o por qué hacia lo que hacía.

Aún disponía de un par de días para recabar toda la información que podía respecto a él. Lo vigilaba casi las veinticuatro horas del día. De acuerdo, no lo hacía por el trajín de cada jornada pero de haberme sido posible lo habría vigilado día y noche aun estando sobre Alizee. ¿Pero en que mierda estaba pensando? Sacudí la cabeza al notar que me había convertido en un depravado sexual. Me espabilé ante tal idea aunque me resultó un tanto difícil. Recordé la sensación que tuve al posar mis dedos sobre el hombro desnudo de la chica, y su cuello, su caliente cuello…

Tomé el café del escritorio y lo bebí al instante sin dudarlo un segundo más. Comenzaba a sentí la sangre hervir ante tales pensamientos que la necesidad de disponer de algo que me mantuviera frío se apoderó de mí. El café fue lo único que encontré en ese momento.

Tan rápido como pude fui directo al baño, salí como un ladrón luego de conseguir hacerse de una gran cantidad de billetes, huyendo de la policía y deseando no ser encontrado. Mojé mi rostro, el cuello y el pelo durante un par de minutos. Me resultaba extraño creer que me estuviera pasando esto. ¿Por qué la deseaba tanto?

Me paseaba por el pasillo interior del baño, di un golpe a la pared y exasperé.

Pensaba, pensaba demasiado.

¿Qué me estaba pasando?

Después de haber estado un buen rato en el baño, mirándome al espejo y martirizándome con mis pensamientos, decidí salir para volver a la oficina. Debía mantener mi mente centrada en alguna otra cosa que no fuera en Alizee o de lo contrario me volvería loco,


más de lo que ya estaba.

Pasado el tiempo logré olvidarme de ella pero en cuanto salí de la comisaría sus recuerdos volvieron a mi mente como una ráfaga de viento.

—Nunca me abandonarás ¿cierto? —pensé.

En vista de que no podía sacármela de la mente, esta vez, en lugar de ir a casa, me dirigí a la de Aleu. No precisamente para vigilar a Levesque sino para observarla a ella. En esta ocasión, Alexander carecía de importancia. Acudía en su búsqueda para sentirme por tan solo un momento un poco más cerca de la castaña. No era muy noche, así que debía tener cuidado de no ser descubierto.

Llegué al edifico y me estacioné en el lugar de siempre, aquel en el que solía tener buena vista del sitio y de ella, por supuesto. Me recargué sobre el asiento del automóvil en espera de cualquier movimiento. Saqué una cajetilla de cigarros además de un encendedor de bajo costo. Encendí uno, podía sentir el humo recorrer mis vías respiratorias; al instante, mis hombros se relajaron y el humo exhalado ahora inundaba el ambiente. Coloqué mi mano izquierda sobre la nuca y luego miré hacia la casa. Un auto se estacionaba frente a ella. Alizee bajaba del taxi, estaba sola. Lucía esplendida con aquel vestido rojo y en ese par de tacones que hacían juego con su personalidad. Joder, quería ir hacia ella y estrecharle la mano. Pero no podía, no de esa manera.

Entró a casa, la pude divisar en un par de ocasiones pasando frete a las ventanas. Eso no me gustaba, no me agradaba tener que mirarla por tan solo un par de segundos y mucho menos a través del parabrisas. Así que pensé en entrar a la residencia; me resultaba demasiado fácil.

Levesque no se había aparecido por el lugar, era algo extraño pero pese a la poca relevancia que ahora despertaba en mí, decidí omitir tal evento. Lo único que me importa era ella. Pronto comenzaría a oscurecer y dudaba cada vez más sobre la aparición de Alexander.

Esperé mucho tiempo hasta haberme asegurado de no correr peligro tras acercarme a la casa. Salí del auto y me puse en marcha, fui directo a la ventana e ingresé sin hacer el menor ruido posible. Evitar despertarla o ser visto por alguien era mi objetivo.

Subí cauteloso a su habitación, la puerta estaba abierta. En la oscuridad pude observar que estaba recostada sobre la cama. Suspiré profundamente y caminé a paso ligero hacia ella. Me senté a un lado de la cama contemplándola por algunos instantes,

mientras tanto, le acariciaba la mejilla. Por mi mente pasaban un montón de ideas.

—¿Qué me has hecho? —Le decía en susurros. Podía oír su respiración—. Ni siquiera te conozco, no eres alguien por la cual debería estar haciendo esto y sin embargo lo hago… solo puedo estar frente a ti durante las noches. —Aminoré la distancia entre nosotros—. Quisiera tenerte para mí… Pero estás enamorada de Alexander.

Alizee se movió ligeramente entre las sabanas, hecho ante el cual preferí mantener la compostura, después de todo, no la creía capaz de despertar. Se encontraba en medio de un perfecto encuentro con Morfeo. Aquel estado onírico en el que se encontraba le impedía percibir mi presencia, su cuerpo descansaba y su alma ahora estaba en otro lado. Pasó un rato cuando decidí levantarme y asomarme por la ventana de la habitación. No había nadie, todo estaba tan tranquilo. Regresé para situarme frete a la chica y contemplarla una vez más. Era tan perfecta, no existían palabras para describirla.

—No entiendo… ¿Cómo fue que llegué hasta aquí tan solo para verte? —Mi deseo por conocerle era incesante y no me conformaba con mínimas ocasiones. Me senté de nuevo, la observé por un tiempo demasiado corto a mí parecer pero cuando me fije en la hora, me di cuenta de que había estado allí por aproximadamente hora y media

—Buenas noches, querida —pronuncié en un susurro. Besé su frente y me alejé. Ya había transcurrido mucho desde mi llegada.

Salí de la misma manera en la que había entrado y subí al auto. Estaba completamente consiente de lo que acababa de hacer y no me lo podía creer, no podía creer que hubiera sido capaz de entrar a su casa tan solo para observarla dormir sin siquiera usar el estúpido pretexto de vigilar a Alexander. Me estaba volviendo loco.

Me dirigí a casa, pasaban ya las dos de la madrugada y debía dormir para evitar lo de la mañana anterior. Aunque para ser sincero me resultaba imposible hacerlo. No circulaba ningún auto por las calles y el mío era el único en medio del asfalto junto con todas aquellas luces del suburbio cayendo sobre mí. No había ningún ruido aturdidor, tan solo aquel sonido proveniente de la radio. Estaba sonando una melodía increíble. Mis dedos comenzaron a dar pequeños golpes contra en volante al ritmo de la canción. Subí el volumen. Ahora éramos mi auto, la música y yo, los únicos que transitábamos por las solitarias calles de la ciudad.

Cuando la mayoría de las personas estaban dormidas yo era el

único que me mantenía despierto. En otro momento habría estado probablemente asesinado a algún criminal, pero ahora, no. Esta vez era diferente, estaba despierto porque había ido a observar a una mujer y no a cualquier mujer, no, para nada. La observé como un acosador. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a entrar a la casa de una joven esplendida, que además, estaba comprometida?

No pude evitar reír ante tal pregunta, solo yo era capaz de hacer tales estupideces. Corría el riesgo de que despertara y llamara a la policía, de que mis colegas acudieran a su casa y me reprocharan por haber estado ahí, pero aún peor, corría el riego de que Alexander apareciera e hiciera lo que él y yo sabemos muy bien.

Afortunadamente no pasó.

Estaba allí, conduciendo a casa.

Al llegar, cerré la puerta tras de mí y entré a mi recinto.

Me dejé caer sobre la cama para dormir… dormir profundamente.

Capítulo 6

Me dirigía al trabajo y como en la mayoría de las ocasiones subí al auto, lo encendí y me puse en marcha. El día parecía llegar a ser algo caluroso, aunque no sabía si era eso o el aire encerrado dentro del auto que me hacían percibir el tráfico más pesado hasta tal punto de llegar a sentirme asfixiando. Mientras tanto, en mi mente se recreaba la hazaña que había experimentado la noche anterior. Dejé escapar un suspiro, estaba perdiendo los cabales y de una manera inimaginable.

Entre tantas curvas, miles de semáforos y un par de pitidos conseguí llegar a la comisaría. Tal parecía que sería un día trivial, bastante desganado desde el ajetreo en las calles y en la parsimonia dentro del lugar. Me costó arrastrar los pies hasta la oficina por lo que una vez dentro me dejé caer sobre la silla detrás del escritorio. Para ser sincero, no tenía ganas de trabajar. Vaya, ni de recapitular todo esto. Estaba tan cansado a pesar de haber tenido una noche interesante.

La verdad, era que la sola idea de saber lo que estaba haciendo me estaba matando por dentro. Es que no estaba bien. Para nada bien. Me fastidiaba sentirme de este modo. Ella me hacía sentir diferente, me desenfocaba en absoluto.

El sonido incesante de alguien llamando a la puerta me hizo espabilar. Obligándome así, a reincorporarme de un salto sobre la silla.

—Adelante —dije a quien quiera que fuera, dándole la posibilidad de entrar a una de mis zonas seguras.

—Caden, buenos días. —Alabó el chico con una enorme sonrisa, como si eso fuera a alegrarme el día. El tipo era alto, castaño y risueño. En el campo podía llegar a ser tan bueno como yo aunque aún le faltaba experiencia. Me agradaba su compañía pero me fastidiaba que tuviera que hacer guasas. Me arreglaba mejor con los tipos serios, enfocados en lo que hacían. Él era… algo opuesto a mí.

Debí haber aprendido de su personalidad. Aunque en realidad, tal vez esa era la razón por la que aún no estaba tras las rejas. Era quien me hacía hacer estupideces, que si me ponía a recordar, seguramente me volvería loco.

—Buenos días, Nolan. —Saludé como si jamás hubiera pensado en él. Parecía tener buenas noticias. El semblante en mi rostro le había indicado que se sentase frente a mí—. Suéltalo. —Le dije sin

pensar. Una buena noticia me vendría bien en este momento.

—¿Recuerdas el caso del “suicidio”? —dijo con desasosiego. Enfatizando en el suicidio al tiempo que elevaba los dedos.

—¿Qué pasó con eso? —quería saber qué era lo que se traía entre manos.

—Han dicho que fue un asesinato y no un suicidio —expresó con algo de diversión.

Sonreí para mis adentros, aunque no me convenía que dieran con él. Había estado planeándolo desde hacía días que me fastidiaría tener que echarlo por la borda. Esto me hacía sentar cabeza y enfocarme en él, no en ella. Buena razón para dejarla de lado… por unos días, tal vez.

—¿Cuánto se tardaron en saberlo? ¿Un día? —Me mofé mientras me recargaba nuevamente sobre la silla.

—Lo sé, tú tardaste... —Lo piensa—. Nada. —Y hace una expresión con las manos.

—¿Sabes quién lo hizo? —Le pregunté de golpe. Conocía esa mirada. Quería que me encargara de ello y si no, buscaba un nombre, una pista, algo que le ayudase.

—No —enfatizó en la “O” alargándola un poco—. Pero al parecer tú sí.

Ahí estaba, lo que había planeado desde el primer momento. Ahora surgía a la luz.

—No lo sé —respondí rápidamente. Hablar de más podría ser fatal en esa situación. Decidí callar ante la insistencia. Aunque no lo logré fácilmente. Evité cualquier tipo de contacto visual y fingí enfocarme en los documentos que tenía frente a mí. Ignorándolo por completo.

—Vamos, dímelo. Sé que ya tienes un nombre en mente. —Maldición, ¿aún seguía ahí?

—No sé quién mierda fue y ya te dije que no es nuestro caso. ¿Cómo puedo saberlo sin siquiera hacer una investigación? —Sí que me había fastidiado.

—De acuerdo —respondió ante mi diálogo que al parecer lo dejó convencido. Tenía razón, no podría saber de quién se trataba, no sin antes hacer una investigación y sin evaluar cada rincón de la casa. Aunque ahora que lo pensaba, recordaba que Erik le había ofrecido una copa a Alexander y este la había tomado, bebió de ella. Ahí había dos pistas, las huellas y parte de su ADN localizado en el vino. Dejaron sus copas sobre la mesa, serían unos tontos si no las notaban. Yo lo habría hecho en el momento, habría pedido que las analizaran y me dieran un informe detallado en cuanto antes.

—¿Sigues ahí? —Me miró luego de unos segundos. Creí haber sido claro, no lo quería ver.

—¿Qué? Lo siento —Nolan me sacó de mis pensamientos.

—Olvídalo, ¿qué hiciste anoche?

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé, te noto… distraído.

—No es nada, solo estaba pensando en quién podría haber sido el asesino.

—Yo igual, he estado pensando en eso...

El teléfono sonó y permitió que no siguiéramos con la conversación, el chico era capaz de descubrirlo todo. Agradecí infinitamente aquella interrupción. Enseguida, alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

—Caden, tenemos un caso —dijo Derek, uno de nuestros colegas. Más alto y fornido que mí compañero. Más serio que Nolan, definitivamente sería uno de los míos «si tuviera que tomar partido»—. Reportaron un asesinato en la calle Rouse.

Sin dudarlo ni un momento Nolan y yo nos levantamos, tomé mi arma y nos dirigimos hacia la calle indicada, este sin duda, era nuestro caso, estaba dentro de nuestro perímetro. Nos dirigimos hacia allá. Tres patrullas salieron a la cacería. Yo iba con Nolan; asignado a mi equipo desde su transferencia a la estación, así que estábamos juntos en esto.

Al llegar, pedimos a los especialistas un informe detallado sobre el estado del caso. Debíamos conocer cada detalle antes de ingresar a la casa. Al instante, un chico con gafas fue el que tomó la palabra y nos brindó la información solicitada, hablaba con nosotros al tiempo que nos guiaba hacia el interior del recinto. Se trataba de un edificio más chico en comparación con la anterior pero no por ello menos elegante.

—Aquí fue donde se encontró el cadáver —aseguró mientras nos permitía el acceso hacia la habitación. Era un santo y el cadáver estaba frente a él. La luz era mínima allí dentro aunque se alcanzaba a visualizar lo fundamental. Había unas cuantas personas inspeccionándolo todo. Recabando evidencias.

El chico salió de escena, dejándonos solos.

Me acerqué al cadáver de Javier —así se llamaba la víctima—. Estaba postrado sobre una silla, tenía una marca alrededor del cuello. Caucásico, ojos claros, de estatura mediana, prendas de muy alta calidad y con un móvil en mano. Daba apariencia de haber sufrido durante el acto.

—Lo asfixiaron —arguyó Nolan tras ver lo que yo observaba.

—Así es. —Estaba concentrado y pensando en posibles causas. En el móvil debía haber algo o de qué otra manera el agresor le habría permitirlo conservarlo. El asesino se burlaba de nosotros, creía que no le encontraríamos y alardeaba al dejar pequeños indicios.

La víctima tenía golpes en el abdomen, en la cabeza y en la cara. Al parecer lo golpearon minutos antes de haberlo asfixiarlo, primero lo dejaron inconsciente, tal vez el agresor necesitaba saber algo y una vez hubo despertado lo torturó hasta obtenerlo.

Después de haber obtenido lo que quería, simplemente acabó con él.

—Tienes una hipótesis ¿cierto?

—La tengo, pero no estoy seguro —respondí con recelo—. Primero habrá que inspeccionar aquel aparato sobre sus manos y si corremos con suerte, partiremos de ahí. Parece que el agresor se ha esmerado por mantenernos al margen.

¿Por qué dejarlo ahí? Expuesto y sin la decencia de hacerlo parecer un suicidio, justo como Alexander lo había hecho con su víctima. Menudo tío.

Sin pensarlo demasiado subimos a la parte superior de la casa, dejamos de lado el sótano para poder obtener más evidencias. Abajo solo había sangre y un cuerpo en descomposición. Al instante solicité a alguien para que examinase la sangre, no se descartaba el hecho de poder encontrar ADN del agresor; así mismo con el móvil, de encontrar algo, sería impresionante.

Me centré en otras cosas mientras los demás revisaban lo ya revisado: Examinar cada parte de la casa en búsqueda de algo sumamente relevante.

Llegué a la cocina y vi dos copas con vino, una ligeramente con menor cantidad a la otra. Inmediatamente uno y solo un nombre se me vino a la mente: Alexander Masen Levesque.

¿Podía ser posible que él estuviera detrás de todo esto?

Capítulo 7

No dudé siquiera un minuto al ver las copas de vino sobre la mesa, estaba seguro de que se trataba de Alexander. No me era de extrañar. Javier tenía su propia empresa. Era rico en cierta manera. Definitivamente Levesque tenía una razón de lo bastante gorda como para asesinarles. Necesitaba información y debía saber qué era lo que buscaba. Sin duda, estos debían ser conocidos suyos o de qué otra manera le permitirían el acceso. Después de todo, solo un amigo te ofrece una copa de vino. ¿No es así?

Tal situación me incitaba a investigar más respecto a su persona y a los aledaños a él. Ahí tendría probablemente, a la persona que sería su siguiente víctima. Lo raro en todo eso era que no le había visto con nadie más, a excepción de su novia. Ninguna otra cosa me resultaba interesante. Iba de su casa a la de la chica, y a la inversa; una monotonía conformaba su personalidad o por lo menos eso era lo que hacía cuando le observaba. Aunque pensándolo bien, hubo una excepción, aquella de hace dos noches, cuando asesinó a Erik.

Tal vez el día anterior también se había visto con la persona para la que trabajaba, o había asesinado a Javier y por eso no había tenido tiempo de ir a casa de la chica. ¡Joder! Me maldije por no haberlo seguido.

Inmediatamente pedí a alguien que tomara las copas de vino y las analizara en cuanto antes, quería resultados lo más pronto posible. Sin más, nos dirigimos hacia la comisaría, muy poco teníamos que hacer aquí y a decir verdad funcionábamos mejor en otro lado.

La noticia me mantenía bastante tenso, tanto que me mantuve así durante el camino a la estación. ¿Me preocupaba Alizee? No lo sabía. Pensar en ella a lado de ese imbécil me ponía furioso. Sabía que él y yo no teníamos mucha diferencia, que probablemente yo le causaría más daño pero no me hacía ni puta gracia que Alexander estuviera junto a ella.

—¿Estas bien? —preguntó apartándome de aquella batalla interna.

Asentí segundos después, tras volver a la realidad.

—Solo estaba pensando.

Caminé directo a la oficina con Nolan detrás de mí, como tal perrito faldero en busca de comida. Quería hablar sobre el tema. Sabía que quería obtener información sobre lo que pensaba y no

descansaría hasta obtenerla. Él era así, qué se le podía hacer. Su ímpetu por la investigación era lo que le mantenía activo, y por qué no, tal vez con la posibilidad de estar un paso adelante de los demás, aunque de mí, nunca.

—¿Y bien? —preguntó con algo de saña. Sabía a dónde quería llegar, era tan predecible. Y pese a su inteligencia, sería presa fácil. El tipo carismático también era fácil de engañar.

—Y bien ¿qué? —fingí no seguir el hilo de su conversación. Siempre lo hacía con él.

—Cuál es tu hipótesis.

Le observé tomar asiento frente a mí, esperaba respuestas y sus ansias por saber lo que rondaba por mi cabeza no se hicieron esperar. Había estado aguantándolas desde el inicio de nuestro trayecto sobre la carretera, por lo que luego de pensarlo un rato, decidí decirle lo que había pensado mientras estábamos en el sótano. No podía dejar que supiera más allá de lo que debería, en especial porque podríamos estar en problemas.

—Javier tenía golpes en el abdomen, en la cabeza y en la cara ¿cierto?

—Exacto —me escuchaba con suma atención.

—Alguien debió haberlo dejado inconsciente mientras lo amarraba a la silla...

—Sí, pensé en eso —interrumpió mi habla—. Pero —lo dudó por un instante—, ¿para qué quería tenerlo vigilado? el asesino quería saber algo ¿no?

—Sí, creo que sí —dije con bastantes sospechas—. Debemos investigar qué es lo que quería saber y por qué —recargué mis brazos sobre el escritorio y mirándolo fijamente continué—. Lo torturó para hacerle hablar. Esa es la que creo, razón perfecta para tantos golpes en el abdomen y en la cara. Después de esto, simplemente lo asfixió. Obtuvo lo que quería y se fue.

—O no —conjeturó logrando obtener mi completa atención. No lo había pensado, este chico sí que podía llegar a ser de los buenos, por algo estaba en mi equipo. Me agradaba cuando se atrevía a pensar más allá de lo que en realidad debía ver, siempre y cuando no se metiera en mis asuntos.

—¿Qué quieres decir? —insistí a que continuase.

—Pudo no haber obtenido respuesta y por eso lo asesinó.

Tenía razón, probablemente así había sido. No obtuvo lo que quería, estaba lleno de ira y lo asesinó, sin más, sin piedad, sin miedo a lo que pudiera pasar. Me limité a asentir. Tenía un semblante sereno, estaba pensado en las posibilidades. Pensaba en

sus posibles razones. ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? Las respuestas a esas interrogantes me estaban matando por dentro.

—Había dos copas de vino sobre la mesa… también había dos copas en casa de Erik —dije en voz alta después de sopesarlo por un momento, aunque con cautela para no decir más de lo necesario. No debía saber que yo había visto a Levesque la noche en que se había apoderado de la vida del joven empresario.

—¿Estás diciendo que se trata del mismo agresor?

—Puede ser. Primero necesito los resultados. Solo debemos esperar —intenté desviarlo.

—Me comunicaré con los encargados del asesinato de Mattew. Les comentaré lo de las copas, tal vez tengan algo.

Asentí y me quedé solo en la oficina, si se trataba de Levesque tenía que actuar antes de que le hiciera daño a alguien más. No me fiaba de él. Si por mí fuera, ya estaría muerto aquel hijo de puta. Pero antes, debía saber qué tramaba, para quién trabajaba, por qué lo hacía y qué quería saber.

Dos horas después, Nolan ingresó a mi oficina. Mostraba un semblante algo extraño, con una cara de desilusión, papeles en mano y con los hombros caídos caminó hacía mi escritorio. Tenía pésimo semblante. Las malas noticias solían correr rápido.

—He hecho un par de llamadas —explicó—, y me han dicho que no han encontrado nada. El caso está cerrado a falta de información, no hay pruebas suficientes que les hagan iniciar una búsqueda y es que se ha quedado como suicidio. Hasta se han sorprendido cuando les he pedido el informe, han dicho que no tiene sentido, que no encontraremos nada.

—¿Cómo puede ser eso posible? —Me levanté dándole un golpe al escritorio que estaba frente a mí. Fingía, por supuesto que lo hacía. La noticia me alegraba, lo tenía para mí. Aunque me hastiaba tal fallo del sistema. ¿Cómo podían no tener pruebas suficientes? El cadáver postrado sobre la cama era la razón principal por la que el caso debía seguir.

—Lo mismo me pregunté, créeme —continuó—. Me han dicho que las copas no tenían huellas, lo he confirmado en el informe —extendió una carpeta hacía mi—. Justifican que una de ellas estaba completamente limpia, no había huellas, ni siquiera la tocó. La otra era de Erik.

—Mierda —siseé al observar aquellos documentos. Ese hijo de puta lo había hecho bien, limpió la copa antes de salir. Aunque tuvo un error, le había visto y no me podía engañar. Además sospechaba que había sido el mismo que había asesinado a Javier—. De acuerdo, esperemos a los resultados de mañana, tal vez nos digan algo —finalicé con los documentos sobre el escritorio.

Nolan se había ido y yo comenzaba a dudar de que las evidencias nos dieran un nombre. Alguien a quién seguir o algo que perseguir. Alexander se tomaba su tiempo y borraba cualquier cosa que lo incriminase. Yo haría lo mismo, sobre todo teniendo a la policía pisando mis talones.

Mi compañero volvió a entrar a la oficina, sin tocar y sin previo aviso ingresó como si de su casa se tratase. Se hizo paso entre la puerta y mi escritorio caminando con bastante furia o seguridad, tal vez. Aquel arrebato en su caminar me hizo abandonar mis más profundos pensamientos. Solicitándole así, una explicación inmediata.

—Nada —berreó algo fastidiado.

—¿Qué? —pregunté al no tener claro el que.

—No hay nada, acabo de revisar los resultados de los análisis y

no hay nada —dijo en cuanto me arrojó otra carpeta blanca. Revisé los documentos dentro de este, pero no había algo que pudiera ayudarnos. ¿Cómo podía ser posible? Se trataba de dos copas. Una tenía más vino que la otra y… Momento. Ahí estaba la respuesta, esta vez Alexander no tomó la copa, dejó que su víctima bebiera de la suya y él salió intacto. Después de ver los resultados, cerré el folder y miré hacia la nada.

—Te lo dije.

—Nada —vacilé. La policía dejó el caso al aire, no había pruebas y no se hizo justicia. Era un punto a mi favor, me estaban dejando a Alexander en las manos y esto se los debía agradecer—. ¿Qué hay del móvil? —cuestioné una vez más.

—He preguntado pero el teléfono parece no tener nada, tan solo una llamada entrante… —Le miré en espera de más información—. El número pertenece a Erik, se conocían… le ha llamado antes de su muerte, la conversación se intenta recuperar aunque con muy pocas posibilidades. Además, se cree que había quedado con él pero en su lugar a asistido el agresor. Aunque para serte sincero no le veo futuro… no tenemos nada y pronto nos pedirán abandonar el caso al menos que encontremos algo que avive el fuego —finalizó.

La situación me resultaba complicada. Nolan tenía razón, sin algo más de lo cual aferrarnos, en un par de días el caso quedaría archivado. De cualquier manera, la noticia no me afectaba tanto como a él, aunque sí que hería la susceptibilidad de cualquiera, dejar a un homicida suelto era un disparate.

Pese a ello, estaba consciente de que necesitaba una distracción, no me podía dar el lujo de volver a la casa de Alizee. No podía hacerlo, trataba de convencerme de ser alguien que no podía sentir algo por los demás. No había tenido tal tipo de afecto por alguien, no a esta magnitud. Y para ser sincero no sabía cómo reaccionar. Vivía aferrado a la idea de funcionar mejor sin alguien con la cual compartir experiencias, aunque no podía ser del todo cierto. Había leído sobre asesinos que por lo menos en algún tiempo de su vida habían llegado a tener familia, y eran descritos como personas admirables que no matarían a nadie. Vaya lio.

Estaba a punto de realizar lo que hacía antes de conocer a la chica, había estado un tanto apartado de aquel pasatiempo que me había olvidado por completo de ello. La noche era el mejor momento para hacerlo porque no había nadie a mí alrededor, podía pasar desapercibido y trabajar con paciencia. La noche era larga y solo mía.

Había subido a mi auto, conduje bajo la oscuridad, nada mejor que una noche tranquila, serena, sin presión ni acoso. Matt Somers, un tipo aparentemente inocente, dedicado a la venta de casas en las afueras de la ciudad. No tenía antecedentes penales porque nunca se encontraron pruebas que pudieran inculparlo. El destino sabía que lo necesitaría y la serendipia me permitió encararle. Era soltero, vivía en una casa rodante, prefería no levantar sospechas. Durante el día era el mejor vendedor de casas, se esforzaba por serlo, pero en cuanto encontraba a una chica soltera, la seducía, salía con ella durante un par de días y luego la llevaba a su hogar. Las drogaba hasta dejarlas inconscientes, totalmente expuestas ante él. Una vez habiéndolas matado, Matt las subía al auto para dejar sus cuerpos abandonados en un basurero.

Repugnante.

Sin duda, una noche entretenida.

Bajé del auto y me puse los guantes, observaba a mí alrededor para cerciorarme de que no hubiera nadie merodeando por el sitio. Entré a la casa y lo esperé. Sabía que no tardaría en arribar porque había tenido su primera cita con la que sería su siguiente víctima, lástima que le hubiera encontrado, le ahorraría el trabajo.

Escuché la puerta abrirse e inmediatamente supe que era él. Una vez dentro de la sala se dejó caer sobre el sofá permitiéndome el fácil acceso a su cuello, lo tomé por detrás justo para asfixiarlo. Pude escuchar el nivel de su respiración acelerar para luego ir bajando poco a poco.

Cubrí toda la habitación para así evitar dejar gotas de sangre impregnadas en cualquier rincón. Me tomé mi tiempo, le había dejado lo suficientemente inconsciente como para poder sorprenderle con tal preparación. Antes de asesinarles escuchaba sus plegarias y sus arrepentimientos. A veces daban más detalles de los que esperaba.

Le tenía atado y colocado sobre un peldaño, no podía escapar aunque quisiera. La típica imagen del cristo sobre la cruz.

Matt despertó minutos después, observaba hacia todos lados con unas incesantes ganas de querer huir. Realizó pequeños balbuceos,

no podía hablar, le tenía amordazado. Me levanté de mi asiento y me dirigí hacia él a paso lento, disfrutando de su miedo y de la situación que nos había llevado hasta donde estábamos ahora. Me situé junto a él, permitiendo que me mirase y que echara a volar su imaginación respecto a lo que a continuación iba a hacerle.

—Han muerto muchas chicas en tus manos, Matt —comencé con la conversación. Mi tono de voz le sobresaltó aún más. Se estaba haciendo a la idea—. ¿Quieres hablar sobre ello?

Mantuve mi serenidad al presentarme ante él, le mostré el cuchillo que sostenía en la mano derecha y detenidamente lo pasé por su mejilla hasta el cuello. Podía sentirlo temblar, el filo de mi arma indicaba su fin. Directo a la yugular.

—No sé de qué hablas —titubeó algo nervioso.

—Justo lo que pensaba que dirías, ¿por qué todos dicen eso? —Matt trataba de mantener la calma pero no pudo ¿Quién lo haría en el estado en el que se encontraba?—. Acusado por el asesinato de tres chicas —caminé alrededor de él—, pero te dejaron libre por falta de pruebas.

Tenía el cuchillo sobre su pecho y esta vez le hice un ligero corte. Matt soltó un gesto de dolor. Vamos no era para tanto. Se estaba acobardando.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo hice, para —respondió suplicando por su devoción. Podía escuchar un poco de arrepentimiento en su voz. El saber que morirían en mis manos les hacía decir la verdad. Tal vez tenían la esperanza de que pudiera dejarlos libres. Se equivocaban.

—¿Por qué solo mujeres solteras?

—¡Son unas zorras! Unas malditas zorras —soltó con odio.

—Deberías considerar la manera en la que te refieres a ellas —pronuncié con algo de impetuosidad—. Aunque técnicamente. —Sonreí al imaginar su futuro—… Ya no importa. .

—No quise hacerles daño. —Su miedo se agrandaba entre cada respiración. Sabía el modo en el que todo esto terminaría pero no quería aceptarlo, encontrarse ante tal situación le resultaba difícil de creer. Por lo regular, era él, el que se encontraba del otro lado de la balanza.

Me encontraba por encima de su cabeza.

—No lo haré más.

El latir de su corazón comenzaba a acelerarse una vez más.

—Eso ya no importa —susurré—, solo quería escucharte admitirlo.

Sin darle tiempo a que llegara a responder le partí el cuello de

un solo golpe. Hice lo mismo con las otras partes de su cuerpo, vi la sangre surgir por todos lados. El olor era increíble, cerré mis ojos para disfrutar del momento tras recrear el sonido de la muerte, y una vez hube terminado, deposité los restos dentro de bolsas negras, recogí todo y las eché a mi auto, que por supuesto también estaba cubierto para evitar dejar sangre dentro de él.

Esta vez había elegido arrojarlas al mar, con piedras dentro, para asegurarme de que llegasen a su destino sin salir al exterior. No era el lugar más seguro pero definitivamente en esta ocasión era el mejor. En el mar, escogí un lugar donde las corrientes podían arrastrar los cuerpos lo suficientemente lejos como para no poder incriminarme. Además, había desarrollado una técnica para evitar ser descubierto, con algunos de ellos empleaba lo que había aprendido con mi padre y con otros hacía lo que ahora. De este modo, si en algún momento llegaban a descubrirme, no podrían relacionarme con gran parte ellos, creerían que se trataría de personas diferentes.

Me senté sobre el yate mientras contemplaba la oscuridad sobre mí. Muy pocas cosas apreciaba en este mundo, y una de ellas era poder relajar los hombros luego de saber que había cumplido con el código. Contemplé por unos instantes y con orgullo aquello con lo que me había quedado, el recuerdo de algo que había existido ahora reposaba dentro de un frasco. La clara prueba de que en algún momento había estado vivo.

Regresé a casa con la mente más despejada, había vuelto a ser el mismo. Ya necesitaba algo de adrenalina en mi vida, podía respirar profundamente, me había olvidado de mis asuntos.

En el trabajo ya no se había mencionado nada sobre los asesinatos. El móvil de Erik no fue encontrado y en el de Javier los contactos no estaban, resultaba imposible saber quién sería la nueva víctima y sobre todo saber de qué estaban relacionados. No mentiría, me había quedado más tranquilo.

Sin la policía siguiendo mis pasos podía trabajar perfectamente.

Capítulo 8

Me encontraba con el buscador abierto cuando el sonido del móvil interrumpió mi investigación. Era una llamada inesperada, algo tarde para contactar conmigo. Debía ser algo serio.

—Caden. —Se escuchó al otro lado de la línea—. Soy Andrew ¿me recuerdas? —dice una voz poco familiar a través del aparato. Me resultó un poco difícil distinguirle pero al final lo hice. Era el hermano preocupado de Alexander.

—Por supuesto hombre, ¿qué pasa? —fingí mostrar gusto por escucharle.

—Quería invitarte a cenar —dio una pausa—, esta noche —soltó con bastante extrañeza. Algo sumamente extraño de su parte. Pensaba negarme pero volvió a hablar—. No puedes decir que no, irá mi hermano y su prometida, les he dicho que quería invitarte. —Sonó fascinado—. Ellos están de acuerdo.

¿Qué podía hacer? Estar cerca de mi victima hacía las cosas mucho más fáciles.

—De acuerdo, iré. —Accedí tras notar ventaja, cerré sesión en la computadora, tomé mis cosas y salí de la oficina.

Andrew me había dado la dirección de un restaurante no muy lejano, me quedaba de pasó al ir a casa. La memoricé y le dije que estaría ahí a las 9:30 de la noche. Si no quería que nadie sospechase de mí, debía comportarme como una persona “normal” aunque no creía que la normalidad llegase a existir. La sociedad se empeñaba en eso, creyendo en la normalidad como en el aspecto común que compartían las personas. Dejando a la minoría con la extraña etiqueta de “raro” o “anormal”. Un montón de chorradas. A veces, la sociedad me daba tanta pena.

—Te veo mañana, Nolan.

Tomé mi chaqueta y me dirigí al auto.

—¿A dónde vas? —preguntó sorprendido al verme salir. Por lo regular era de los últimos en irme, todos creían que era por trabajo pero en realidad hacía tiempo esperando a mis víctimas o investigando sobre ellas.

En esa ocasión fue diferente, me habían invitado a una cena…

—Una cena.

—¿Una chica? —Intentó sacar provecho a la situación. No se le escapaba nada.

—¿Eso importa? —contesté devolviéndole la pregunta.

Me dirigí a casa, antes debía ducharme y arreglarme para la ocasión, no iría con la ropa del trabajo que aunque no era uniforme, no me hacía sentir cómodo asistiendo con ella a una cena de prometidos. Estaría junto a Alizee y a Alexander, lo cual ameritaba darles buena impresión. No había tenido oportunidad de estrecharles la mano y luego de tanto tiempo, esta sería la ocasión perfecta para intentar conocerles más a fondo.

Una vez listo me puse en marcha hacia el restaurante que me habían indicado, llegué justo a la hora prometida y aparqué cerca de la entrada. Ingresé buscándoles con la mirada. El lugar estaba lleno, bastante murmullo y un olor a caoba inundaba el lugar además de la comida. No caminé mucho cuando por fin les encontré, Andrew pareció verme al mismo tiempo que yo e hizo un gesto con la mano indicándome que me acercara a ellos. Se encontraba con Alexander y Alizee, ella a su derecha, llevaba un elegante vestido en tono azul marino, resaltaba su figura y la calidez en su piel. Él iba de traje al igual que Alexander quien ya no tenía puesto el saco, se encontraba a su izquierda, junto a Alizee y con un lugar vacío entre él y su hermano. El lugar que habían dejado para mí.

Saludé a todos regalándoles una sonrisa y estreché sus manos como si fuéramos viejos amigos, me resultaba fácil poder plantarme frente a ellos fingiendo hermandad. Saludé a Masen con palmadas en el hombro y a Alizee la besé en la mejilla. Aquel tacto había despertado mis sentidos.

—Buenas noches, espero no interrumpir —dije tomando asiento en el lugar vacío—. Andrew me ha invitado —expliqué mirándolo por segundos y luego volviéndome hacia ellos—. Acepté ante tal camaradería, espero no les moleste.

—Por supuesto que no, amigo —dijo Masen—. Para nosotros es un gusto tenerte. Excelente idea que hayas aceptado —pronunció extendiendo una copa de vino hacia mí—. Es la primera vez que veo a mi hermano tan emocionado por presentarte ante nosotros.

—Tampoco es para tanto. —Intervino él un tanto apenado.

—Sí, nos complace tu presencia —agregó ella con voz cálida. Su intervención me hizo recordar que no había tenido oportunidad de escucharle hablar de manera tan nítida, era la primera vez y sonaba exactamente como la había imaginado.

—Bueno, en ese caso —alcé la copa a modo de brindis, los demás me siguieron y bebieron.

Ordenamos algo de cenar y un poco más de vino.

—Andrew comentó que eres agente de policía —soltó de pronto

—. Ha dicho que estás en el caso de Javier —su curiosidad no se hizo esperar, apareció más pronto de lo que había llegado a imaginar. Estábamos entrando en un conflicto de intereses—. ¿Es así?

—Lo estaba —respondí bastante emocionado ante la idea de saber que me estaba sacando información, quizás pensaba que no estaba al tanto del tema y que no le conocía de nada. Ahora me encontraba un paso adelante.

—¿Estabas? —preguntó Aleu con tanta intriga.

—Sí, ya se dio por terminado —dije mientras intentaba probar un bocado—, la verdad es que el sistema puede llegar a ser un verdadero dolor de cabeza. Hay cosas que están muy por encima de nosotros que nos resulta difícil aferrarnos a algo. Hay muchas fisuras, las cosas no salen como quisiéramos, no encontramos las pruebas suficientes y así como si nada, el caso se da por terminado —le expliqué a aquella damisela, después miré a Levesque, quien sonrió en cuanto dije que se había terminado. Tomó un trago como si de un brindis se tratase.

—Es una pena… —dijo luego del trago. Ahora estaba más aliviado.

—Eso mismo pensaba, pero… así es esto, a veces les tenemos, a veces no.

Conversamos sobre cosas sin sentido, a mi parecer. Alexander y su prometida hablaban sobre su boda, lo cierto era que a mí me tenía sin cuidado. No entendía y no comprendía aquello a lo que la gente llamaba amor, me resultaba difícil imaginarme en una situación con tal formalidad.

—¿Desde hace cuánto están juntos? —pregunté, la curiosidad podía conmigo. De ahí podía sacar tema para comenzar a inmiscuirme en su vida personal.

Sorbí un poco de vino aunque no era fanático pero intentaba encajar.

—Un año, y hemos decidido casarnos —contestó ella muy alegre.

Casarse era algo que no lograba entender, ¿cuál era la finalidad? Si decían que se amaban no entendía por qué necesitan un papel para afirmarlo. Como sea, no estaba entre mis posibilidades casarme. Los miré con aflicción pudiendo llegar a sentir lastima por ellos, parecían ser la pareja perfecta y digo parecían porque no sabían en lo que se estaban metiendo. Él le oculta cosas, ella tal vez no le aceptase. Al final, todo se resumía a decepciones y falsas promesas.

—Debe haber sido una decisión difícil de tomar ¿no? —pregunté haciendo referencia a su compromiso.

—Realmente no, para mí no lo fue —contestó Alexander—. Amo a Alizee y quiero compartir el resto de mi vida con ella. —¿Estará bromeando? ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía fingir estar en una relación? ¿Cómo podía llegar siquiera a sentir algo por ella? Quería comprenderlo, en serio que quería pero me resulta complicado.

Lástima que te quede poco tiempo —pensé—. Tanta miel me hacía querer vomitar. Lo haría.

—¿Perdón? —preguntó Masen como si pudiera leer mis pensamientos. Algo fuera de serie.

—Nada. —Solté extrañado ante la idea y bebí de la copa.

—Y tú, ¿estás casado? —inquirió intentando ocultar su atracción hacia mí.

—No —respondí sin miedos. La miré tratando de descifrar aquello que me mantenía encantado de su persona. Por minino que fuera quería descubrirlo.

—¿Tienes novia? —Me miró intrigada. ¿Qué pasaba por su mente? La vida en pareja no lo era todo, comenzaba a fastidiarme aunque tenerla junto a mí me parecía buena idea.

—Tampoco —resoplé—, no es que me importe demasiado, es decir, el trabajo demanda mucho tiempo y me resulta difícil poder enfocarme en algo más —mentí.

—Un brindis por los felizmente solteros —intervino Andrew alzando su copa.

Yo respondí siguiéndole el juego y enseguida lo hicieron los demás.

No era que amara estar solo… si, si lo amaba, estar solo me hacia las cosas más fáciles, no me complicaba la vida, no tenía que pensar en salir y llegar temprano a casa o en comprar obsequios y salir de paseo. No tenía que preocuparme por cosas banales y en un montón de mierda.

—Por la felicidad de los solteros —dije de lo más feliz del mundo. Las copas se me estaban pasando, me desenfocaba de lo que en realidad estaba buscando dentro de la conversación.

—¿Enserio? Eres tan apuesto, me sorprende que no tengas novia. —Soltó retomando la conversación. No lo olvidaba.

—Por ahora prefiero estar soltero. —Le regalé una sonrisa.

La charla se prolongó un poco más, terminé sabiendo mucho sobre ellos, como lo dije anteriormente convenía estar cerca de mi víctima, sobre todo si no sabía que iba tras él. Alexander y Andrew no eran hermanos de sangre, sus padres habían muerto y lo único

que tenían ahora era el uno al otro. Levesque no recordaba nada de sus padres biológicos ni comentó nada de su lugar de procedencia, ni siquiera del sitio en el que se encontraba antes de vivir con Andrew, o por lo menos no me lo quiso mencionar. Aquella información debía desvelarla lo antes posible. Tal vez buscaba a sus padres e intentaba sacar información de aquellos a los que había asesinado, de cualquier manera, comenzaba a desvariar. El alcohol estaba haciéndome efecto.

—Fue un placer cenar con ustedes—les dije.

Salimos del restaurante y me despedí de ellos.

—Gracias a ti por asistir —mencionó Andrew. Algo en su mirada decía más de lo que logré comprender debido a lo mareado que me encontraba.

—Nos vemos Alexander, me agradó poder conocerte al fin. —Esbocé una sonrisa, no es que me hubiera agrado en absoluto pero debía ser el mejor actor en ese momento. Él chico se despidió dándome acceso a su prometida—. Buenas noches, querida —le dije al oído mientras le besaba la mejilla. Era la primera vez que estaba consciente de decirle aquella frase tan típica cuando iba a su casa.

—Buenas noches, Caden —dijo tratando de mantenerse como un recuerdo en mi mente.

Me dirigí hacia el auto al tiempo que ellos avanzaban hacia la dirección contraria.

Me puse en marcha con algo de dificultad, tener a Alizee a mi lado me hacía sentir extraño. Era algo inexplicable, una sensación que nunca había tenido y no sabía cómo explicarla.

Capítulo 9

En la oficina siempre había algo que hacer. Aquella mañana, el agente Dan me había informado sobre el asesinato de una adolescente que había tenido lugar durante la noche aunque no lo reportaron hasta esa mañana. Un par de chicos que habían aprovechado el horario matutino para salir a ejercitarse fueron infortunados al encontrarse con tal barbarie a mitad del sendero.

Cuando llegamos a la escena del crimen ya había gran cantidad de público. El cadáver se encontraba abandonado en plena pista, con bastantes curiosos asomando el ojo e intentando captar la mejor escena. Se trataba de una chica, 16 primaveras habían quedado trituradas sobre el piso con un aspecto fatal y el cuerpo postrado como si deseara ser encontrado o como si el homicidio hubiera sido interrumpido.

—A mi parecer es un primerizo —expresé al percatarme de los fallos en la escena.

—Concuerdo contigo. Intentó cortarle el cuello aunque sin muchas esperanzas. —Me explicó lo que a su parecer encajaba con el cuadro—. La golpeó en la cabeza una y otra vez hasta terminar con ella —afirmó Nolan.

—Los cortes se ven tambaleantes, probablemente estaba nervioso —mencioné.

—Tal vez surgió de la nada, la novia lo hizo enojar y él la atacó hasta haberla matado.

—Un crimen pasional.

Pedí los informes sobre el asesinato, no quedaba duda de que buscábamos a un chico que vivía a no más de tres cuadras a la redonda considerando las circunstancias en la que se encontraba el cadáver. De haber dispuesto de tiempo, habría podido trasladarla, necesitaba tiempo para huir y ahorrarse el riesgo de que alguien lo llegase a ver en tan transitada pista.

Lo primero era identificar a la víctima. Aunque me causaba cierto misterio que no hubiera ningún familiar intentando cruzar la valla, por lo regular, siempre los había.

Un par de preguntas a los curiosos y tras no encontrar relevancia en sus testimonios decidí regresar a la oficina, realicé un informe de la escena y esperé los resultados que indicaban la identidad de la chica. En realidad no tardaron mucho. Ayline Mora, 16 años. Proveniente del otro lado del globo razón por la cual no había

familiares en la zona. ¿Qué hacía tan tal lejos de casa? Una chica engañada como muchas otras y terminando de la peor manera posible. Su agresor encajaba en mi código.

La familia llegó al día siguiente, identificaron a la chica. No sabía lo que se sentía perder a alguien pero por la cara que la madre había puesto al momento de encarar con la realidad al ver el rostro de su hija, fue precisamente esa, la razón por la que estaba a gusto tal y como estaba ahora. Libre de relaciones afectuosas. De una familia que se preocupara por el cuidado de sus descendientes…

—Dijo que vendría una semana, con su novio —escuchaba al otro lado de la sala de interrogatorio, mirando a través del cristal a la hermana de Ayline que hablaba con Nolan.

Era el novio. Solo necesitamos un nombre.

—¿Cómo se llama él? —preguntó mi compañero.

—Andy Romero. —Soltó sin pensar—. Yo no le conocía de nada, ellos se conocieron por Internet… parecía un buen chico. Fue una locura haber cruzado el mar para conocerle.

—¿Tienes la dirección de su casa o alguna referencia para poder encontrarlo?

La chica dio una dirección, justo lo que necesitábamos. Una vez dicho, ordené que asistieran al lugar. Nolan salió minutos después y nos pusimos en marcha.

—Buen trabajo. —Le aplaudí el logro.

Llegamos al lugar que había mencionado la chica y rodeamos la casa. Estaba a tan solo dos cuadras del sitio en el que se había encontrado el cuerpo, disponía de rápido acceso para pasar desapercibido en medio de la noche y poder escabullirse luego de su crimen.

—¡Policía!

Inspeccionamos cada habitación. Andy intentaba escapar por el baño. No lo logró, en su lugar confesó ser culpable, aún estaba nervioso. Era de esperarse, fue su primera vez.

—No quería hacerle daño, se me salió de las manos… —Arrepentido o no, fue asesinato—. Él dijo que lo terminaría. —Esas últimas palabras retumbaron en mi mente. La idea no había surgido de él, alguien más le había incitado a hacerlo—. La amaba.

—¿De quién hablas? —Intervine con gran interés pero el chico no logró recordar, frases sin sentido y demasiada paja era lo único que podía escuchar.

—Recuerda… La piscina... —Todo lo que salía de su boca era un mar de paja, carente de sentido desde donde lo veía y difícil de comprender debido a la gran cantidad de heroína corriendo por sus

venas. Al poco tiempo fue trasladado a un centro de atención y prevención de adicciones, resultándome complicado poder saber más sobre el tema.

Estuve dos días apartado de mi proyecto y dos días sin visitar a la chica.

El momento había llegado. Alexander no estaba en casa y yo tampoco lo estaría. Estaba de casería, tenía una nueva víctima en la mira y después de saciar mi sed pensaba visitar a la dama. ¿Cuándo pasé de ser un asesino a un acosador profesional?

Iba camino a la casa de mi víctima, repetí el ritual de siempre y me deleité entre cada gota de sangre que emanaba del cuerpo arrepentido. Aspiré el dulce olor de la sangre en medio de la noche. Damián era un joven de 26 años, apasionado por las chicas pero obsesionado con asesinar a cualquiera que se atravesase en su vista. Estuvo en psiquiatría, había salido hace un año pero no mejoró tanto como lo afirmaba su informe, siguió asesinado.

Sin pistas nadie podía culparme.

Capítulo 10

Ahí estaba, una vez más frente a la casa de Alizee. ¿Cuándo dejaría de hacerlo? ni siquiera sabía por qué lo hacía. Esto no era lo mío, no era mi estilo, no era yo. Esta chica sacaba lo "mejor" de mí. No era ni quería ser eso pero sentía una fuerte atracción hacia ella, hacia su aroma, hacia su persona… muy difícil de apartar de mí.

Después de terminar el cigarrillo me dispuse a salir del auto y caminar tranquilamente hacia su casa, sabía que Levesque no estaba porque tenía asuntos que arreglar al igual que yo, con suerte no regresaría hasta mañana por la mañana. No había nadie a mí alrededor, como siempre.

La noche era fría pero no demasiado como para congelarse. Entré por la ventana, era poco más de media noche, sabía que estaba dormida, lo presentía. Todo estaba como siempre, las pequeñas fotografías colgadas en la pared, la típica cocina en donde todo estaba perfectamente acomodado; en mi caso era igual, me agradaba lo ordenado. La televisión frente al sofá, las escaleras que daban al piso de arriba —por suerte no rechinaban—. Subí sin ninguna prisa hasta llegar a la habitación de Alizee, mientras lo hacía, evalué cada cosa que se encontraba a mí al rededor, pero nada me importa más que estar dentro de su habitación.

Si por alguna extraña razón llegara a descubrirme tendría que mentir, tal vez le diría que reportaron un asalto y por disposición oficial tuve que ingresar a su casa. Sonaba patético pero lo haría si no me quedara otra alternativa. Ahora estaba frente a su habitación, tomé la manija y la giré cuidadosamente. Cerré la puerta tras de mí. La chica estaba postrada sobre su cama, parecía disfrutar de un buen encuentro con Morfeo, se veía tan tranquila y… apacible.

Caminé hasta la ventana, observé hacia donde se suponía debía estar mi auto pero no logré visualizarlo, eso indicaba que era buen lugar para pasar desapercibido. Fui hacia donde ella se encontraba y la observé con fascinación, debía parecer un idiota al imaginar mi cara tras contemplarla pero no podía evitarlo.

—¿Que me has hecho? —susurré acercándome a ella. Me situé a su altura, la tenía frente a mí. Ella se movió un poco aunque no lo suficiente como para alarmarse, no sabía que estaba aquí. Más bien parecía que me encontraba en una historia en donde no podría ser descubierto porque era el protagonista, y en donde ella no podría despertar porque mi objetivo era contemplarla sin interrupciones.

Sonreí al imaginar lo que podría ser—. ¿Te das cuenta de lo mucho que me hirió saber que tú y él se van a casar?

Dije esto en voz alta, más para mí que para ella, no quería decírselo pero era algo que no había podido dejar de pensar desde aquella noche en la cena. No sabía si estaba bien sentirme perdió, lastimado, herido o cualquier otro jodido sentimiento que fuera ese, pero nunca lo había poseído. Nunca había experimentado ese tipo de afecto hacia alguien, más bien, era aprecio. Los admiraba y los quería en mi vida, justo como a Nolan. Pero con Alizee, con ella era algo muy distinto. Quería desaparecer a Masen, sabía que podía pero no ahora. No con ella en mi mente.

—¿Alex? —susurró en sueños trayéndome de nuevo a la realidad. No me moví, no hice nada. Me había quedado estático sin poder mover un músculo. El tiempo parecía no avanzar pero no ocurrió nada más. Volvió a los brazos de Morfeo sin percatarse de la presencia de un extraño. Por un momento llegué a creer que despertaría y después de un tiempo, cuando estuve seguro de que no despertaría, le acaricié la mejilla.

Tiempo después mis sentidos se agudizaron al escuchar un ruido proveniente de la puerta principal.

Inmediatamente corrí hacía la ventana, era Levesque quien ya había aparcado el auto frente a la casa.

—Mierda —dije en un susurro. Me dirigí hacia donde ella se encontraba—. Buenas noches, querida. —Caminé hacia la puerta tan rápido y silencioso como pude pero un sonido salió del bolsillo de mi pantalón—. Joder —me reproché de nuevo sin voltear atrás. Mi estúpido celular había sonado.

A quien quiera que me estuviera llamando juré que lo haría pagar. Tan rápido como pude saqué el móvil, lo apagué sin siquiera ver el número y me apresuré a salir de la habitación, no me había molestado en mirar hacia atrás para cerciorarme de que Alizee no me hubiera visto. Además no podía bajar, Masen estaba allí, debía escapar moviéndome tan solo por el segundo piso. Sin pensarlo demasiado me dirigí a la puerta más cercana que logré encontrar, la evalué al instante, era una recamara en la que al parecer nadie ingresaba, había una ventana que daba hacia afuera. Pensé rápidamente en salir por ahí pero escuché murmullos, me pegué a la puerta para poder escuchar.

—Alizee ¿te desperté? —interrogó con presunción.

—No, yo… solo, iba a bajar —Expresó algo adormilada seguido de un bostezo.

Estaban en el pasillo, entre la habitación y las escaleras.

—¿Quieres agua? —Propuso con agrado.
—No, es que escuché un ruido… olvídalo, pudiste haber sido tú.
Nadie dijo nada, parecía que todo había terminado.
—Dejaste la ventana abierta —recalcó.
Joder, no la había cerrado.
—¿Qué? —dijo ella extrañada. La noticia le había tomado por sorpresa.
—Cuando entré, vi la ventana abierta. Ya la he cerrado yo pero debes ser más cuidadosa.
—Lo siento. Debí haberme queda dormida, llegué cansada del trabajo —se excusó.
—No te preocupes, da gracias a Dios que no entró ningún asesino. —Lo escuché decir sarcásticamente.
Eso es lo que piensas —me dije a mi mismo—, en esa casa, justo en ese momento había dos asesinos aunque existía mucha diferencia entre el uno y el otro.
Escuché la puerta cerrarse: la de su habitación.
Me separé de la puerta en la que me encontraba y me dirigí a la ventana, no podía cometer tres errores en la misma noche. Uno: la ventana. Dos: el estúpido celular. Y tres: arriesgarme a ser descubierto. Después de todo no fue tan difícil, procuré no hacer ruido al bajar, cerré la ventana y después de unos saltos me dirigí al auto. Definitivamente esa no había sido una buena noche, no pude despedirme y todo lo tuve que hacer demasiado rápido.
—Estúpido Levesque —siseé.
Subí al auto, me recargué sobre el volante y recordé que había recibido una llamada, rebusqué mi celular y lo encendí. Creía saber de quién se trataba: Nolan.
Unos segundos después el móvil estaba encendido. Tecleé para ver la última llamada. Me quedé pasmado cuando vi que el número no lo tenía registrado, no era Nolan y no era una llamada. Era un mensaje, lo abrí sin estar tan convencido del todo.
«¿Otra noche? ¿No crees que sea una obsesión? Creí que ya lo habías olvidado, habías estado distante. Todo en exceso hace daño, querido amigo. No te vayan a descubrir.»
Era un mensaje que no me esperaba. Alguien me había estado vigilando, tal vez desde la primera vez en la que había ingresado a la casa, tal vez desde antes. Dejé el celular sobre el asiento a mi derecha. ¿Qué podía pensar de ello? No conocía al remitente y eso me hacía dudar, pensar, estar alerta. Tres errores en una misma noche.
Aquella noche golpeé el volante lo más fuerte que pude

dejándome llevar por la furia pero justo en ese momento mi celular volvió a sonar, era él, de nuevo. Miré hacia todos lados, estaba oscuro, no pude observar nada a pesar de estar siempre alerta. Después de evaluar el panorama, tomé el móvil con extrañeza. Definitivamente era otro mensaje de la misma persona. Lo abrí.

«¿Enojado? Debes estarte haciendo muchas preguntas justo ahora.»

Capítulo 11

Llegué a casa bastante fastidiado y acompañado de un pesado frio recorriendo mis entrañas. Una sensación parecida al miedo o más bien a la extraña idea de saber que me habían descubierto fue lo que me obligó a mantenerme al margen, a ser precavido y a dejarme de improvisaciones. ¿Quién mierda me había enviado aquellos mensajes? La sola idea me daba vueltas en la cabeza taladrando cada uno de mis pensamientos. El anonimato de aquella persona me mantenía despierto y extrañado, en suma prevención y dispuesto a hacer todo lo posible para saber de quién se trataba.

Salí del auto lanzando una mirada fugaz a mí alrededor. ¿Podía haberme seguido?

No mentiría, entre cada paso que daba tenía una ligera sensación de sospecha y escalofríos. En el fondo sabía que no me había seguido, no ahora, pero si anteriormente y es que había estado perdido en mis asuntos que no había sido lo suficientemente cauteloso como para percatarme de tal imperfecto.

Desenfocado completamente.

Me había mantenido tan concentrado en la prometida de Levesque que había olvidado por completo cualquier tipo de protocolo a seguir.

Ahora, este era el precio a pagar.

Me costó bastante poder conciliar el sueño entre mi rápida escapada de la casa, el casi descubrimiento de ese par de tórtolos y aquel maldito extraño. No dormí luego de repasar cada uno de los sucesos que había tenido desde que Andrew me había confesado lo de su hermano, y es que no encontraba nada que me ayudara a tener por lo menos alguna pista sobre la persona que estaba detrás de todo esto.

La idea me carcomía por dentro hasta lo más profundo de mí ser. Me encontraba exasperado, mis problemas se habían agravado desde el comienzo de mi persecución por Alexander y por tratar de saber qué era lo que buscaba. El caso me estaba costando la vida.

Pasé la noche en vela sin poder conciliar el sueño, iba de un lado a otro sobre la cama y lo mejor que podía hacer era enfocarme, actuar en cuanto antes y dejar de jugar al héroe.

Me espabilé dejando atrás la parsimonia, tomé una ducha rápida consiguiendo aminorar el tiempo para llegar al trabajo y apeé frente a la entrada del lugar aprovechando la dilación de mis compañeros.

Dentro, no había nadie más que el personal de limpieza. Caminé casi arrastrando los pies, llevando mi trasero a la oficina y cerrando la puerta tras de mí deseando poder enfocarme en algo más que en aquellos mensajes. Tenía una pila de trabajo colocada sobre mi escritorio.

En realidad no tenía ganas de ver a nadie. Aunque mi gusto duró muy poco, al cabo de una hora el lugar comenzó a atestarse de gente, haciendo un gran murmullo al otro lado de las paredes.

—No me digas que hay incentivo para los que llegan temprano —se burló Nolan al entrar a mi oficina.

Tan solo cerré los ojos y suspiré hondo.

—Vaya, ¿mala noche? —cuestionó con algo de gracia en sus palabras.

—Algo así —logré decir.

—Bien, olvídate de eso que tenemos un caso. —Por lo menos algo me haría olvidar los dilemas, pensé.

Subimos al auto, esta vez lo dejé conducir. No tenía ánimos para hacerlo yo.

Prontamente sus facciones pasaron a ser de asombro tras percatarse de lo poco o mucho que se beneficiaba ante mi mal día. Es que desde su llegada a la estación me había encargado de hacerle ver quién mandaba, en el buen sentido de la palabra.

Le había privado de ciertos lujos que yo como agente, poseía.

—Deberías tener más noches como la de ayer —expresó al notar las pocas ventajas que tenía.

Lo miré fastidiado. Este era el Nolan que hastiaba, el que no quería ver a mi lado y el que menos necesitaba en un día como este. Que de no haber sido mi compañero ya le habría pegado una buena hostia.

—No sabes de lo que hablas. Aprovecha y conduce —dije logrando desviar la conversación.

Tras un par de minutos sobre la carretera llegamos a lo que parecía ser un asesinato callejero. Situado debajo de un puente estaba un cadáver perteneciente a un joven de 21 o 22 años, algo decente, con ropa de etiqueta y la típica elegancia del chico rico. Atravesamos las cintas para dirigimos hacia donde se encontraban los demás.

—Sucedió a pocas horas de la madrugada, aún conserva calor —indicó uno de los tantos chicos examinadores.

Me acerqué para visualizar al joven. No parecía vivir ahí, es decir, no era el tipo que había imaginado al pensar en una pelea callejera. Más bien se trataba de un tipo de familia, tal vez aun

viviendo en la casa de sus padres, quizás un universitario y para nada un chico de la calle. Vaya, que no era lo que nos solíamos encontrar al asistir a lugares como esos.

No tenía señales de lucha, tal parecía que dormía.

—Ningún golpe físico —aclaró alguien.

Definitivamente no se trataba de inexperiencia como en el caso anterior, esto iba más allá y despertaba mi curiosidad. Un asesino entrenado. Tal vez con años de práctica… no me creía que fuera un primerizo y mucho menos que un chico como el que teníamos frente a nosotros hubiera muerto debido a causas naturales, no en un lugar como este; parecía un crimen fuera de escena, no encajaba. Era como darle el papel de héroe al malo del cuento y como hacer ver al bueno, como el malo de la obra.

—Examinen todo y denme un informe lo antes posible —indiqué.

Caminé por el lugar tratando de encontrar algo mientras Nolan hacia algunas preguntas. ¿Por qué debajo de un puente dando la sensación de querer ser encontrado? Esto iba más allá de un simple asesinato, debía tener algún significado. Y si quería mi atención, ya la tenía.

Sobre las paredes del puente había algunos grafitis, típico de lugares como estos. Y no me habrían interesado de no haber sido por uno en especial que me dio un vuelco al estómago. Se trataba de una mujer recostada sobre una cama; con un beso en la mejilla daba la apariencia de estar dormida, y en pequeñas letras una frase de lo bastante rara: *Bonne nuit, ma chérie*.

Si observaba detenidamente, en letras apenas visibles, media palabra tal vez escrita a propósito se mostraba a relucir: Cad…

—Mierda —dije por lo bajo.

Podía sospechar de alguien aunque no sabía quién era; trataba de comunicarse conmigo.

—¡Caden! ¡Caden! —Escuché a alguien llamarme—. ¿Qué pasa?

—Nada, solo observaba —expresé intentando ocultar cualquier signo de culpabilidad. No había sido yo, lo aseguro. Alguien estaba jugando conmigo. La idea me aterraba.

Nolan miró con detenimiento los trazos sobre aquellas paredes, detectando al instante algo que me temía.

—Espera…esta parece fresca —formuló con extrañeza.

Efectivamente.

Pensé y no hice más que darle la razón. Aquella evidencia estaba ante mis ojos. Más claro no podía estar. Se trataba de alguien que iba tras de mí pero… ¿por qué?

—Tal vez la persona que lo hizo tiene información sobre el asesinato —mencionó entusiasmado con probablemente la evidencia más importante. Me temía por ella, sabrían sobre mí y a través de ella me hallarían—. O es tal vez, el responsable del crimen —sentenció.

—Tal vez lo sea —dije casi en un susurro deseando poder dar con él aunque en cierta manera, me hacía sentir caer. Podía revelar mi secreto.

Sin nada más que hacer volvimos al auto.

Caminaba sintiéndome fuera de mí, ajeno a lo que estaba aconteciendo y aún sin poder sacar de mi cabeza aquella imagen me dejé caer sobre el asiento. Aquellas tontas palabras sobre la pared me hacían enfurecer. Podía fingir que no era así y atribuirle todo a mi ego pero estaría mintiendo si dijera que no se trataba de mí.

—¿Estas bien? —intentó averiguar. Volvió a conducir de regreso a la estación pese a haber pensado que un caso así sería lo único necesario para espabilarme. La verdad era que no. La idea de estar en medio de todo esto me hacía remover el estómago. Me había caído como un balde de agua fría con miles de ideas taladrando mi mente.

—Si —respondí al tiempo que me dirigía una rápida mirada para luego volverla hacia el frente. Aunque no era tonto, por supuesto que no, de eso estaba seguro.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó intentando iniciar conversación.

Por supuesto que la tenía pero no podía contarle todo al respecto. Le dije la verdad a medias.

—El asesino es el típico que disfruta de ser encontrado aunque nos lo ponga difícil. Es su manera de operar, lo ha dejado a la intemperie porque quiere ser encontrado —por mí—. Disfruta de atención, quiere jugar con nosotros y lo logrará si no damos con él en cuanto antes —parecía frustrado.

—Concuerdo contigo. Espero tener al autor del grafiti lo antes posible… algo peculiar el diseño ¿no?

—Bastante —afirmé dentro de un mar de dudas.

Capítulo 12

Se trataba de un civil, elegido muy probablemente al azar. Asesinado brutalmente. Arrojado a la intemperie para que yo le encontrara. Había demasiadas cosas en mi mente, demasiadas como para poder siquiera relajarme un poco. En un par de horas recibiría el informe del chico. Trataba de convencerme de que no estaba asociado a mí pero a decir verdad, mentía.

—Aquí lo tienes. —Entró Nolan, sin tocar la puerta.

—Maldición, ¿no puedes tocar? —Me estaba volviendo loco. Estaba desesperado por encontrarlo pero no podía perder el control, no en el trabajo. Este era un caso más, no se relacionaba conmigo, para nada. Lo estaba imaginando. Una vil coincidencia, eso era. Un maldito augurio en la vida y él un asesino más de entre muchos, carente de significado.

Sin contestar, tomó asiento frente a mí poniéndose cómodo sobre aquella silla giratoria. Y con media sonrisa en el rostro me extendió el informe colocado dentro de una carpeta blanca.

—¿Tan rápido? Lo esperaba más tarde —vociferé bastante cansado de todo este rollo y de él, por supuesto. Este caso me mantenía intrigado y tan fastidiado de creerme ser su títere.

—Bueno, no había mucho que buscar —señaló evadiendo una posible represalia. Se había percatado de mi mal humor y de tan acostumbrado que estaba pronto comenzó a parecerle banal ante su mirada.

Su vista volvió a posarse sobre el folder indicándome con sutileza que lo tomara.

Abrí la carpeta. Era un chico sin antecedentes —repugnante quien quiera que lo haya asesinado. Mi sangre parecía hervir—, pero no había rastro de algo que nos diera motivos para arrestar a alguien, ni una cosa que nos hiciera estar por delante de aquel transeúnte.

—¿Estas bromeando? —Le dije cerrando el folder.

—No, por supuesto que no. A mí también me ha parecido algo extraño.

—Me estás diciendo que murió sin causa, sin nada. Simplemente murió. —Él afirmó—. Vamos Nolan, eso no existe —mencioné con cierta frustración.

—Lo único que nos queda es encontrar al dueño del grafiti —respondió con anhelo.

Vamos, no me creía que no hubiera nada. ¿Cómo maldita sea lo había asesinado? La sola idea me comía por dentro. Lo peor era que aún estaba por ahí, riendo y disfrutando del festín.

Tomé mis cosas, me fui a casa tratando de encontrar alguna pista. Podía sentirme desesperado porque estaban espiándome y no me gustaba ser asechado. Sin pensarlo dos veces desvié mi camino hacia aquel puente. Debía volver a contemplar aquella imagen. Tal vez podía haber algo más.

Bajé del auto con la esperanza de encontrar algo o a alguien. A lo lejos pude divisar una pequeña luz y tras acercarme un poco más pude percibir un olor a aerosol mezclado con marihuana.

—¡Policía, manos arriba! —Eso había sonado bastante bien. El chico me miró y enseguida corrió dejando sus pertenencias atrás. Lo seguí sin darle oportunidad logrando detenerle al final del puente. Colocándome sobre él, le hice hablar—. ¿Tú has sido quien ha dibujado aquel grafiti? —No respondió—. ¡Vamos habla! —Comenzaba a enfadarme tras no encontrar respuesta alguna.

—No sé de qué mierda hablas —respondió al fin. Lo levanté y dirigiéndolo a rastras hacia donde estaba aquel dibujo lo situé frente a él. Elevando su cara hacia aquella mujer, lo hice mirar.

—Este, imbécil. —Lo comencé a sofocar no me creía que no supiera nada, no había nacido ayer y él no era quién para burlar a la policía—. No te quieras pasar de listo conmigo.

—De acuerdo, de acuerdo. —Cooperó—. Yo lo hice, solo seguí el boceto —reveló con cierto miedo.

Lo solté y lo miré demasiado frustrado. Algo extrañado ante su respuesta. No es que se lo estuviera inventando, le creía. Había estado en esto por demasiado tiempo como para saber que decía la verdad. Me acerqué a él con una mirada penetrante y bastante fría. No estaba dispuesto a dejarlo marchar, no sin antes obtener algo de él. Sabía algo, de eso estaba seguro.

—¿Cuál boceto? ¿Quién te lo dio? —Insistí sin darle opción a guardarse la información.

—No lo sé, viejo. —Volvió a aquel tono despreocupado. Seguía pavoneándose frente a mí.

—Vamos dame algo —sentencié sin soltarle y clavando la mirada hacia su persona—, puedo arrestarte por asesinato. —Me miró extrañado y con sumo terror.

Decidió hablar.

—Yo no lo maté —objetó—. Ha sido él.

Buscando entre sus bolsillos sacó un pedazo de papel muy maltratado que extendió hacia mí en un movimiento tembloroso.

Trataba de convencerme y lo estaba logrando. Observé un dibujo muy bien elaborado, trazado en tinta negra y de mejor calidad al que estaba sobre las paredes.

—Lo dejó ahí luego de que yo hubiera seguido el boceto. —Se defendía a capa y espada, sacando a relucir aquellas evidencias que demostraban su inocencia.

—Aquí no aparecen esas letras. —Hice referencia a las que se encontraban en el puente.

—Él mismo las ha trazado, esas letras han arruinado el dibujo —dijo con más confianza.

—¿Cómo era? —quise saber. El chico me miró tratando de recordar algo.

—No lo sé —dijo nervioso ante mi reacción. En un rápido movimiento lo recargué sobre la pared provocándole gemir luego del gran choque de su espalda contra la pared. Mirándolo con furia, deseando poder tenerlo en mi poder—. Lo digo enserio —continuó ante tal acción—. Tenía un pasamontañas, no le vi la cara. Juró que solo lo hice por la paga, no asesiné a nadie.

Estaba en las mismas. Decidí dejarlo.

—Confiscaré esto. —Tomé la bolsa de marihuana, la guardé en mi bolsillo y me marché.

Tomé el camino a casa. Había decidido dar final a las visitas nocturnas por la casa de Alizee, la chica por la que había comenzado todo. Me recosté intentando dormir para olvidándome de todo.

Logré cerrar los ojos por un par de segundos pero para cuando volví a despertar un sonido proveniente del móvil me estaba obligando a volver a la realidad. A regañadientes me reincorporé y lo cogí.

«¿Hoy no la visitaras?»

Leí sobre la pantalla.

Cabrón.

Me reincorporé al instante intentado observar algo a través de las ventanas, ansiando encontrar lo que fuera en medio de la oscuridad. Nada, no había nadie. Todo parecía tener el mismo aspecto de siempre. Los mismos árboles, los mismos arbustos, nada se movía.

Lo más seguro era que hubiera estado cerca del puente, observando mis movimientos, acechando a la lejanía y desde la oscuridad.

Estaba un paso por delante y eso me fastidiaban demasiado, más de lo que pudiera llegar a imaginar.

«Es una chica muy guapa ¿no? No me digas que estás enamorado.»

Recibí un mensaje más. Estaba colmando mi paciencia. Iba a contestar cuando de improvisto recibí un texto más:

«¿Qué te ha parecido mi regalo? Bastante artístico ¿no es así?»

Busqué en mi bolsillo aquel trozo de papel, lo observé por largo tiempo. Debía llevarlo a la oficina y examinarlo, tal vez había alguna huella.

Capítulo 13

Decidí volver con el chico que había seguido el boceto, había olvidado decirle algo. Giré el volante tan rápido como pude provocando un chirrido en las llantas y probablemente la marca de los neumáticos sobre la calle. Pisé el acelerador, me encontraba algo frustrado ante el desconocimiento del personaje que estaba detrás de mí. Necesitaba algo con lo cual distraerme aunque con alguien cuidando mis espaldas no sabía si era exactamente lo más indicado.

Esa vez me detuve a examinar mí alrededor, no podía fingir que no pasaba nada. Miré hacia el puente, la luz seguía encendida, un par de sombras se hizo visible. Corrí a ver de quién se trataba. Existía una mínima posibilidad de que allí abajo se encontrara mi acosador. Me detuve en seco al tener frente a mí a dos personas: a uno le conocía desde siempre, al otro lo había visto apenas hace un rato.

—Vamos, te he dicho que no sé nada —respondió ladeando la cabeza al verme frente a él.

—Caden. —Se giró con perplejidad—. ¿Qué haces aquí? —dijo Nolan.

El chico del grafiti parecía no entender o más bien se enfocaba en lo que yo iba a decir. Tal vez sí que sabía lo que estaba pasando. Su mirada me decía que cualquier cosa que pudiera llegar a decir sería la correcta.

—Nolan, yo… creí tener una pista.

—¿A si? —dijo sorprendido—. He estado hablando con este tipo…

—Sí, yo igual. Estuve aquí hace un rato pero…

—Lo sé, lo sé —clarificó—, no sabe nada respecto a quién pudo haber dibujado el grafiti. —Me miró con desconcierto.

El chico me sonrió por lo bajo, ¿de qué iba? Estaba algo confundido. Por un momento me agradaba que no hubiera mencionado nada sobre el boceto, ni sobre el pasamontañas. Maldición, que eso sería algo bueno en el caso: un avance.

Claramente no lo que necesitábamos, pero sí que era una pequeña pista. Aunque sinceramente no sabría por dónde comenzar, últimamente había estado algo distraído. Aquellos mensajes me hacían sentir perdido.

—¿Qué pista tenías? —preguntó olvidando lo demás.

—No, nada… vine a ver si encontraba algo más que pudiera ayudarnos.

Nolan estaba dispuesto a alejarse e indicándome a que lo siguiese se puso en marcha. Miré rápidamente al sujeto que estaba detrás de él, pude identificar un «de nada» articulado en silencio sobre sus labios. Le indiqué a mi colega que me esperara en el auto, aprovechando el tiempo para acercarme al otro sujeto y hacer frente a él.

—¿Tu de qué vas? —solté sin más. Necesitaba respuestas y moría por escucharlas.

—Maldición, tío. Con nada se te tiene a gusto. Te he cubierto y ya está. —Fumaba un cigarrillo, dejó escapar el humo contenido en sus pulmones. Por su expresión deduje que sabía algo más. Ya no estaba asustado en lo más mínimo, lo cual indicaba que alguien lo había visitado después de que yo hubiera partido.

—¿Quién te lo ha pedido? —pronuncié con tanto odio rebuscando en mi mente algún rostro familiar, algún sospechoso. El chico pareció querer huir, me miró por escasos segundos debatiéndose entre sí decirme o no—. Vamos que no tengo tu tiempo —ordené.

—Joder, el mismo del boceto —soltó con algo de alegría destacando la obviedad en mi pregunta—. No sé qué se traigan ustedes dos pero me pidió que te cubriera. Por cierto, tu adlátere no es tan temible como tú —dijo refiriéndose a Nolan.

Me acerqué a él para sujetarlo del cuello pudiendo así revivir lo que había acontecido antes, una especie de déjà vu se hizo presente. Con los pies elevados del suelo y con la espalda pegada a la pared podía sentir su respiración acelerarse. ¿Quién estaba riendo ahora? Su mirada había cambiado, lo tenía en mis manos. Si creía que podía burlarse de mí, estaba completamente equivocado.

—¿Cómo era? Piensa muy bien lo que vas a decir si no quieres que te rompa el cuello —escupí con furia permitiéndole notar la verdad en cada una de las palabras que salían de mi boca.

—Alto, como de tu estatura, con la misma fuerza que tú… tal vez. Ojos claros —comenzó a hablar sin parar—, pelo castaño, tu misma mirada. Maldición, no me mates. Eres cómo él ¿cierto? —lo miré indicándole querer saber más—. Su voz es gruesa, con algo de autoridad, una sonrisa perfecta. Parece que le encanta hacerte sufrir. Ha dicho que si no dibujaba lo me que pedía, acabaría como la chica de tu caso anterior… Está claro que te conoce, hombre. —Su miedo no se hizo esperar—. Sabe sobre ti. No sé qué más decir, no soy bueno en esto.

Blasfemé ante tal confesión. Él había conducido a Romero hacia el desenlace de aquel crimen y lo había usado para llegar hasta mí, quería que le notase y no encontró mejor manera que al inmiscuirse en mis casos. Era un maldito meticuloso, capaz de esperar y salir victorioso.

—¿En dónde vive? —Mi tono no había cambiado.

—No lo sé, no lo dijo. —Parecía querer hacerse en los pantalones.

—¿Puedes retratarlo? —Pedí, en realidad le estaba exigiendo que lo hiciera. Si hacia grafitis por supuesto que podía dibujarlo, tal vez no perfectamente pero si podría darme una pista.

El sujeto asintió. Lo solté ante la respuesta. No es que fuera a hacerle daño, tan solo quería que no olvidará que podía ser igual o peor que el sujeto para el cual trabajaba. Le indiqué que me lo entregara a la mañana siguiente, en el parque. Elegí un lugar que me quedaba de paso al trabajo para evitar alguna sospecha. Además le pedí que saliera después de mí. No quería que Nolan pensará que le había hecho daño.

Me dispuse a regresar al automóvil en el que mi colega esperaba por mi aparición. ¿Y su auto? ¿Cómo pensaba ir a casa? Subí hasta llegar, no volteé pero en cuanto llegué mantuve la mirada fija hacia allá abajo. Lo vimos salir luego de un par de segundos, con un cigarrillo sacando humo por todos lados y disipándose por encima de su cabeza.

—¿Qué le has dicho? —preguntó al tenerme a su lado.

—Nada, le he dado una de nuestras tarjetas y le he pedido que se comunique con nosotros en caso de ver algo sospechoso cerca del lugar.

Pareció aceptar la respuesta. Encendí el auto tras verlo alejarse y me detuve una vez más a buscar en medio de la oscuridad alguna señal del sujeto que me perseguía. No podía sacarme de la cabeza lo que el chico había dicho. ¿Estaba obsesionado conmigo?

Giré el volante y salimos de ahí. Sabía que estaba en algún lugar cercano, observándome. Cubriéndose en la oscuridad. Pero con Nolan en mi auto, no podía seguir con la investigación.

—¿Y tú coche? —indagué mirándole de reojo.

—Me ha traído Derek pero tuvo una emergencia y me dejó aquí, no quise molestarlo así que supongo habría pedido un taxi.

—Estás loco. —Lo miré preocupado—. Podrían haberte matado.

Nolan rio ante la idea, pero no era tan descabellada. Si fuera un asesino como el resto habría visto en él una buena oportunidad para saciar mi sed. Además tuve que explicarle por qué había vuelto al

lugar; le recreé una historia bastante aceptable y difícil de ser refutada. Al parecer lo había logrado porque no hizo más cuestiones. Pasados los minutos fui a dejarlo a su casa y luego de invitarme un trago me dirigí a la mía. No podía negarme luego de lo de esta noche. Por un momento llegué a creer que encontraría a mi acechador. La sola idea me comía por dentro. Podía estar seguro de que luego del dibujo que me proporcionaría aquel chico podría dar con él. Lo tenía en mis manos.

Este hecho me tenía apartado del caso de Levesque y mi tonta obsesión con su chica. A decir verdad llegué a olvidarme de ellos por completo, es que sabía que lo que estaba haciendo con ella estaba mal. Bastante mal para mí. No podía permitir que esto siguiera y mi acosador lo sabía, podía imaginarlo: le encantaba hacer contacto conmigo, estaba jugando y quería que yo jugará con él. Como los típicos chicos en el parque de la ciudad haciendo amigos con niños extraños, socializando en sus juegos simbólicos, fingiendo ser más de lo que en realidad son.

Capítulo 14

Estuve ahí más temprano de la hora indicada. Me senté sobre una de las frías bancas del lugar esperando por el chico, elegí la más alejada con acceso al resto del paraje y si, con una vista perfecta. Estaba ansioso por conocer al asesino del puente. Y es que no podía creer que estuviera tan cerca, por un momento llegué a sonreír ante la idea. Había dejado de estar un paso atrás.

Llegó la hora acordada, la cual había estado observando una y otra vez en el reloj, la manecilla parecía haber dejado de avanzar o más bien parecía acelerarse. El sujeto no asomaba la cabeza por ningún lado, me pareció haber sido de lo bastante temible como para que no se arrepintiera… de no ser porque otra persona se lo hubiera impedido, pensé. ¿Podía haberse enterado de mis planes? Cerré los ojos ante tal posibilidad.

Con tantos pensamientos sobre la cabeza decidí esperar un poco más antes de volver hacía allá, pasase lo que pasase iba a ir en su búsqueda.

Comenzaba a desesperarme, llevé las manos a mi cara en muestra de frustración. Era todo, me levanté de la gradilla y me dirigí al auto —debí haberlo ido a buscar esa misma noche, haber regresado debió ser la opción más viable—. Me maldije. Cerré la puerta con fuerza, estaba molesto. No podía seguir perdiendo. Pise el acelerador imaginando todo lo que haría al tenerlo frente a mí.

—Tenemos un asesinato. —Se escuchó en la radio. Era Nolan informando a pocos minutos de haber comenzado la jornada laboral —. Caden, esto te sorprenderá… —se escuchó una pausa nerviosa —. Es en el puente.

¡Maldición! Aceleré al imaginarlo todo. Estaba cerca del lugar así que no tardé en llegar, aparqué el auto en el mismo lugar de antes. Algunos colegas estaban en el sitio, exactamente como la ocasión anterior. Atravesé la cinta amarilla, me temía lo peor. Nolan estaba ahí, parado de espaldas pero girando al instante en el que me acercaba, parecía que le hubiera dicho: Hey, estoy aquí.

Al verme me guio al lugar. No dijo nada, esperaba que yo iniciará la conversación. Pero no me apetecía saberlo de él. Quería verlo con mis propios ojos, quería saber qué era lo que había hecho ese cabrón. Un par de policías me abrió el paso, frente a mí tenía a un cuerpo irreconocible. La cara le había sido arrancada brutalmente. Con bastante gusto, tal vez. No lo habría reconocido

de no ser por la ropa que llevaba, era el mismo tipo con el que me encontraría.

—¡Joder! —dije ante la situación.

—Nuestros expertos reconstruirán el rostro —aclaró detrás de mí pero no hacía falta, sabía quién era y sabía quién lo había hecho. En realidad Nolan también debía saber de quién se trataba, la pregunta era ¿por qué no lo aceptaba?

Dirigí una rápida mirada hacia los espectadores, alguien que pudiera encajar con la vaga descripción que el chico me había dado horas antes de su muerte. Alguna mirada profunda, alguna apariencia fingida, un tipo oscuro… alguien como yo. No había nada. Estaba completamente perdido. Me había jodido el plan. Disfrutaba verme fallando una y otra vez.

Sin más decidí volver a la comisaría, debía examinar el trozo de papel que me había dado. Mi adlátere se quedó terminando la investigación, esta vez no había grafitis, no había notas, nada palpable. Y no lo habría para ellos.

Subí a mi auto maldiciéndome por las decisiones que preferí no tomar al saber de la única persona que podía darme la pista más importante de mi investigación.

«Fue un error haber confiado en él, afortunadamente me di cuenta antes de que algo más llegara a ocurrir. No es que no quiera que me conozcas… pero aún no es hora. No se puede confiar en las personas.»

Recibí uno de sus mensajes al llegar a la oficina, era de esperarse. Le agradaba hacerse notar pero ese momento no me apetecía leer sus textos. Me estaba volviendo loco. Inmediatamente me dirigí a examinar el trozo de papel que me habían proporcionado. Tardé un par de minutos hasta obtener resultados pero no encontré más que las huellas del chico y las mías. La tinta usada era de lo bastante comercial así que mis posibilidades de rastrearlo eran mínimas. Volví a guardar la hoja en el bolsillo y caminé disimuladamente hasta mi oficina. El resto de mis compañeros seguía investigando sobre el caso, estaban tan concentrados en eso que un poco de información me vendría bien. Tal vez veían algo que yo no.

—Fue un acto despiadado. —Escuché decir a algunos colegas tras unirme a ellos. Es que jamás habían visto algo así, fue algo brutal, algo que les hizo sentir cierto temor mezclado con un vuelco al estómago. Completamente desfigurado, ni siquiera quería pensar en la situación en la que el joven se había visto envuelto. Podía jurar que se lo había hecho aún vivo; y con la perfecta intención de

hacerle saber para quién trabajaba aunque por supuesto, eso ya no importaba. De cualquier manera lo tuvo claro desde el primer momento en el que fue capturado.

—Solo espero poder encontrar a ese enfermo —intervino Nolan, quien marcó su presencia con un porte de superioridad y con bastantes ganas por desquitar su odio. Sinceramente no sabía lo que pasaba, ¿en verdad no se lo sospechaba?

Todos se giraron a verlo esperando a que dijera algo más pero no fue así. El resto siguió con su conversación intentado hacer un perfil sobre el asesino. Para ellos, se trataba de un caso más, algo nuevo, completamente diferente del asesinato anterior. Enseguida Nolan me miró, indicándome con un ligero movimiento en la cabeza que fuéramos a mi oficina. No dudé en ir tras él. Me aparté del resto, no sabían nada que me pudiera ayudar en la investigación.

—¿Algo nuevo? —quise saber. Me dirigí a mi asiento quedando frente a él.

—Bastante. —Su semblante indicaba que tenía nuevas evidencias, que se trataba de algo realmente bueno y quizá podía servirme—. Los resultados indican una alta aceleración en el corazón minutos antes de morir… le desgarraron el rostro aun cuando estaba vivo, ¿qué maldito imbécil haría eso? —Su tono reflejaba asco por el responsable, esto parecía afectarle—. Pero hay algo más, no lo creerás…

Me miró lanzándome a las manos la carpeta que tenía; observándolo como si en él se encontrara el tesoro más preciado que la humanidad pudiera llegar a tener. Lo tomé sin apartar la mirada del chico y pausadamente pero con curiosidad dirigí mi vista hacia el contenido. Había una serie de documentos con bastante información sobre la víctima. Ya me lo sospechaba, pero mi pregunta era: ¿Él no se había percatado de ello desde el primer momento en el que recibimos el llamado?

—Era el sujeto —susurró—. Caden, era él… el chico que vivos la noche anterior.

Ahora lo entendía, es que tenía miedo de decir que habíamos estado ahí la noche antes de su muerte. Fuimos, tal vez, los últimos que lo vimos. Esa idea lo estaba martirizando. ¿En realidad se pensaba que pudieran acusarnos?

—No somos sospechosos. —Claro, no podría dudar de él, ni de mi… porque sabía quién lo había hecho, aunque a decir verdad, si no lo supiera tal vez me lo pensaría—. Lo vimos, sí. Pero fue todo… no habría razón para… ah tu sabes.

Me miró algo tranquilo pero de nuevo volvió a reaccionar ante la idea. No sabía si era algo peor a lo que a continuación diría pero fue algo que el resto de la estación ignoraba.

—Fue él, el mismo del otro caso… piénsalo, ¿quién más tendría información sobre el grafiti? Apuesto que se trataba de ese sujeto. El asesino debió haber estado allí, tal vez nos descubrió interrogándolo y antes de que dijera algo decidió ponerle fin a su error… —Se detuvo fríamente ante una idea más desgarradora. Su semblante era otro—. Podría venir tras nosotros.

—No te martirices, muchos están tras nosotros… es nuestro trabajo. —Intenté calmarlo, la verdad era que no creía que fuera tras él, no tenía razones. Me quería a mí y seguía sin saber por qué —. Lo que debemos hacer es estar un paso adelante y me parece que lo estamos haciendo, sabemos que no ha querido que aquel sujeto hablé, lo tenemos.

Al parecer lo había convencido, había recuperado la confianza y de nuevo con los pies sobre la tierra se olvidó de aquel miedo. Jamás lo había visto así. ¿Podía sentirse culpable?

Salió de mi oficina dispuesto a enfocarse en la investigación y en caso de llegar a encontrar algo me llamaría de inmediato. Mientras tanto proveché el tiempo disponible que tenía antes de partir para llenar un par de formatos que lograron mantenerme distraído de mis asuntos. Si quería contactar conmigo debía hacerlo de una puta vez, sus juegos me estaban hartando.

Apagué el motor del auto, bajé y caminé un tramo hasta llegar a la puerta. Miré de un lado a otro antes de abrir. Había estado aquí, lo sabía. Giré con cuidado el picaporte e ingresando con cautela como si se tratara de una mina de explosivos me dirigí al final del pasillo. Inspeccioné la casa agudizando mis sentidos para percibir cualquier amenaza pero él no estaba ahí. En su lugar se encontraba un sujeto atado a una silla. Las cortinas estaban cerradas, las luces apagadas a excepción de la del pasillo anterior, una ligera luz que me permitió observar un montón de fotografías colgadas en el techo. Bastantes niños muertos.

Rápidamente me dirigí al sujeto, tenía una venda en los ojos y la boca cerrada, su respiración pareció agitarse al detectar mi presencia.

Sobre su cuello había una nota que no dudé en tomar:

«Merece morir, es un regalo para ti.»

Capítulo 15

Me apresuré a deshacerme de todo. Me estaba matando. ¿Dejarlo en mi sala? Maldición, ni siquiera yo lo hacía en mi casa. Llevé todo al auto, no me arriesgaría a una visita inoportuna de Nolan.

Cada una de las fotografías me recordaba a mí y tenía al responsable en el auto. Encendí el vehículo y conduje hasta un lugar abandonado. Debía deshacerme de él, no podía dejarlo libre, era culpable, no existía duda alguna. Todos sus datos estaban ahí y los había corroborado antes de salir. No obstante, él debía saber algo. Le quité la mordaza y la venda de los ojos. Sus suplicas no se hicieron esperar, tenía la misma mirada: la que todos tienen antes de morir, aquella mirada de culpabilidad con deseos de absolución. Intentó zafarse, intentó caminar pero sus esfuerzos fueron en vano. Se detuvo al notar que no tenía oportunidad alguna.

—Te conozco —soltó de pronto—. Si, eres tú. Él me enseñó una foto tuya.

Sin pensarlo dos veces, tomé mi arma y le tracé una línea diagonal sobre el pecho. No quería juegos y con eso se lo dejaba bastante claro, de cualquier manera moriría. Soltó un grito desgarrador, la sangre comenzó a caer con fluidez sobre sus piernas. No tendría compasión.

—Habla —dije con furia.

—Tú y yo somos iguales, no hay necesidad de hacer esto. Somos necesarios en el mundo, damos equilibrio a la sociedad… —habló sin parar, si quería convencerme de no asesinarlo estaba equivocado. Tracé una línea más, esta vez sobre su estómago. Le hice callar ante tal acción. Su rostro se contrajo ante el dolor y su voz se apagó luego de un grito más.

El peso sobre mis hombros bajaba entre cada trazo sobre su piel, aspiraba cada parte. Sacié mi ser hasta la última gota, pero aún seguía vivo. Lo tomé del cuello mirándolo con furia, sin apartarme ni un segundo de él. Estaba debilitado, apenas podía respirar, apenas podía mover un dedo.

Recordé cada una de las fotografías, el asesinato del chico drogadicto, la sorpresa en mi casa, lo cerca que creí haber estado por tener una imagen de su rostro. Todo ello me enfermaba, así que descargaba mi furia en él. No le había dado oportunidad de hablar, aun cuando quisiera, podía haber dicho mentiras, podía decir

cualquier cosa que él hubiera querido que me dijera.

Le mostré lo que estaba a punto de hacer tras sentir el filo sobre su yugular. Le estaba haciendo sufrir y no pararía por nada del mundo. Me miró por última vez intentado salvar su vida, intentado rescatar parte de su alma como si estuviera frente a un cura, como si estuviera frente al mismísimo Dios.

—Ya lo has visto alguna vez.

Dicho esto, acabé con él. La sangré salió disparada provocando el bello sonido de la muerte. Se ahogaba en un intento por decir más pero no me importaba. Su vida había llegado a su fin.

Volví a casa. No me había percatado de las palabras que había dicho pero ahora las mantenía en mi cabeza. ¿Había sido eso una pregunta? ¿Se trataba de una afirmación? De cualquier manera me daba para pensar. Dejé caer mi cuerpo sobre el sofá, me sentía más ligero, dispuesto a olvidar a mi acechador. A decir verdad me sentía mejor. Sin más, me levanté, tomé las llaves y me dirigí al auto. Era las cuatro de la mañana, el sol saldría en un par de horas pero no me importaba.

Conduje por las calles que hasta hace un par de días habían quedado borradas de mi mente. Recordé la situación que me había llevado hasta ese punto. Tarareé una canción, aquella que llegó a mi mente durante mi primer asesinato. Las palabras parecían unirse sin ningún problema, como si hubieran estado ahí por años en espera de ser descubiertas. Y ahora eran mías.

Aparqué en el mismo lugar de siempre, nada había cambiado, las luces estaban apagadas, la misma ventana fácil de abrir, las mismas escaleras directo a la misma habitación. El olor llegó hasta lo más profundo de mí. Ya había olvidado lo que se sentía.

Me introduje hasta donde ella se encontraba. Alexander no estaba ahí y en ese momento no me importaba en absoluto, podía haberlo matado en ese mismo instante. A decir verdad me sentía bastante bien, con nada de presiones, incluso dispuesto a ser descubierto.

—Buenas noches, querida —susurré con nostalgia.

Acaricié su mejilla, tan delicada y suave ante mi tacto. Podía sentir la sangre recorrer su cuerpo entero tan solo para darle un tono cálido a su piel.

Me situé junto a ella, parado a un costado y quizás admirándola por más de una hora sin moverme, ni decir nada. Es que era algo inexplicable para mí, tanto que me era difícil pensar en algo más que ella. Su respirar era tranquilo para nada agitado como el del tipo que acababa de asesinar. Ella era el reflejo vivo de la vida y él

era la muerte en su esplendor. Tan opuestos el uno del otro. O más bien, tan opuesto a mí. ¿Quién quisiera vivir junto a un asesino? Nadie, al menos que no supieran que lo eres. Justo como lo había estado haciendo desde hacía mucho tiempo. Fingir era algo a lo que estaba acostumbrado y sinceramente no sabía lo que haría si lo supieran o peor aún, no sabía si quería que lo supieran.

Me senté a un costado como si pudiera quedarme por mucho tiempo, la verdad era que el tiempo volaba, carecía de importancia. Tan familiar para mí que siempre había creído que el tiempo era relativo pero nunca lo había visto de esa manera. Suspiré. Por un momento me vi en el lugar de Levesque, ¿cómo mierda le había hecho para entablar una relación afectuosa con alguien? ¿No éramos él y yo similares en cierto aspecto? ¿Acaso conocía algo de lo cual yo ignoraba por completo? Saqué de mi mente cualquier tipo de ideas relacionas con esto y preferí enfocarme en el presente. En el aquí y en el ahora. Giré mi vista hacia ella, mirando su ingenuidad y las pocas cosas que sabía sobre el mundo. Se trataba de un sitio malo, para nada como ella lo conocía o como le habían hecho creer desde pequeña.

Las cosas son difíciles allí afuera y hay un sinfín de personas que aparentan ser lo que no son. Tal como su prometido. La miré con nostalgia al pensar en la tremenda desilusión que tendría si él se lo dijera. Cerré mis ojos por unos instantes y luego me reincorporé para acercarme un poco más a ella. Era hora, debía despedirme.

—Desearía estar contigo pero por ti, jamás cambiaría lo que soy.

Regresé por el mismo lugar por el que había entrado. Al salir de la casa y tras dirigirme a mi auto me percaté de pequeños destellos de luz visibles ante mis ojos, los rayos de sol se avecinaban y Alexander no aparecía por ningún lado. Debía estarse encargando de algún trabajo pendiente.

Había decidido volver a enfocarme en él, después de todo por él había comenzado este drama y debía pararlo lo antes posible. Sus casos seguían sin ser concluidos por el departamento de investigación por lo que fácilmente podían dejarse en el olvido, aunque una ventaja que yo tenía era trabajar en el departamento policíaco, podía obtener información en el momento que quisiera sin levantar sospecha alguna. Eso me ayudó a saber que desde que había dejado de seguirlo había cometido otros cinco más. Todos con un lapso de tiempo entre ellos, había cambiado su táctica y el lugar de residencia de algunos era bastante alejada a las de los anteriores, eso explicaba por qué había estado ausente en esta zona.

Le seguí el paso de una ciudad a otra, nadie veía las

coincidencias y es que se apropiaba de ellos de una manera diferente que a decir verdad nadie pensaría que se tratase del mismo. Todas sus víctimas tenían algo en común: dinero en abundancia —algo que me había costado comprender, ¿por qué tantos lujos?—, vivían solos y todos parecían haberse suicidado o morir sin ninguna razón, como en un dulce sueño. Era que trabajaba para alguien o simplemente los elegía él.

Capítulo 16

Sin huellas, tinta de lo bastante comercial, buenos trazos, un dibujo simple pero muy bien elaborado, me atrevería a decir que sin errores; buen pulso y con mucho deseo por ser descubierto… sí, claro. Eso debía ser.

Pensaba mientras conducía camino a casa luego de un largo día de investigaciones. ¿Cómo es que no se me había ocurrido antes?, ahora parecía ser más fácil de encontrar. Al instante una pequeña sensación de satisfacción se apodero de mí. Seguí mi camino hacia la puerta de la casa recordando la última noche, aquella en la que me habían dejado un obsequio. Abrí la puerta y suspiré, la verdad era que me había encantado; verlo ahí, a expensas de lo que pudiera pasar, vulnerable, cazado por alguien más para permitirme finalizar su trabajo.

Comenzaba a preguntarme si en verdad no lo quería, si en verdad odiaba su insistencia. Vamos, que algo de compañía no me haría mal. Quiero decir: conocer a alguien como yo y compartir lo que soy con él… vaya, ¿podría ser posible? Podía dejar de ocultarme.

Me dirigí hasta el ordenador y tecleé un par de letras sobre el buscador. Ya lo tenía.

—Vamos, has una cita doble. —Me escuché decirle—. No es que sea una cita, tan solo algo de amigos, conocidos —solté sin más. Estábamos en un bar, algo no común en mí pero si quería sacar provecho de esto debía hacerlo. Después de todo estaría jugando en dos terrenos y de cualquier manera saldría ganando.

—No lo sé… mi hermano no está.

Lo sabía, por supuesto. Esa era la razón por la que lo intentaba persuadir. Andrew bebía cada vez más rápido. Su sistema nervioso comenzaba a alterarse. Haber accedido a pasar la noche con él había sido algo que me había pensado pero si salía con un sí, habría valido la pena. Lo miraba de tanto en tanto. Podía asegurarlo, accedería. Me miró por última vez antes de su último sorbo. De tal vez, el noveno vaso. Situando la copa ahora bacía sobre la barra, me miró una vez más, esta vez tratando de articular algo con sus labios.

—De acuerdo.

Bien, ya estaba. Tendría la dicha de estar con Alizee una vez más. Aunque Andrew estaría ahí… no se podía tener todo en la vida

¿no es así?

—No ha sido tan difícil después de todo, solo tenías que decir: sí.

—¿Por qué quieres que te acompañemos? —Una vez más pidió un trago al bar tender, quien lo miró como si fuera su madre: molesto por seguir consumiendo hasta quedar perdido.

—No lo sé.

—Vamos, ¿qué no puedes llevar a tu colega?

—Andrew, tú y yo nos llevamos bien. No me obligaste la otra noche a ir a esa estúpida cena… —Lo miré reclamando un favor—. Ahora te toca a ti.

Se encogió ante la idea. Y mirándome con los ojos casi adormilados volvió a acceder. Su presencia no me apetecía pero era la única manera en la que podría ver a la chica fuera de la cama, con los ojos abiertos y con un par de oraciones en su boca.

—De acuerdo, de acuerdo… pero no entiendo por qué debe ir ella.

—¿No me habían dicho que podía contar con ustedes? Que si no quieres ir mejor me voy y le digo a Nolan.

Me levanté de ahí dándole la impresión de que me iría, sabía cuánto apreciaba mi presencia y estaba seguro de que no lo permitiría. Hice un ademan para llamar al barman y pagar la cuenta. El plan había salido a la perfección.

—Que no, que no —discernió tomándome del brazo—, que si vamos. Yo le digo.

—De acuerdo, eso está mejor.

Luego de un par de tragos más, salimos de ahí. Él en taxi y yo caminando. La verdad era que no me quedaba lejos. Le dejé dicho al conductor el lugar en donde debía dejarlo y me aseguré de haberle pagado, después de todo me estaba haciendo un favor.

Había planeado la visita por un par de días, tal vez… si jugaba bien, podría dar con él.

Se trataba de una exposición de arte, un museo de lo bastante conocido anunciaba una buena presentación; al parecer la gente había estado esperándola por mucho tiempo y si estaba en lo cierto, esa tarde, estaría allí.

Fue esa tal vez, la razón por la que la semana se me había pasado algo rápida. Eso y los casos que teníamos: Un par de niños encontrados en el sótano de una reconocida madre en el vecindario. Claro, no te lo imaginarías. Los chicos habían comenzado a desaparecer, pequeños de entre 5 y 6 años. Nadie se explicaba lo que había pasado con ellos hasta que un par de jóvenes curiosos

entraron a la casa. Casi se vomitan todos cuando se comprobó que el ingrediente secreto de los pastelillos que comían cada semana en realidad eran esos niños. Los vecinos estaban pensado seriamente en ayudarle a colocar una panadería. Vaya sorpresa.

Estaba también un caso que a falta de pruebas pude culminar. Ingresé a su casa esa misma noche. Creía estar absuelto pero la vida de aquellos jóvenes no decían lo mismo. A pesar de aborrecerlos coleccionaba fotos de sus genitales como prueba de su masculinidad. Decía hacerle un favor a la humanidad acabando con aquellas aberraciones del diablo. Lo cierto es que terminé con él de la misma manera en la que lo hacía con sus víctimas.

Y por un segundo, me imaginé con alguien más a mi lado, compartiendo el festín con alguien más, aunque la idea poco a poco se fue desvaneciendo. La sangre hervía sobre mis manos y caía al piso produciendo un sonido exquisito. Aspiré profundo al absolverlo de sus pecados, fanático religioso. El mundo había cambiado ya.

Estaba frente al espejo tratando de acomodar la corbata. Lo exigía un evento así. Algo formal, botones hasta el cuello, zapatos lustrosos, traje y buen peinado. Casi no me reconocía. Podía escuchar al segundero avanzar así que fastidiado me quité la corbata lanzándola por la cama y desabrochando un par de botones: libertad.

Tomé las llaves del auto, subí a él y conduje hasta la casa de Andrew. Toqué el timbre un par de veces hasta que salió. Bastante bien para la ocasión. Él sí que iba de corbata.

—¿Listo?

—No, pero no hay de otra. —Bromeó.

Subió al auto sobre mi derecha. Y nos dirigimos hacia la casa de Alizee. Alexander seguía fuera, había parado por un tiempo pero no significaba que no tuviera una presa más. Me pregunté qué excusa le habría dado a su prometida. ¿En realidad le gustaba la vida atada a compromisos?

—Y bien, hombre. ¿Por qué nos has invitado? —dijo insinuando algo más.

—Ahí vas de nuevo, que los puedo dejar e ir yo solo —frené.

—Maldición Caden —bramó—. No me molestaré si lo haces por ella…

—Pero que mierda… —respondí pareciendo ofendido.

Fingir, fingir, fingir. Sé paciente, no es un peligro, me decía una y otra vez.

Volvía a estar en marcha, esta vez soló. Comenzaba a arrepentirme de haberlo invitado. Llegué a la residencia de la chica,

situándome justo frente a su casa. Se sentía bien, sin necesidad de ser precavido o siquiera de esconderme. Que el papel de agente me sentaba bastante bien. Llamé a la puerta un par de veces hasta que salió. Sorprendiéndome con bastante elegancia. Se lo había tomado muy enserio o simplemente era que me había encantado. Dejándome anonadado volvió a preguntar algo que había estado ignorando.

—¿Y Andrew?

—Nos espera unas cuadras atrás.

Subimos al auto, esta vez con ella a mi derecha. Su olor inundaba mis fosas nasales, su presencia me hacía querer huir o tal vez quedarme para siempre.

—Ahí está —dije al verlo caminando de regreso por la solitaria calle.

—¿Que hace ahí? —Cuestión que decidí ignorar por completo.

—Sube. —Le invité a acompañarnos tras bajar la ventanilla. El aire se coló ante aquella acción permitiéndonos exhalar todo tipo de trifulca que pudo haber existido entre nosotros. Andrew nos observó con rencor, especialmente dirigido hacia mí aunque algo de diversión en sus facciones me hizo saber que había olvidado lo ocurrido. Decidió aceptar la invitación. Abrió la puerta y se montó en la parte trasera.

—¿Se puede saber de qué se trata todo esto? —quiso saber la chica.

Iba a contestar pero él me ganó así que me limité a mirarlo por el retrovisor.

—Nada Ali… con este tipo no se juega.

Bien, lo había comprendido.

Capítulo 17

Veía el agua cristalina de la piscina, algo serena con un poco de cambios. Me mantenía ahí sin hacer ningún tipo de movimiento. Era muy noche, una pequeña luz al final del patio, las lucecillas por sobre los bordes y las luces de las estrellas eran mi única compañía. La única luz en mi camino. Casi podía reír pero no lo hice, me mantuve firme, observé flotar el cuerpo en medio de ella. La sangre se había esparcido, casi había cambiado la pureza del agua: Rojo, tan perfecto ante mis ojos. La escena más increíble.

Un par de gotas sobre el piso detallaban el camino perfecto hasta esa grandiosa muerte. Hasta esta atrocidad. Un tipo de escena inquietante con mucho por descubrir, incluso me parecía patético haber caído en el juego. De cualquier manera ¿quién había sido el ganador?

Podrían haberme encontrado ahí, casi sin parpadear. Podrían pensar que de la misma manera había muerto o peor aún que había quedado aterrado, demasiado que ni siquiera podía moverme. Lo cierto era que verme envuelto en tan aterradora situación me había fascinado. Cualquiera en mi lugar hubiera temido por su vida, por ser encontrado por alguien más incluso por la policía, pero a mí no me importaba. Me daba igual si me descubrían, me daba igual si alguien lloraba por la víctima. Fue ahí cuando la escuché, había estado rondando en mi cabeza pero jamás había estado completa hasta este momento. La hice parte de mí. Tenía 19 años, la edad requerida para ser juzgado con todas y cada una de las leyes que la humanidad había inventado. Y a pesar de ello no tenía miedo.

—¡Por Dios, Caden! —habló mi padre tomándome de los hombros, despertándome de mi increíble sopor, no podía apartar la mirada de él: Mi mejor amigo. El chico que había estado conmigo desde que tenía memoria; ahora estaba ahí, bocabajo, con las extremidades extendidas, inmerso en un mar rojo. Quieto, sin decir nada.

—¡CADEN! —Le escuché una vez más.

Esta vez me giré hacia él aunque sin decir nada. Mi padre me tomó en brazos, no lo sé, tal vez le pude haber escuchado llorar, sus ojos reflejaban decepción, miedo y confusión. Eso era lo que veía en mí: Un posible monstruo. ¿En eso me había convertido?

—Todo estará bien. —No paraba de repetirlo una y otra vez. Pensaba, tal vez, que estaba aterrado. Que jamás lo había querido

hacer. Vamos, que él sabía lo mucho que apreciaba a Richard. Un error, eso era lo que él creía. Lo cierto era que estaba de lo bastante satisfecho con su muerte y no me arrepentía en absoluto—. Todo va a estar bien, Cad…

Tomó con cuidado el arma que tenía sobre mi mano, ya había un pequeño charco de sangre debajo de ella cayendo por el filo del cuchillo de manera incesante.

—Dame esto, ¿quieres? —Intentaba parecer tranquilo, mantener la cordura era algo que le estaba costando.

Se lo había clavado en el pecho y con bastante gusto lo miré a los ojos. Su expresión era increíble. No se lo podía creer, el dolor no se hizo esperar e instintivamente se llevó las manos a la parte superior izquierda: justo en el corazón. Pretendió pronunciar mi nombre al tiempo en el que intentaba mantenerse en pie. Se había tambaleado un par de veces hasta quedar de rodillas.

—¿Por qué? —soltó en voz apenas audible.

—Richi, Richi… —Caminé hasta donde se encontraba, quería huir pero estaba muy debilitado. Tarareé aquello en mi mente—. Te aprecio demasiado, esa es la razón. Quién sino contigo.

Y una vez más elevé el cuchillo trazando así una línea sobre su garganta. Daño letal. Cayó a la piscina produciendo un sonido atroz. Estaba muriendo y de una manera brutal. Se ahogaba doblemente. Peor manera de morir no habría en ese momento. Lo observé por largo tiempo hasta que el agua tuvo tranquilidad. Hasta que se convirtió en un rojo vivo, hasta que papá llegó.

Un químico profesional, amante de su trabajo. Con bastante conocimiento, lo sabía todo respecto a no dejar evidencias. Me había encontrado en medio de la noche, él en pijama con el peor susto de su vida, con la peor escena del crimen en su casa, con el peor hijo a su lado, con la peor compañía, con la peor de las noticias. Se preguntaba qué pasaría conmigo.

—Vamos, ve por las cosas que hay en mi almacén. —Me animó, no tenía ni la menor intención de entregarme.

Caminé sin saber lo que estaba pasando. Fui a donde me indicó y llevé las cosas.

Sabía lo que hacía, lo limpió todo y se aseguró de no haber dejado nada a la vista, limpió la piscina y para cuando me di cuenta ya estaba ayudándolo, que de no haber sido por eso jamás habría sabido qué hacer. Agradecí que fuera químico, agradecí que fuera él quien me encontrara aquella noche y no otra persona. Agradecí que se hubiera tratado de mi mejor amigo y de mi casa, Lo agradecí todo en ese instante.

¿Qué cómo pude vivir con eso? No lo sé, ni siquiera lo recordaba. ¿Qué pasó después? Tampoco lo sé. Todo esto ya lo había olvidado. Recuerdo que no se levantaron cargos, él no tenía padres, había salido del orfanato. Era el día de su cumpleaños. Nadie lo buscaría, creerían que habría decidido ir en busca de todo lo que se había perdido allí dentro.

Lo conocí en la escuela —era el único de su clase al que le permitieron asistir a un lugar como ese, al parecer era un buen tipo. Todos en su clase llegaron a creer que en verdad tenía familia, el único que sabía que no tenía padres era yo y los profesores por supuesto—, al principio no lo quería pero se esforzó en estar conmigo a cada minuto del día. Yo era mayor que él, no me gustaba la presencia de los demás y para cuando él llegó me hastié. No obstante, lo acepté hasta el último de sus días, hasta aquel día.

—¿Este te ha gustado? —La escuché decirme colocándose a mi costado y tomando mi brazo como si nos conociéramos de por vida, como si… fuera Alexander.

La miré, representaba lo mejor en mi vida.

—Sí, algo así.

—Vaya, quien diría que a Caden, el agente de policía le gustaría el arte. —Se burló un poco.

Sonreí ante el recuerdo que me había causado aquella pintura: Agua cristalina con una persona flotando sobre ella… disfrutando de la tranquilidad. Mirando hacia arriba en vez de hacia abajo. Como mi escena perfecta. Es que ya no la recordaba.

—Es uno de mis muchos secretos —respondí disimuladamente con ganas de decir más.

—Claro, eres muy misterioso. A mí me han encantado bastantes —dijo llevándome hasta ellas y mostrándomelas como si no las hubiera visto ya. Pero no me fastidiaba en absoluto. Después de todo por ella estaba allí, para estar más cerca de lo que solía estarlo por las noches, para disfrutar de su tacto y del timbre de su voz. Claro, mientras no tuviera otra cosa en la cual enfocarme, la razón principal por la que había elegido ese lugar.

La gente iba y venía, mirando de un lado a otro, buscando y complaciéndose entre cada trazo en esa habitación. ¿Cómo sabría reconocerlo? Sería alguien como yo, de eso estaba seguro.

—Alexander jamás me había traído a un lugar como este, he de agradecerte la atención…

Seguía caminando a mi costado sin soltarme del brazo y por un instante, tan solo por un instante me imaginé siendo otra persona. Alguien con quien ella pudiera pasar el rato, alguien que no tuviera que fingir en absoluto. Agité mi cabeza en desaprobación.

Mientras caminábamos en busca de Andrew me percaté de un tipo, el único solitario en ese lugar. Sin duda se trataba de él. Iba algo formal, como yo. Bien podría tratarse de mí. Observaba la misma pintura en la que me había quedado por un buen rato. Situado de espaldas, daba la apariencia de estar pensando o tal vez de estar esperándome.

—Lo siento, Alizee… ya regreso —dije zafándome de su tacto. Ahora no me importaba, otra persona era mi prioridad. Ella me miró extrañada pero ante la llegada de su cuñado pareció haber olvidado la situación.

Caminé sin apartarle la mirada, esquivando a la multitud y yendo de un extremo del salón a otro. Iba tan enfocado en no

confundirlo que una joven con una libreta llena de notas se estampó conmigo, provocando un ligero parpadear suficiente como para perderle de vista. Había escapado.

—Lo siento. —Se disculpó recogiendo sus cosas.

—No hay problema —resoplé algo fastidiado e intentado ayudarla, bastantes notas en pequeños post-it, qué tipo de persona. Me apresuré a ayudarla y me dirigí hacia aquella pintura aunque él ya no estaba. No obstante al acercarme me percaté de un pequeño cambio, una nota como las de la chica con la que me había estampado ahora se encontraba al centro de la obra. Miré hacia todos lados, la chica se había ido y él asesino también.

La tomé sin pensarlo, pudiendo leer en una caligrafía de lo bastante limpia y algo familiar, recordándome a las letras del grafiti:

«¿Me contarás la historia detrás de esta pintura?»

Capítulo 18

Estuve bajo vigilancia por un año, o eso fue lo que llegué a pensar. Alejado de la civilización o al menos de una parte de ella. Sí, eso solo consiguió agravar el problema.

Estaba volviéndome loco; allí dentro tenía suficientes herramientas para acabar con todos.

Se trataba del trabajo de mi padre. Una especie de cursos para hijos de químicos. Él iba y venía manteniéndose siempre atento a lo que yo hacía, no obstante me sentía solo y olvidado.

—¡Escucha! —Le oí decir con bastante autoridad. Había cambiado tanto desde la última vez y todo a causa mía. Pero yo no quería escucharle. Situándose frente a mí, tomándome de los hombros y mirándome con suma atención me dijo—: No puedes volver a hacerlo otra vez… no hasta que sepas qué vas a hacer con ellos, cómo te vas a librar de las evidencias. Necesitas una técnica. Debes aprovechar lo que aquí te enseñan y manejarlo a tu conveniencia.

Bajó las manos al percibir mi reacción. Él tenía razón, no podía andar por la vida asesinando y manteniéndome a expensas de ser descubierto. Ahora comprendía su plan. Ese fue solo el inicio. Aprendí todo lo que debía saber. También me especialicé en aspectos forenses y me convertí en agente de policía, convencido de poder elegir algo que me mantuviera al margen, sin levantar ninguna sospecha. Pasó tiempo hasta que lo volví a intentar, aquella vez con pasos más detallados, más sigiloso y más precavido.

—Caden, Caden…

Alguien había estado llamándome pero yo tan ensimismado en mis pensamientos le había estado ignorando por completo. Era como si el tiempo no existiera y como si me encontrara en una especie de trance. O simplemente era que estaba enfocado en algo más importante.

—Hey. —Me dio un golpe en el hombro. Se trataba de Andrew—. Te hemos estado buscando, ¿qué demonios haces?

Desperté. Una vez más.

Miré sobre mis manos, estaba sosteniendo una de las obras. Si, la misma obra donde me habían dejado la nota, la misma que me había hecho recordar algo que ya había olvidado. Y sí, ahora todos estaban mirándome. Es que en lugares como esos, las obras, no se tocan. La sostenía de extremo a extremo, no era tan grande pero lo

suficientemente importante como para que los guardias acudieran a mi encuentro.

—Cad… —expresó él un tanto preocupado e indicándome la venida de los hombres de seguridad. Ya sabía, Andrew era caso perdido si de un delito se tratase, que se asustaba fácilmente. ¿Una especie de cobarde? No lo sé, su instinto de supervivencia era demasiado exagerado, muy diferente al mío.

Me giré percatándome de todas las miradas a mí alrededor, hacían un círculo a mi extremo, apartándose como si poseyera una enfermedad contagiosa, con la mirada clavada a mí y permitiendo el paso a los guardias. Con miradas furiosas, todos vestidos en traje negro, zapatos lustrados y con un porte de superioridad, gustosos de probar sus armas contra mí. La verdad era que todo esto me daba gracia, tanto ajetreo por una pintura.

—Hey, ¿qué haces? ¿No has leído? Las obras de arte NO SE TOCAN —expresó uno de ellos con algo de supremacía.

—Es que la quería ver más de cerca —dije en forma burlona.

—Anda ya, vamos —dijo otro arrancándome el cuadro de las manos y empujándome hacia… no sé, ¿el calabozo?

Estaban por sacarme de ahí cuando llegó uno más y le dijo algo al oído al que parecía ser el encargado. Un pequeño susurro entre mirada y mirada hacia mí. No lo podía ignorar.

—¡Alto! Déjenlo —expresó llamando la atención de todos los presentes. Lo que me faltaba—. Entréguenle el cuadro, puede llevárselo.

¿Qué?

La multitud comenzó a cuchichear, ahora yo era la envidia de todos y es que había pasado de ser el acusado al premiado o algo parecido. La verdad era que yo tampoco lo entendía y se notaba en mi expresión. Que me daba igual si me llevaban o no.

El guardia que me sostenía del brazo me soltó al instante y el otro ahora me extendía la pintura, casi sin querer hacerlo la guio hasta mis manos. No obstante sus frías miradas seguían ahí, me encantaba esa expresión. Parecía un tributo al rey. Claro.

—Un obsequio del autor —dijo el encargado dirigiéndose hacia mí aunque siendo un poco disimulado, pero para ser sinceros, con el mínimo de ruido que ahora había por supuesto que todos habían escuchado—. Al parecer el autor ha observado la extrema atención que ha dirigido hacia la obra y quiere que la conserve a modo de agradecimiento. Tenga usted, consideración a aceptarla…

La tomé con tranquilidad, comprendiendo de lo que se trataba y de lo cerca que había estado de verle la cara. Debía aprovechar esa

increíble situación.

—Cuanto me encantaría poder agradecerle al autor, si pudiera usted…

—Oh, me temo que no podrá ser —dijo anticipándose a mi plegaría—. El señor prefiere mantenerse en anonimato. Es parte de su carácter como autor.

Debí saberlo. Por lo menos ahora podía confirmar mi hipótesis y en definitiva sabía algo más sobre él. Algo que nadie más sabía o siquiera que se hubieran imaginado.

Resignado volví hacia donde mis acompañantes se encontraban, caminé con la pintura sobre mi costado como si fuera custodiado y alabado por todos los presentes que ya habían abierto un sendero por el cual había logrado pasar. Me habían permitido amplio acceso hasta mis amigos, que al igual que los demás, tenían una cara de extremo asombro, bien podía meter mi puño en sus bocas y ellos simplemente no se habrían dado cuenta.

Había pasado a ser la sensación del momento.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó Alizee algo… bastante confundida a decir verdad.

—No lo sé… al parecer soy el favorito del autor.

Convencido de no poder hacer más, miré nuevamente aquella obra firmaba con un seudónimo y es que el muy cabrón no se atrevía a usar su nombre real. Lo había visto en el buscador, nadie sabía su nombre, no había fotografías, ninguna presencia a algún tipo de evento, no decía mucho sobre sus antecedentes. Todo se limitaba a un poco de información, algo falsificado diría yo. Pero no me esperaba que fuera así de fácil, por un momento llegué a creer que sería alguien del público: un aficionado al arte. Pero ahora estaba completamente seguro de que se trataba del artista. Él era el artista.

—Vaya suerte que tienes —resopló Andrew—. Por un momento creí que te llevarían preso.

Vamos, ¿enserio? No era para tanto ¿o sí?

Al salir de ahí miré hacia todos lados, no podía dejar de mantenerme atento en búsqueda de su aparición; le gustaba el reconocimiento y estaba seguro de que quería que yo le descubriera.

Dejé a Andrew en casa y ahora solo estábamos ella y yo. Comenzaba a preguntarme si en verdad la quería porque me hacía sentir diferente o simplemente porque quería sentirme diferente. O tal vez era que quería verla en un tipo de agua cristalina…

—Gracias —dijo tomándome del brazo mientras conducía, giré

mi vista reconociendo la extrañeza de aquel tacto. ¿Qué significaba? ¿Se trataba de un simple gesto de amabilidad o significaba algo más?

—No es nada.

Fue lo único que pude contestar, ¿qué más debía decirle? Era un completo idiota para esto.

Lo pude notar, quería decir más. Quería hacer más. Apartó su mano de mí y mirándome de vez en cuando por fin volvió a hablar.

—Eres increíble, mira que llevarte una obra. ¿Qué te ha gustado de ella? Digo, había bastantes y esa fue la que más te gusto. He de decir que me asombró que la hubieras tocado…

—Sí, no se… —La miré por unos segundos—. Lo había visto en las películas, la gente no suele tomar nada de los museos y quise ver qué pasaba. —Rio—. Pero sabes, algo en ella me hizo recordar mi pasado, algo que me hizo sentir vivo y ser parte de lo que soy ahora.

Finalicé un tanto desconcertado.

—Tal vez por eso te la han obsequiado. —Sonrió tan bellamente.

—Eso debe ser —pronuncié guardándome la verdadera historia en todo este evento.

Bien, habíamos llegado. Aparqué frente a su casa. Bajé y abrí su puerta como lo hacen en las películas, creí que sería lo correcto. Ella bajó y caminó hasta su entrada, yo iba tras ella.

Una vez más me dio las gracias pero esta vez acompañadas de un abrazo que me había tomado desprevenido. Sus brazos se aferraron a mí como un niño a su peluche favorito, como mis victimas a su vida, como yo a mis víctimas. Podía percibir el aroma a través de su cuello y lo viva que estaba a través de la temperatura en su piel. Poco a poco elevé mis brazos y los entrelacé sobre ella. Cerré los ojos por unos instantes dejándome llevar por su gesto.

¿Qué diablos era esto?

Capítulo 19

Me extasié al ver caer su vida ante mí. Lo había visto cometer el crimen paso a paso hasta el último segundo, observé cada cosa que hizo, sus errores y sus aciertos. Sus facciones, sus emociones, su fuerza.

No pude evitar verme inmiscuido en una situación similar: Volviendo a mi pasado e intentando regresar a aquellas acciones que tanto solían hacerme sentir vivo.

Y todo ello tan solo para hacerme volver al inicio de tal desenlace. Lo hizo con rapidez, con algo de adrenalina y sin mucho en qué pensar. Ni siquiera se percató de la presencia de un extraño más, de un agente de policía.

Esperó a su víctima frente a la puerta de la casa, error. Habló con ella por un par de segundos y luego forcejeó un poco. Cubrió su boca y nariz con cloroformo en un pañuelo, miró hacia todos lados aunque no fue muy precavido. La tomó entre sus brazos y caminó hasta el auto. Abrió la cajuela, cerró de golpe y condujo hasta un baldío. Casi era media noche cuando aún sin esperar a que hubiera despertado le clavó sin clemencia y sin compasión un filoso cuchillo sobre el pecho, cerca del corazón. Dio unas puñaladas más en diferentes partes del cuerpo hasta quedar exhausto. Había sangre por todos lados, de cualquier manera habrían dado con él.

Limpió unas gotas de sudor sobre su frente. Ya había pasado a desgarrarle el corazón, fue entonces cuando capturó mi completa atención, cambiando así mis planes sobre el momento en el que debía hacerle frente. Seguí mirando, buscó en el auto un frasco y ahí lo colocó. Intenté no pensar en ello pero comenzaba a parecerme muy similar. Bastante afecto. Aunque llamó mi atención, intentaba… intentaba hacer… el frasco, el corazón. ¿Sería posible?

Una vez más, miró hacia la derecha y hacia la izquierda. Soltó el cuchillo, cogió el frasco y lo metió al auto, en la parte de enfrente, en el asiento del copiloto. Cogió a la mujer y la llevó a rastras hasta donde al parecer ya tenía una fosa. Se podía observar un camino de sangre que iba del lugar de su muerte hasta el sitio donde reposaría hasta convertirse en polvo.

Permaneció sentado por algunos minutos observando el bulto de tierra. Estaba cansado y aún le falta mucho por hacer. Aunque no lo hizo. Salió del lugar dejando el arma sobre el piso, tierra removida y un charco de sangre. Subió al auto con un par de gotas de sangre

impregnadas sobre la ropa y entre las manos.

Se puso en marcha hasta su casa. Llevó consigo el recuerdo que había obtenido y siendo algo disimulado al ocultarlo sobre su chaqueta decidió entrar.

Fue ahí cuando bajé del auto y lo observé a través de la ventana en espera de poder ingresar. Era un lugar sin vigilancia, un vecindario apenas conocido. Con facilidad de acceso y a mitad del sueño de las personas promedio. Abrí sin dificultad, estaba en la cocina observando el frasco a través de la luz que entraba por una pequeña abertura de la ventana.

—Excelente recuerdo —pronuncié haciéndolo sobresaltar. Casi deja caer el corazón, se rompería en pedazos como lo expresaban aquellas historias de amor. ¿A eso se referían?

Intentó ponerse a la defensiva, buscando algo con lo cual golpearme pero no encontró nada.

—¿Cómo has entrado? ¿Quién eres? —preguntó.

—¿Por qué has traído el corazón? —inquirí omitiendo sus cuestionamientos y acercándome a él para poder tocar el frasco.

Pareció dudar sobre su respuesta pero al final dijo algo.

—Amor —soltó sin más, lo tomé con cuidado y lo observé por algunos segundos. Amor, repetí en un susurró. Alizee llegó a mi mente.

En un rápido movimiento lo dejé inconsciente, lo subí al auto y llevé conmigo aquel pequeño contenedor de una vida ahora muerta. Me puse en marcha hasta el lugar en el que aquel joven de veinte años vería sus últimos segundos.

—Solo lo hice una vez —dijo casi llorando tras despertar y recordar lo que había hecho.

Vaya, sí que podía estar arrepentido, pero lo que yo tenía en mente no era fácil de abandonar. Por supuesto que no, no lo liberaría. Por el contrario, estaba dispuesto a acabar con él esa misma noche.

—Una vez basta para convertirse en un monstruo —susurré más para mí que para él. Y mirando hacia un punto indefinido recordando aquella primera noche.

—No lo volveré a hacer, lo juro —dijo intentando salvar su vida. ¿En realidad podría salvarla? Se movía de un lado a otro sin ninguna posibilidad de poder escapar; con las manos por encima, atadas por detrás y forzado a mantenerse de pie sobre una columna. Debajo de él había un contenedor. Así era como lo hacía, así fue como encontré la manera de hacerlo…

—No te arrepientas de lo que has hecho. —Caminé hasta quedar

frente a él—. Y jamás jures que no lo volverás a hacer. Algo dentro de ti te llevará siempre al mismo punto. —Lo estaba pensando, sabía que era cierto. Sabía que en verdad no podía arrepentirse incluso no se sentía culpable. Su mirada se dirigió hacia el frasco que había dejado a poca distancia de él—. Cometiste algunos errores. Te encontrarían —proseguí al tiempo en que le mostraba su instrumento de trabajo—. Están tus huellas, la tierra, la sangre… pero, te he ayudado un poco.

—Déjame ir —suplicó.

—¿Dejarte? ¿No lo has escuchado? Siempre llegaré al mismo punto.

—Enséñame —dijo entonces retomando el hilo de la conversación. Lo miré, lo miré, había estado suplicando por la vida pero ahora pedía que le enseñase. ¿Estaba dispuesto a hacerlo?—. Vamos, estoy seguro de que ya me habrías matado, por qué habrías de ayudarme con el desastre que hice.

Tenía razón, le había ayudado y había terminado con todo aquello que él no había sido capaz de hacer. No pude evitar verme reflejado en él, de no haber sido por mi padre jamás habría aprendido a hacer lo que hacía ahora, tal vez estaría en la cárcel o muerto. No lo sabía.

Enserio me lo estaba pensando. Y luego estaba eso del corazón en el frasco. Aquello era lo más alarmante.

—¿Qué pensabas hacer con eso? —Miré hacia el frasco y luego hacia él.

—Guardarlo.

—Guardarlo… —repetí en voz baja—. ¿Por cuánto tiempo? —cuestioné aun sopesando la idea. Si le daba final en ese momento tal vez podía arrepentirme… Tal vez. No es como si fuera del todo cierto, después de todo no lo conocía y habría sido una víctima más, como todas. Como siempre.

—Hasta encontrar una nueva —respondió.

Maldición. ¿Existía la posibilidad de que…?

—Y luego, ¿qué harías con él?

—No lo sé —pensó por un par de segundos—, enterrarlo —finalizó.

—Te contaré algo, tú y yo somos algo parecidos, no puedo decir cómo ni por qué pero así es.

Había vuelto a casa, volví al filo de la madrugada conduciendo mi auto y pensando en lo que había dejado atrás. Caminé hasta el final de pasillo de la entrada deteniéndome por un par de segundos en aquella pintura, observé algo nuevo. Un frasco de cristal teñido

de rojo y cayendo de la mano de aquel hombre sobre el agua. La pintura estaba fresca, había estado allí.

Me recosté apenas horas antes de ir al trabajo y a decir verdad me encontraba bien.

Tan solo bien.

Capítulo 20

Estaba frente a la cajera de un Starbucks, como todas las mañanas antes de ir al trabajo me había decidido a pasar por algo que me hiciera despertar luego de una noche tan… tan emocionante.

Saqué algo de efectivo de mi chaqueta al tiempo en el que avanzaba en la fila. Ella estaba ahí, una chica de lo bastante peculiar así que me fue imposible no mantener la mirada fija a sus expresiones, a su habla y a su personalidad.

Algo en ella me hacía recordar a Alizee, a la pequeña Alizee. Tal vez fue que la noté algo frágil o demasiado amable, algo a lo que la gente suele llamar «buena onda», con esa sonrisa entre cada cliente. ¿Se guardaba una buena expresión para cada quién? Me sorprendía el hecho de siquiera imaginarlo. Podía ser algo similar a lo que yo hacía cada día al socializar. Lo hacía de manera tan natural que incluso dudaba que llegara a ser capaz de fingir —algo que a mí se me daba muy bien—, a decir verdad se notaba que su trabajo le encantaba.

Extendí un par de billetes hacia ella aun sin apartar la mirada. En su carnet pude leer «Audrey», debía ser nueva porque jamás durante mis visitas diurnas al lugar, la había visto en cajas. Sonreí un poco devolviéndole el gesto tras recibir mi expresión personalizada de cliente número cinco, o por lo menos eso conté desde que había llegado a la fila.

Me encontraba extasiado del buen olor de un magnífico café y con la sublimidad de aquella mujer frente a mí, cuando el sonido proveniente de mi móvil anunció una llamada entrante.

Haciéndome volver a la realidad rebusqué entre mis cosas aquel aparato.

—No olvide la promoción de un café gratis por la compra de un chocolate —dijo ignorando el sonido de mi móvil.

—Gracias. —Sonreí aún con las manos entre mis bolsillos.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Perdón? —La miré extrañado.

—Su nombre —repitió con amabilidad.

—Ah, lo siento. Soy Caden.

—Aquí tiene, tenga buen día —dijo segundos después extendiendo el vaso hacia mí aunque ya había dejado de prestarle atención.

Por fin lo había encontrado. Cogí la llamada al tiempo en el que tomaba mi café para retirarme y salir por la puerta principal dejando atrás a mis oscuros pensamientos.

Subí al auto y me puse en marcha, teníamos un caso y a juzgar por la voz de Nolan era algo de no creer. Algo que aseguró jamás habíamos visto o por lo menos él durante su corta experiencia como policía.

Me apresuré a llegar a la escena del crimen. Todos tenían una sonrisa de fascinación o tal vez era el hecho de ser los encargados de aquella investigación lo que a la mayoría le hacía alardear.

—¿Qué tenemos aquí? —cuestioné tras pasar las cintas amarillas. Llevando conmigo el café le di un sorbo en espera de respuestas.

—Será mejor que deje el café para otro momento, esto le revolverá el estómago.

Miré con seriedad a la especialista que se dirigía hacia mí de manera muy atenta, parecía hablar enserio pero no podía imaginar algo que no hubiera visto o hecho ya, así que me lo tomé muy a la ligera. Y reusándome a dejar mi café me puse en marcha. Aún no veía a mi compañero así que supuse estaría dentro.

Me proporcionaron ropa adecuada para poder ingresar, se trataba de una especie de overol desechable en color blanco que me cubría de pies a cabeza. Según me habían dicho era el requisito para poder ingresar al lugar.

Comenzaba a imaginar lo interesante que podría llegar a ser la escena del crimen, había demasiada seguridad que comenzaba a excitarme.

La gente iba y venía con maletines y cosas para examinar el sitio, a juzgar por sus movimientos los especialistas debía tener bastante material con lo cual trabajar.

—Última advertencia para dejar el café —dijo ella una vez más. ¿Acaso parecía tan débil como para no aguantar una fuerte impresión?

—Vamos allá y discutamos sobre el café más tarde —finalicé.

La muchachilla hizo cara de: «se lo advertí», dándome pleno acceso al lugar. Desde el primer momento dentro, podía percibirse un fuerte olor a sangre mezclado con otras cosas, algunos químicos tal vez o simplemente hedor de orines.

Un par de pasos más directo hacía otra habitación y se podía percibir un olor parecido al azufre; tremenda cantidad de sangre, ¿de cuantas víctimas? Unas seis aproximadamente. Pero eso no era todo, había quedado sumamente asombrado por lo que a

continuación había llegado a observar: Diversas partes del cuerpo estaban adheridas a las paredes de la habitación dando la impresión de haber sido colocadas como si se tratase de una exposición de arte; sí, eso era. En una habitación completamente roja, cubierta de arriba a abajo en sangre. Bastante sangre. Bien podría decirse que la pintura aún estaba fresca.

Nadie había comenzado a apartar los restos de las paredes, no hasta que cada una de ellas hubiera sido fotografiada como parte de su análisis. Era algo sorprendente. En realidad parecía una obra de arte, hasta tenían un recuadro perteneciente a la ficha de datos técnicos. Una para cada resto en la pared. Tuve que fingir conmoción al ver a todos aterrados ante tal barbarie, aunque en realidad había quedado maravillado. ¿Por qué no se me había ocurrido algo así?

—¿Qué enfermo se atrevería a hacer esto? —dijo Nolan tras notar mi presencia. Su aspecto era algo nauseabundo, estaba abrumado pero a pesar de ello seguía en pie.

—¿Quién ha informado? —pregunté a nadie en general mientras seguía contemplando aquella belleza. Me animé a caminar hacia cada una de las obras deteniéndome por un par segundos a leer las fichas técnicas.

—Una llamada anónima, señor —contestó alguien a mis espaldas.

—Una llamada anónima —susurré con delicia.

Mi traje había quedado manchado, sobre todo en los pies. Rojo y blanco, una mezcla de lo bastante perfecta. La gente iba y venía a mí alrededor mientras yo me encontraba en una especie de sueño. Mi vida y mi trabajo unidos por la sangre.

—Lo siento, debo retirarle eso —solicitó un especialista algo joven a mi parecer, delgado y de aspecto intelectual; siguiendo siempre las reglas. Señaló con su dedo índice mi vaso de café sin apartar la vista de él—. Es para no comprometer la evidencia —explicó luego de percibir mi fría mirada hacia su persona.

—Por supuesto, déjala sobre mi auto. —Le extendí mi vaso volviendo hacia los restos.

No parecían ser de una sola persona y es que estaba seguro, no se trataba de una sola. En el esquema faltaban algunas piezas, de un lado podían observarse partes de la cara y un par de extremidades aunque no completas. En otras podía percibirse una mezcla de dedos con órganos. Algo abstracto a decir verdad. Pero hubo una que llamó mi atención, un corazón rodeado de ojos. Llevaba por nombre: Todos te verán y juzgarán desde el corazón.

—Muy bien, a retirar todo —informó alguien provocando rápidos movimientos de los presentes para desmontar la escena. Una pena. Para el autor, quiero decir. No duró ni un día su presentación.

—Caden, vámonos —expresó Nolan conteniendo la respiración.

—Sí, voy detrás de ti —resoplé.

Volvimos a respirar aire fresco aunque el olor había quedado impregnado sobre nuestra ropa. Caminamos dentro del perímetro en busca de alguna pista, algo que nos permitiera continuar mientras esperábamos los resultados.

—Vaya escena. —Por fin habló, ya más tranquilo.

—Si —afirmé aún maravillado.

—Debió haberse tomado su tiempo —prosiguió—. Digo, no es que los haya matado a todos en la misma noche. Había tanta sangre. —Volvía a él aquella extraña sensación de querer vomitar así que se disculpó y corrió hasta el baño más cercano.

Lo que Nolan había dicho era cierto y ni siquiera me había detenido a pensarlo. Estábamos frente al mejor asesino. Un serial que ni siquiera yo había podido encontrar. Estaba claro que se trataba de él, quién más si no mi acechador. Lo extraño era que por fin se había decidido a mostrar una de sus obras y qué mejor manera de darse a conocer.

¿Aún seguía queriendo contactar conmigo? Ya había pasado tiempo desde la última vez.

Sin duda la pronta resolución de este caso me ayudaría bastante en lo que quería saber respecto a él.

Caminé hacía mi auto observando a lo lejos el vaso de café sobre el techo. Sin duda ya estaba frío. Lo tomé percatándome del nombre que Audrey le había puesto. Lo había escrito bien, muy bien. CADEN, en letras mayúsculas con una caligrafía perfectamente delineada en tinta negra, sobresalía al centro del mismo.

Subí al auto y con una pequeña sonrisa me puse en marcha.

Capítulo 21

Me encontraba caminando hacia la puerta del Starbucks, con paso decidido y sin mucho en que pensar, ni siquiera me percataba de lo que estaba haciendo.

Había salido directamente de la escena del crimen hasta aquel lugar. No comprendía lo que pasaba por mi mente pero ahora estaba allí, a pocos pasos de la puerta principal.

Comprendía que nos encontrábamos en una investigación de lo bastante importante, probablemente la mejor del año e incluso la mejor de nuestras carreras, pero aquella situación, con aquella cajera, me ocupaba más.

Se trataba de un día nublado, algo frío pero con algo de luz. Tal parecería que en un par de horas más, tras anochecer o quizás al atardecer caería una fuerte lluvia. Habría que apresurar la recopilación de las evidencias, habría que vigilar el perímetro, habría que supervisar y hacer que todos estuvieran trabajando en el caso pero yo ya no estaba allí, confiaba en la buena autoridad de Nolan para llevar la investigación por buen camino.

De cualquier manera, no creía que pudieran avanzar mucho. Si, tal vez había sido eso lo que me había animado a ir hasta allá. Tenía algo de tiempo hasta obtener un informe parcial.

Me abrí paso hacia el lugar dirigiendo una mirada panorámica hacia el recinto y evaluando cada movimiento de la gente, algunos entre las mesas, hombres y mujeres charlando, un par de amigos y no sé, quizás novios disfrutando de un buen viernes. Mi vista se giró hacia las cajas, ella no estaba. ¿Se habría acabado su turno? ¿Habría sido parte de mi imaginación? No, para nada. Era real.

Caminé hacia allá decidido a preguntar por ella. Audrey, su nombre retumbaba en mi cabeza como forzándome a no olvidarlo.

Me detuve frente a la caja cuando la vi salir por aquella puerta que indicaba en un letrero y en letras grandes: Solo personal autorizado.

Casi pude sonreír al verla.

Radiante, sonriente, despreocupada pero con un porte de lo bastante agradable. Confianza, eso era.

Caminó hacia una de las mesas dirigiéndose a un par de chicos que focalizaron su atención hacia ella. No pude evitar seguirla con la mirada, midiendo cada uno de sus movimientos y admirando su personalidad.

—Disculpe, ¿en qué puedo ayudarlo? —Escuché a alguien hablar con algo de fastidio. Si, debió haberme estado llamando un par de veces porque cuando desperté de mi ensimismamiento pude percatarme de su enfado—. ¿Va a pagar algo o no?

—No, olvídalo —respondí dando la vuelta sin siquiera mirarlo.

Me dirigí hacia ella sin apartar la vista. Seguía con ese par de jóvenes. Quienes al parecer se notaban bastante encantados de que Audrey, una chica de tal calibre estuviera atendiéndolos. Vestía con el uniforme de la compañía pero aun con ese atuendo lucia increíble. Remarcaba muy bien su figura.

—Lo has escrito bien —dije situándome frente a ella.

Audrey volteó, mirándome con sorpresa. Quizás reconociéndome, aunque una pequeña duda entró en mí al no percibir respuesta de su parte. Los chicos ahora estaban observándome, algo confundidos y molestos por haberles arruinado la escena.

Olvídense de ella par de estúpidos, pensé.

Instintivamente me tomó del brazo y me llevó hasta otro lado, en una mesa donde no había nadie. Guardó un poco de distancia entre nosotros y con cierta incertidumbre respecto a lo que le había planteado respondió—: ¿De qué hablas? —fingió. O eso fue lo que pude percibir.

—Lo escribiste bien. Mi nombre —aclaré.

—No sé de qué habla —resopló dirigiéndose a mí como un completo desconocido. Pero es que eso era, un desconocido para ella. Apenas si nos habíamos visto por escasos segundos en aquella ocasión atendiéndome por la mañana… y yo solo era, uno más de sus clientes.

¿Hablaba enserio cuando decía no recordar quién era yo?

Decidido a obtener respuesta, saqué de mi chaqueta el vaso ya aplastado pero con mi nombre aún visible y muy bien cuidado.

CADEN, escrito en su propia caligrafía.

Se lo extendí para ayudarle a recordar. Ella lo tomó, mirándome primero y luego hacia el vaso. Lo tomó analizándolo con sumo cuidado, posando su miranda sobre aquellas letras.

—Sí, ya lo recuerdo —dijo al fin sin mostrar emoción en sus palabras. Tono neutral, me había molestado.

Un golpe a mi ego se hizo presente. No ser el centro de atención y pasar desapercibido ante sus ojos había sido algo que no había podido obviar.

—¿Por qué lo has escrito bien? —quise saber señalando la fama de la empresa al no escribir los nombres correctamente. O ella era

una fanática de lo correcto o se salía de lo común infringiendo las leyes.

A decir verdad, cualquiera de las dos me atraía.

—Yo, no lo sé… —vaciló un poco—. Creo que tienes un nombre bastante increíble, suena a chico bueno, aunque… no lo pareces del todo. —Mierda, lo había notado, ¿cómo era eso posible? ¿Había bajado la guardia? Me había descubierto, ¿cómo? ¿Qué sabía?—. No te atormentes —alentó con gracia luego de observar mi reacción: algo pensativa y de culpabilidad—. Lamento si he acertado en algo.

—Que va —solté al encontrarle algo bueno… Al fin alguien me aceptaba como era, y no me refería a conociéndolo todo sobre mí, sino que ella sabía que fuese lo que fuese no era quien aparentaba ser, pero que a pesar de ello, lo aceptaba. Tomé asiento en la mesa más cercana a nosotros y sin apartarle la mirada cuestioné con bastante tranquilidad—: ¿Aún tienes la promoción de un café por un chocolate?

Ella asintió dirigiéndose hacia el despachador y volviendo una vez más hacia mí me regaló una sonrisa.

Caminó con decisión, tomó los vasos y regresó un par de segundos después.

—Aquí tiene —respondió amablemente.

—Gracias, espero te guste el chocolate —expresé pretendiendo que me hiciera compañía y aun si no fuera suficiente le indiqué que se sentará en la silla frente a mí.

Me lanzó una mirada dubitativa, probablemente pensando en si sería correcto aceptar o no pero algo en ella me decía que lo haría.

Como lo había dicho antes, ahora estaba seguro de que se salía de lo común al infringir las leyes.

—Está bien —soltó con ánimo y despreocupación—, después de todo, ya es mi descanso

Tomó asiento frente a mí y cogiendo el vaso del chocolate se lo llevó a la boca sin apartar la mirada de mi persona. Evaluándome, quizás.

Un par de segundos después rebuscó en su bolsillo y me extendió el vaso que le había entregado antes. Lo miré y luego me dirigí hacia ella, sonriendo un poco lo tomé en mis manos. Contemplé una vez más el nombre y luego lo guardé en mi chaqueta.

—Ahora dime la verdad, por qué has escrito bien mi nombre.

Se reincorporó en el asiento escondiéndose por un momento detrás de su chocolate. Lo degustaba muy bien pero eso no me

distraía. Me miró por encima del borde del vaso hasta dejarlo una vez más sobre la mesa. No tenía opción, ya había tenido tiempo suficiente para pensarlo.

—A decir verdad, imaginé que si lo escribía bien, volverías. —Sonó un tanto apenada encogiéndose de hombros.

¿Ese había sido el plan? ¿Me estaba esperando? ¿Tan predecible era?

—¿Por qué?

—Bueno… —Pasaba el dedo índice por el borde del recipiente, dando vueltas mientras se debatía entre dar o no dar la respuesta verdadera—. No lo sé. Funcionó ¿no es así? —Sus mejillas se tornaron un poco rosadas.

Su expresión me causaba curiosidad y aun sin comprender lo que ocurría mantuve la mirada fija sobre ella, intentando descifrar sus palabras.

—Sí, funcionó… me has sacado de una investigación muy gorda…

—¿Una investigación? —Curioseó.

—Sí, una escena muy sangrienta —enfaticé más para mí que para ella.

—No me digas que eres policía —dijo asombrada.

—Algo así —expresé luego de un sorbo de café.

Su cara era todo un poema, con una O formándose en su boca y con las cejas enarcadas de sorpresa ante mi respuesta.

—Estoy segura de que eso no es todo lo que debería sorprenderme… quiero decir, eres más que eso… Pero no importa, es lo que te hace ser tú. —Intenté contestar pero no sabía el qué—. Cuéntame sobre lo que haces —dijo con curiosidad.

—¿Qué? —pregunté sintiéndome descubierto.

—Sí, cuéntame lo del caso.

—Es algo confidencial pero ¿te parece si en lugar de eso te invito a cenar?

Capítulo 22

A la mañana siguiente Nolan me entregó un par de documentos, todos contenidos dentro de un sobre blanco con el logo del departamento de análisis. Por su expresión, se trataba de buenas noticias.

—Ya tenemos resultados de los análisis de sangre —exclamó triunfal como si él mismo los hubiera descubierto. Lo miré con algo de gracia tras recordar su patética escena en aquella tarde del descubrimiento artístico. Ahora lucía jovial, tal vez era porque los análisis habían dado como resultado los nombres de las víctimas o porque aquella tarde al igual que yo, había encontrado a una chica con la cual entablar conversación.

—¿Cómo te va… con… ella? —pregunté más por obligación y compañerismo que por mero interés. Lo escuchaba hablar, claro… en parte. Aunque en realidad estaba más enfocado en los documentos que me había proporcionado.

Se trataba de nueve personas, cada una de ellas identificadas, con datos de domicilio y una fotografía dentro del expediente. Parecía un muy buen avance. El mejor a decir verdad, pero no me terminaba de convencer. No es que el asesino fuera demasiado imbécil como para permitirnos dar con la identidad de sus víctimas.

Definitivamente no era fácil no lo aceptaba. El sobre también contenía las fotografías de la escena del crimen, acompañadas de nombres de más personas, totalmente diferentes a las de las pruebas de sangre que cubrían la habitación.

En total 13 víctimas. Me detuve al leer el nombre de la primera cuando al instante me percaté de que la conocía.

—Caden, ¿escuchaste? —dijo él al notarme extraño, quizás.

—Si —afirmé aún con la mirada sobre los nombres, y pasando hoja tras hoja reconociendo el nombre de cada uno de ellos. Maldición. Eran mis víctimas.

Nolan seguía hablando, confiado en que le escuchaba e ignorando el hecho de mi inmenso interés sobre aquellos papeles.

—Déjame un momento, quieres. —Le invité a salir.

—Claro… —respondió algo serio—. Cualquier cosa no dudes en llamarme…

¿De que hablaba? Lo ignoré.

Leí y releí cada uno de ellos, no me lo podía creer. ¡Ese maldito imbécil había expuesto restos de mis víctimas como si fueran tal

obra de arte!

Lancé las hojas sobre la pared ante tal descubrimiento, las fotos cayeron al piso rodeándome de recuerdos de aquellas noches. Repasé una y mil veces el momento en el que había asesinado a cada uno de ellos. Cuatro en los últimos meses. Cuatro de ellos lanzados al mar… y solo dos de ellos reconocidos por los forenses; cuatro más identificados de aquellos a los que no lancé al mar… de los otros, yo sabía perfectamente quiénes eran.

Había desarrollado un plan para casos extremos, pero jamás había imaginado que uno de ellos sería este. Una vez al mes arrojaba un cuerpo al mar, subía a mi yate y me deshacía de él en medio de la noche. Si alguien algún día los encontraban no podrían llegar a relacionarlo con lo que hacía con el resto. Llegarían a creer que se trataba de dos asesinos, de dos personas diferentes.

Aunque no pensaba que algún día alguien fuera capaz de encontrarme.

No había hecho nada mal, no había dejado huellas, no había dejado rastros, nadie habría podido dar con ellos… hasta ahora.

Los demás estaban en proceso de identificación que por supuesto tras un par de estudios exhaustivos, darían con el nombre de las víctimas. No me preocupaba el hecho de que conociesen su identidad puesto que no había forma alguna de que se relacionaran conmigo, sino más bien el hecho de que dieran con él antes que yo. No podía permitirlo. Tomé mis cosas y salí de ahí a paso firme y despreocupado. Debía continuar con mi investigación.

Lo único que sabía era que se trataba de un pintor, un aficionado del arte a quien nadie conocía más que por su seudónimo. Un tipo que estaba obsesionado conmigo, capaz de matar a quien fuera con tal de hacerme seguir jugando.

«Te necesito». Pensé al subir al auto. Necesitaba ayuda y ahora tenía alguien a quien acudir.

Tecleé en el móvil un par de letras buscando su número en la agenda, inmediatamente el nombre de Adryen apareció sobre la pantalla. Pulsé sobre el botón verde escuchando el sonido que indicaba una llamada saliente. Encendí el auto mientras esperaba a que cogiera. Qué diantres estaba haciendo como para no coger la llamada.

Un par de timbres más y respondió con voz agitada, tal pareciera que lo pillaba en medio de una situación preocupante o…

—Lo siento, estaba corriendo… he tomado un descanso. ¿Pasa algo? —articuló con algo de dificultad arreglándoselas para poder hablar.

Pude imaginarlo sobre la acera, descansando sobre sus rodillas, con una mano al móvil y respirando agitadamente. Como una víctima perfecta.

—Ejercitarse, sí.

—Claro, fue lo que dijiste.

—Lo sé, lo sé… pero ahora hay un asunto que debo resolver… —Le di una dirección para encontrarlo allí en un par de horas.

Comenzaba a caer la puesta de sol mientras conducía hacia la vieja casa de mi padre. Aquel lugar donde cometí mi primer asesinato. Hacía tiempo que no iba por allí. Estar en aquel sitio me hacía reavivar infinidad de cosas. Aparqué el auto en la cochera. Caminé hacia la puerta trasera atravesando la sala de estar y me dirigí hacia el patio trasero. Ahí estaba él. Sentado sobre una silla de playa mirando hacia la ahora alberca bacía.

—Ahí estas —dijo Adryen girándose ligeramente hacia mí—. Hermosa casa, apuesto que se veía mucho mejor cuando estaba habitada. ¿Es tuya?

—De mi padre… —pronuncié expresando cierta negación a seguir hablando sobre ello. Lo había entendido bien—. Vamos —sugerí indicándole con la mano derecha que me siguiera. Entramos a la casa dirigiéndonos hacia el sótano. Los vecinos sabían que de vez en cuando iba a dar un chequeó pero no estaba de más ser precavidos.

Encendí la luz una vez abajo; el lugar estaba algo empolvado, con muchas cosas del trabajo de mi padre… algunas cosas ya olvidadas. Adryen tomó asiento en un banco cercano a una mesa.

—¿Y bien? —Inquirió —. ¿Qué ha pasado?

—Hay un caso… —Comencé con lo que parecía ser más fácil. Le conté lo del asesino que estaba detrás de mí, lo que había hecho para que lo notase y todo lo que había pasado en cuanto a él respecta, aunque omití la primera vez en la que contactó conmigo porque eso implicaba hablar de Alizee y bueno, ella era ella.

—¿Por qué quiere que des con él?

—No lo sé, su naturaleza se lo solicita —divagué.

—¿Cómo piensas encontrarlo?

—Tampoco lo sé… pero debo hacerlo antes de que el departamento lo encuentre.

—¿Enserio crees que lo harán? Digo, tú has dicho que no ha sido descubierto. ¿Qué te hace pensar que tu ejército lo encontrará? —Adryen tenía razón, nadie sabía de su existencia. Era tan limpio en sus movimientos que no podía darse el lujo de ser descubierto—. No quiere que ellos lo encuentren, quiere que tú lo hagas… pero ¿para qué?

Eso me hacía pensar que debía volver a los registros del homicidio, entre tanta evidencia seguro que había dejado algo que me guiaría hasta él. Algo que me guiaría a mí y no a ellos, tal como Adryen lo había dicho.

—Es más, ni siquiera creo que quiera que ellos te encuentren. Es

una advertencia, una especie de aviso para que sepas que él sabe de ti y que te estas tardando en ir a por él… o que simplemente le has olvidado.

—Si… hacía tiempo que me había dejado de interesar hasta que…

—¿Hasta qué…? —dijo al notar una epifanía.

—Hasta que tú apareciste —Caí en la cuenta de lo que aquello significaba—. No ha dejado de vigilarme… sabe que no te he matado… Puede que haya hecho aquella tétrica escena para volver a captar mi atención, para recordarme que sigue ahí.

Maldición. Eso era. Me quería de su lado.

Oh, cuanto había tardado.

Capítulo 23

La investigación seguía su curso. Habían tardado un par de días para identificar a las otras víctimas.

Habían reconocido que se trataba de personas con antecedentes criminales de hasta más de diez años pero liberados sin más, apenas un par de meses atrás, por buena conducta. Patético, no me creía que la gente llegara a cambiar en tan poco tiempo. Y lo pude corroborar; días después de haber salido habían vuelto a sus cacerías nocturnas.

Especializados en la búsqueda de jóvenes parejas, familias enteras, adolescentes y pordioseros.

—¿Qué hay de las otras víctimas? —cuestioné a mi equipo de trabajo. Lo que más me importaba eran ellos, no mis víctimas. Las suyas eran los que me llevarían a él.

—Ningún delito, no están registrados en nuestro sistema… incluso fue difícil dar con ellos porque hubo que reconstruir cada uno de los restos.

—Hey, Caden —dijo Nolan llamándome hacia él. Estaba observando un par de documentos con sumo detenimiento, había encontrado algo—. Ninguno de ellos tiene familia… por eso no recibimos ninguna llamada. Eran ermitaños. Algunos pertenecientes a orfanatos durante su infancia; otros más, con pérdidas familiares en accidentes automovilísticos, con enfermedades terminales, hay registros de afirman su asistencia al psicólogo… y mucho más. ¿Te das cuenta?

—Si… —Había asesinado a personas que no tenían nada que perder, al borde de la muerte. Se aprovechó de sus momentos de debilidad y al saber que nadie preguntaría por ellas los vio como el modo perfecto para cubrir su anonimato.

—Qué hijo de puta —expresó él con rabia.

—¿Qué saben los psicólogos? —inquirí.

—Nada… hacía tiempo que los habían dejado de ver. Incluso lamentan lo ocurrido.

—¿Y sus departamentos?

—Nada. Todo en orden, nada en lo cual poder investigar. No se relacionaban con nadie y no hay quien pueda declarar.

—Maldición, debe haber algo —pensaba… pensaba—. ¿Y la llamada? ¿Ya han podido encontrar algo?

—Seguimos en ello. Solo se sabe que se activó en un lugar

cercano a la escena. Un teléfono público.

—¿Cómo va tu investigación? —dijo al fin. Mirándome con detenimiento y deseando poder sacar conversación.

Fue paciente, siempre lo era, además siempre encontraba la manera de poder preguntar sin siquiera llegar a sonar pedante. Guardaba distancia y se mantenía al margen, sabía que había líneas que no podía cruzar y sin embargo lo hacía a su estilo, sin llegar a fastidiar. Eso era tal vez, lo que me encantada de ella. Audrey estaba frente a mí, luciendo un elegante vestido color rojo. Cerré mis ojos por unos instantes recordando toda la sangre que había visto en la vida, cada escena creada en mi mente y reflejada en la vida real, hasta llegar a… su escena.

—Cad… —Volvió a hablar—. ¿Cómo va el caso?

—Lo siento, va lento… —Había estado algo distraído, enfocado en el asesino del arte—. Nos falta información

—Tranquilo, ya encontrarán algo que les ayude.

La miré. Encantadora, con aquel brillo en los ojos, con aquella sonrisa que tanto reconforta. Intenté sonreírle en muestra de aprecio, lo cierto era que con ella me sentía bien, no podía describir cómo pero se asemejaba a encontrar un buen expediente de un asesino digno de morir. Era como acecharlo en medio de la noche, esperando por su vulnerabilidad.

—Tienes, razón… pronto tendremos algo.

Sonrió como si lo que hubiera dicho hubiera servido de mucho. No fue así pero hacía el intento. Su mirada volvió hacia la cena, tomando el cuchillo, clavándolo con firmeza sobre un trozo de carne para producir al momento un ligero derrame de un líquido graso. Lo clavó sobre las puntas del tenedor y se lo llevó a la boca. Degustándolo como lo más exquisito en la vida, si, así era como yo me sentía cuando tenía a una víctima frente a mí, inmovilizada, con las manos atadas como el mismísimo cristo sobre la cruz. A punto de morir, pero sin oportunidad de resurrección.

—Y cuéntame, ¿has tenido otras relaciones?

¿Otras? ¿Estábamos teniendo una?

—No. —Zanjé instintivamente.

—¿Por qué?

—No lo sé, el trabajo quizás… A decir verdad, es la primera vez que me doy la oportunidad de hacer algo fuera de lo normal.

Ella sonrió casi queriendo reír más.

—¿Enserio? ¿Fuera de lo normal? Caden, qué en esta vida es

normal. —Tenía razón. No era normal, nada era normal, pero para mí eso era algo nuevo.

No recordaba haber tenido alguna experiencia de aquel tipo. Pensaba en todo aquello cuando Audrey se levantó dejando el plato de comida con mínimas porciones. Se hizo lugar a mi lado y se situó a un costado. Tomó mi mano, evaluó mi reacción. ¿Qué pretendía?

—Caden —pronunció con voz gentil, más gentil a la que solía aplicar estando como cajera en el Starbucks.

Dicho eso me abrazó, entrelazando sus manos alrededor de mi cintura y reposando la cabeza sobre mi pecho. Me quedé helado, sin saber qué hacer. Y en vista de sus pocos ánimos por alejarse de mí, hice lo posible por elevar mis brazos hacia ella; correspondiendo a su abrazo coloqué mis manos por detrás de su espalda.

En ese instante una chica caminando hacia nuestra dirección se detuvo por un par de segundos, manteniendo la distancia, evaluando la situación, preguntándose si lo que estaba viendo era real o no. Simplemente decidió huir, seguir su camino no sin antes saludar a la distancia con la mano, con un susurro en los labios diciendo: «Me alegro». Pero con cierta tristeza tras pronunciarlo. No le creía, no se alegraba. ¿No se alegraba de verme con una chica? ¿No se alegraba de verme abrazando a alguien más?

Huyó de ahí dejando caer pequeños trozos de un corazón roto.

—Gracias, por la cena —finalizó luego de apartarse de mí.

La dejé frente a la puerta de su casa, Audrey era una chica independiente. Había abandonado todo lo que tenía en su antigua ciudad, en la que había vivido con sus padres hasta la mayoría de edad. Luego de un breve tiempo vio la manera de poder escapar, de ser libre, de ser lo que quería ser.

—¿No quieres pasar? —dijo al verme sin ánimos de querer partir. Y es que no quería hacerlo porque me fastidiaba tener que pensar en el caso, tener que lidiar con un Adryen ansioso por ir a cazar. Tener que pasar un día más sin obtener avances sobre mi acechador.

—Si, por supuesto.

Ingresamos a la casa. Bastante amplia y acogedora. Ella me guio hasta la sala en donde me tumbé sobre el sofá, suspiré profundo dejando caer mi cabeza por el borde del mismo. Miraba al techo cuando ella preguntó si quería un café. La respuesta fue sí. Estaba acostumbrado a que cobrara mis cafés y ahora, tendría uno gratis.

No tenía fotografías de su familia, un par de flores y un par de cuadros colocados sobre la pared; un estante lleno de discos y libros. Las paredes pintadas en color blanco. Buena luminosidad y

con amplias ventanas. Una puerta con vista hacia el patio reflejaba un buen césped, una piscina… algo parecida a la casa de mi padre, solo un poco.

—Aquí tienes —pronunció situándose frente a mí con una taza de café que prefirió dejar sobre la mesa conjunta a nosotros. Me miró con detenimiento, buscando algo en mí que le diera acceso. Se lo di, me reincorporé un poco permitiéndole sentarse sobre mi regazo. Entrelazó sus manos alrededor de mi cuello y acercándose poco a poco llegó a rozar la comisura de mis labios. Movía los suyos provocando hacerme realizar lo mismo que ella, me estaba besando como lo solían hacer en aquel tipo de películas románticas, aunque a veces en las películas de terror también ocurría. Despeinaba mi cabello entre cada exhalación y me hacía meter las manos por debajo de su vestido. En un rápido movimiento me despojó de la camisa. No lo podía negar, quería intentar una nueva experiencia, quería saber cómo eran las sensaciones humanas en algo a lo que la gente solía ser adicta. Quería saber si se asemejaba siquiera un poco a lo que yo sentía cuando asesinaba a alguien.

Fuimos a su habitación en donde terminó todo, en donde quedé exhausto y enérgico. Por un momento pude olvidarme de todo lo que era. Por esa razón, agradecí a Audrey tan perfecta exhibición.

Capítulo 24

—No me lo puedo creer, ¿enserio tuviste sexo? —preguntó Nolan al entrar a mi oficina. Estaba radiante, no cabía de la sorpresa pero ¿cómo lo sabía? Se sentó frente a mí apartándome de las manos aquellos documentos del caso: "El Artista Sangriento"—. Anda ya, cuéntame. —Tenía una sonrisa de extremo a extremo. No se podía aguantar las ganas de soltar una que otra chanza.

—¿De qué hablas? —Decidí ignorarlo.

—Vamos, Caden. Sé que lo tuviste, hace falta ver tu cambio de humor… no sé, noto algo diferente. —Se burló.

—Ve a trabajar, Nolan. —No encontraba otra forma de echarlo.

—¿Fue con la chica del Starbucks? —Sus sospechas habían acertado.

—Ah, cállate.

—De acuerdo, esta noche nos vemos en el bar... Irás ¿cierto?

Con una sola mirada hice que se retirará, sabía lo que le convenía. Y a decir verdad no obtendría respuesta de mi parte. Ni siquiera si iba a aquel bar como parte de mi coartada de buen compañero. Alguien que gustaba de pasar desapercibido en días como estos, en los que la policía tenía a mis víctimas, en los que una pequeña parte de mi estaba ligada al asesino del año. Si, definitivamente iría. No sé, tal vez hasta me animaba a llevar a Audrey.

El tiempo se agotaba, y para ser sincero ya había tardado demasiado en encontrar al asesino. Aunque algo era cierto, había estado vigilándome por al menos tres o cuatro meses atrás, de lo contrario no habría obtenido aquellos cuerpos ya sin vida, tuvo que haberse sumergido al mar luego de que yo me hubiera marchado y tuvo que haberlos llevado a algún sitio en el cual pudiera mantenerlos hasta el día de su exposición.

De ser eso posible, debía tratarse de su estudio de arte. ¿Pero dónde? ¿Dónde diantres estaba?

Saqué el móvil y busqué el número de Adryen. El timbre sonó una y dos veces hasta que lo cogió. Esta vez no se le notaba fatigado ni exhausto.

—Nos vemos hoy después de las once de la noche.

—Vamos a… —No terminó la frase a modo de mantener el suspenso, sabía que se trataba de lo que sospechaba—. Sí, claro, ahí te veo —finalizó sin poder contener el entusiasmo ante tal noticia.

Asumía que esta sería la noche, la noche en la que llevaría a cabo su segundo asesinato. Uno más elaborado, nada de novatadas. Estaría bajo mi tutela.

Si el artista sangriento seguía vigilándome muy probablemente acudiría al mismo lugar que nosotros o por lo menos estaría cerca, lo que me permitiría estar atento a cualquier anomalía. Esa misma noche debería finalmente poder hacerle frente. La situación me entusiasmaba demasiado que no podía esperar al anochecer.

Me detuve a observar una vez más con detenimiento aquellas fotografías de la escena del crimen. En total diez cuadros, cada uno con ficha técnica.

Las fechas de elaboración ahora tomaban sentido para mí. Cada una de ellas tenía la fecha en la que yo las había asesinado, por tanto, la parte colocada al centro de cada uno de los cuadros pertenecía a la víctima relacionada con la fecha.

Cuatro fechas distintas, cuatro personas diferentes. Algo debían tener en común o algo deberían significar para él que le hubiera hecho decidirse por colocarlas de ese modo.

Para el resto de mi equipo esto había supuesto un sinfín de ideas y figuraciones. Supuestos siempre vistos desde un panorama diferente al mío. Pasaban la tarde tratando de resolver el pictograma, aquel que tenían sobre la pizarra moviendo de un lado a otro, cambiando las fotografías y las fechas entre cada pista posible. Carecía de significado. Olvidaban que para un asesino, para un psicópata, para una mente brillante, todo tenía sentido y no existían las casualidades. Todo estaba calculado.

La primera colocada de derecha a izquierda contenía pares de orejas simulando restos humanos en el mar; a lo lejos, un pie representando lo que debería ser un bote y en medio de las orejas una silueta humana creada con arcilla. Eso fue lo que hizo, representaba el modo en el que había obtenido los restos humanos. Sin embargo el departamento de investigación no lo había podido deducir, visto desde su punto de vista, seguía siendo arte abstracto. Aunque comenzaba a levantar sospechas. Para Nolan se trataba del modo en el que el asesino había pensado deshacerse de ellas, no erraba del todo. A decir verdad, había acertado.

El segundo cuadro representaba mis visitas nocturnas a la casa de Alizee… Me había llegado a convencer de que no se trataba de mí pero así era. Daba la apariencia de ser vista a través de la ventana, una silueta similar a la de una mujer, hecha con pares de dedos carbonizados. El aspecto obscuro claramente reflejaba una noche dentro de una habitación. Para los especialistas significaba la

muerte de una mujer, tal vez la de la propietaria de esa obra.

Aquello era lo bueno del arte, que cada quien podía interpretarlo a su gusto. Lo malo, era que en este caso no debería tratarse de interpretar, todo lo contrario: La prioridad era dar con la verdadera intención del artista. Algo que hasta ese momento no me había enfocado en hacer.

La tercera contenía un par de copas dibujadas al óleo con sangre ligeramente más oscura a la que estaba como base. Sin duda se trataba de los asesinatos que había estado investigando sobre Levesque. Un par de manos pretendían acercarse a ellas pero sin llegar a tocarlas más que una. Exactamente lo ocurrido en el caso, lo cual corroboraba el hecho de que estuviera espiándome desde hacía tiempo. ¿Pero qué tenía que ver Levesque en todo esto?

Algunos llegaron a asociarlo con esa investigación pero se descartó al no existir suficientes pruebas, se basaban en la fecha pues no coincidía con el asesinato de los jóvenes millonarios y no lo haría porque lo había asesinado un mes antes.

La cuarta era similar al cuadro que me había obsequiado en aquella exposición de arte a la que había asistido con Andrew y Alizee. Aunque se veía más sangrienta.

Por su parte, la quinta contenía un rostro desfigurado tal como le había ocurrido a aquel tipo del puente. Cuando casi daba con él. Ese cuadro sí que había despertado el interés de muchos tras lograrlo relacionar en su mayoría con el asesinato del puente y en efecto, tomándolo como justa evidencia de que se trataba del mismo agresor.

Las pinturas estaba resultando ser una verdadera mina de evidencias. Se comenzaban a atar cabos sueltos.

El caso del artista sangriento estaba por todos lados, en la televisión le estaban dando seguimiento, se encontraba en los titulares de los periódicos. Tanto así que los periodistas mataban por ser los primeros en escribir la nota. El cielo o el infierno me libraran de algún día llegar a estar en los titulares.

Un cuadro más, representaba un árbol compuesto por un par de manos de las que escurría sangre y en lo que parecían ser las ramas —formadas por los dedos— había colocado pedazos de hígado simulando ser pequeños corazones. Llevaba por nombre: “El árbol de las vidas robadas”.

Tenía un perfecto estilo para hacer ver al arte de la manera más tétrica posible. Compaginaba muy bien sus dos personalidades, aquella que dejaba ver ante la sociedad y aquella que había mantenido oculta hasta ahora.

“El impertinente” era el vivo reflejo de lo que Adryen significaba para él. En la obra reflejaba su descontento hacia la decisión que había tomado respecto a él. Había detallado el momento en el que estaba en el bosque apropiándose de la vida de esa chica inocente. Se detuvo a recalcar sus fallos, fallos de los que yo me había ocupado.

—Este debe ser él, durante su primer crimen —intervino Nolan tras mirarme sumamente concentrado en las fotografías.

—Sí, puede ser —respondí con un suspiro. Conocía cada parte de mí, cada estúpido movimiento que realizaba. Estaba seguro de que le había molestado la idea de verme con Adryen, de verme aceptándolo como un neófito. De encausarlo hacía un buen asesinato.

El octavo cuadro representaba a la víctima que me había entregado a mitad de la sala, en medio de la noche.

Y el noveno representaba el modo en el que me adueñaba de cada una de las vidas de mis víctimas. Colocadas sobre un pilar con las manos por encima de ellos. En busca de redención…

Mi vida estaba reflejada en aquellos cuadros y una parte de ellos aún me eran difíciles de comprender. Tal vez representaban sus planes… sus próximos movimientos y de ser así debía terminar con esto de una vez por todas o de lo contrario me vería envuelto en serios problemas.

Capítulo 25

Me encontraba conduciendo hacia su casa. La investigación no había dado para más luego de examinar cada una de la fotografías, había quedado exhausto y en realidad esperaba obtener mejores resultados esa noche, luego de encontrarme con Adryen.

El equipo se encontraba ya en el bar, festejaban la conexión que se había encontrado entre el caso del chico del puente y el del artista sangriento.

Además se relacionaba una vez más con el grafiti y el cuadro número dos. No pude evitar manifestar una extraña sensación al verles dar en el clavo. Mi tiempo se agotaba. Hacía falta un poco más de inteligencia y concentración como para poder relacionar todos los cuadros, aunque la pieza faltante y más importante era yo.

Me tenían frente a sus narices y no podían verlo. Una vez más pasaba desapercibido aunque sospechaba que no por mucho tiempo.

Estaba por llegar el atardecer, el pasajero rojizo en el cielo indicando el término del ocaso y dando oportunidad a la llegada del anochecer. Antes de eso tenía un par de horas. Audrey había accedido a acompañarme así que iba camino hacia ella, esperaba a la puerta de su casa, tan radiante y despampanante. Me miró con avidez al bajar del auto. Su mirada era profunda, sabía que detrás de ese par de ojos marrones se escondía una chica distinta a la que me mostraba. Me dirigí hacia ella a paso firme, cauto, animado y decisivo.

—¿Lista? —cuestioné sin saber qué preguntar en realidad.

Ella afirmó con encanto, le había sorprendido la invitación pero confesó haber estado embelesada por recibir la noticia. No es que lo hubiera imaginado al venir de mí y tenía razón. La verdad era que yo tampoco lo hubiera siquiera imaginado.

En un ávido movimiento aminoró la distancia entre nosotros y me recibió con un cálido y sincero beso sobre los labios. ¿Es que ya éramos algo? Tal vez ella lo sospechaba o tal vez así lo quería creer. ¿Yo así lo quería? ¿Qué había de Alizee? ¿Había terminado todo? ¿Dejaría mis paseos nocturnos por su casa… por su habitación? Vamos, que en todo esto, debía haber algo bueno.

—Anda —dije al tiempo que me giraba para caminar hacia el auto.

Audrey me siguió con suma decisión, lucía encantadora. Aquella sería la noche en la que conocería a mis compañeros de trabajo, y

esa fue la razón por la que se había propuesto lucir a la altura, aunque lo que ella no sabía, era que no debía hacer nada de eso. Después de todo había captado mi interés en su traje de cajera.

Sería la noche en la que por fin verían a Caden con una mujer a su lado, una novia tal vez y la sola idea me removía el estómago, sobre todo por tener que aguantar las preguntas de Nolan o he de decir de sus chanzas.

Me detuve a mirar el paisaje a través del cristal, la noche me recordaba a una de tantas en la que me había apropiado de una vida y en la que la había dejado caer al agua.

Bastante quieta.

—¿En qué piensas? —pregunto ella sin apartar la mirada de mi perfil.

—En nada. —Mentí.

Para esa noche tenía una víctima especial, había estado acechándola por un par de semanas. Se había perdido del mapa durante año y medio, y creía que ya lo habían olvidado. En realidad todos lo habían hecho menos yo, ya que había estado buscándolo desde que se había convertido en fugitivo.

Autor de trece muertes. Trece cadáveres encontrados en trece basureros de la ciudad, ahora los había cambiado por desguaces. La primera víctima había aparecido apenas unos días atrás y estaba a punto de ir a por la segunda.

Sin duda Adryen se llevaría un buen festín y que mejor manera de hacerlo con un asesino de carrera. Tenía todo pensado.

—¿Quién es tu amigo?

—¿Qué? —inquirí algo soliviantado. ¿Quién amigo? ¿El artista sangriento? ¿Adryen, mi compañero de cacería? ¿Aquel chico que dejé ahogar sobre su sangre en una piscina?

—Del trabajo… —Aclaró con una ligera palmada sobre mi hombro. Lo había comprendido, no quería atormentarme. Eso estaba claro.

—Nolan —mentí. Es que no podía decir que tenía amigos, no era el tipo de persona que mantenía relaciones estrechas y duraderas, aunque llegara a pasar algunas noches con él en el bar. No éramos amigos, éramos compañeros y nada más.

—¿Cómo es? —quiso saber.

La miré por unos segundos apartando la vista de la carretera, ¿en verdad quería saberlo? O ese había sido su pretexto para incitarme a olvidar lo que sea que estuviera pensando.

—Veamos, es un chico normal… —comencé de nuevo con la mirada hacia enfrente. Pude escucharla reír un poco, pero decidí

hacer caso omiso—. Te agradará si eso es lo que quieres saber.

—No más que tú —soltó de golpe con dulzura.

Aparqué frente al bar, justo al lado del auto de Derek. Lo que indicaba que él, Nolan y otros más ya estaban en el recinto. Bajamos del auto, di un suspiró y cuando menos me di cuenta Audrey ya estaba tomando mi mano. Había entrelazado sus dedos con los míos. Le encantaba hacerme estremecer ante su tacto, incluso ante su mirada. Me detuvo por un par de segundos, pegándome contra una de las paredes del lugar para besarme con frenesí. No pude evitar corresponder, aquella sensación me comenzaba a gustar. Era otra manera de…

Ingresamos a aquel sitio tan basto de música, olor a cigarrillo y a un buen polvo. Con las luces a la mitad de su capacidad, los borrachos ya recargados sobre la barra y una sarta en las conversaciones ajenas. Si, esa era la vida de los chicos del bar. Ya bastante acabada.

Pude divisar a mis colegas al final de la barra. Me miraron con curiosidad pero algo llenos de alegría. Apreté la mano de la chica y la guie hacia ellos haciéndonos paso entre la multitud.

—Hey —resoplé entre aquel estruendo.

—¿Quién es la chica? —cuestionó Derek.

—Hola. —Saludó ella con bastante encanto. No sabía si era por las copas o por su extremo encanto que casi podía obsérvalos caer de sus asientos—. Un gusto conocerles.

—Hey, Dante —solicitó Nolan al barman, quien acudió enseguida—, trae un par de bebidas para este par de tórtolos.

Y ahí estaba él, la primera chanza de Nolan.

Tomamos asiento en los lugares disponibles. La sonrisa de Audrey era magnifica, me lo repetían una y otra vez.

—No sabía que tuvieras esos gustos. —Me susurró con bastantes copas encima—. Te has sacado la lotería con la chica del Starbucks.

Suspiré. Suspiré profundo. Ya todos en el sitio estaban bastante ebrios cuando a un extremo percibí la mirada de un tipo al que ya conocía. Andrew me estaba pidiendo que fuese en su encuentro. Salí de aquel círculo y me dirigí hacia él. Ya me hacía falta un poco de aire.

—Caden, ¿qué tal? —Intervino. Su habla sonaba pausada, probablemente por las copas pero aparte de eso había algo de temor en su voz.

—¿Qué pasa? —quise saber y ahorrarle la verborrea.

Miró de un lado a otro con suma precaución como si alguien lo estuviera acechando, como si fuera a morir en cualquier momento.

—Vamos, hombre. Sácalo ya.

Se llevó a la boca el trago completo produciendo así un tremendo ardor dentro de su garganta, lo acabó en un santiamén y lo soltó sobre la mesa con sumo pesar. En realidad estaba preocupado. Carraspeó.

—Ha vuelto —soltó alzando los hombros—. Alexander ha vuelto. —Dicho esto consumió un nuevo trago que el bar tender le había servido.

Levesque estaba de vuelta. No le veía lo extraño, se trataba de su hermano, al menos que…

—¿Y? —Debía saber la verdadera razón de su preocupación.

—Sé que lo sigue haciendo —dijo en un susurro—. Hay un tipo… Un tipo lo ha estado buscando desde hace un par de días.

—¿Quién?

—No lo sé. Solo deja mensajes a mi contestadora… Alizee no me ha dicho nada, al parecer no sabe que lo buscan. Alizee, pobre Alizee… —comenzó a desvariar—. No sabe en lo que se ha metido al estar con Alexander, vaya decepción… —Lo estaba perdiendo.

—¡Andrew! —Lo golpeé un par de veces hasta conseguirlo despertar—. ¿Tienes los mensajes?

—No, que va —masculló—. Los he borrado todos —estaba a punto de caer somnoliento—. Esa voz me aterra —tartajeó casi perdiendo el conocimiento.

—¿Qué te dice? —Seguí insistiendo pero era caso perdido—. ¡Andrew! —grité una vez más moviéndolo de un lado a otro pero no despertó—. ¡Andrew! —Estaba fatal, con la cabeza pegada a la barra, con la boca entre abierta y aun sosteniendo la copa.

Segundos después mientras todos en el lugar parecían seguir con su jarana probablemente extendida hasta el amanecer, haciendo caso omiso ante los ya caídos, fue cuando el cantinero se acercó con cara de pocos amigos preguntando por la paga. No me quedaba de otra, tuve que pagar, rebusqué en la cartera y le entregué un par de billetes.

—Cad… —habló Audrey tomándome desprevenido. Giré a verla con algo de complicidad—. ¿Dónde has estado? ¿Qué… haces? —finalizó luego de ver a un tipo ebrio recargado sobre la barra y ahora bajo mi cuidado.

—Yo… debo llevarlo. Es mi amigo —dije de pronto y sin pensar. Debía dar un vistazo a su contestadora, algo debía hacer.

—Claro, te acompaño…

—No —respondí instintivamente—, quédate, seré rápido. Puedo pedirle a Nolan que te lleve —finalicé sin pensar en otra cosa más

que en lo que Andrew y su contestadora guardaban.

—Caden… —pronunció notando algo extraño en mí—. Puedo ir sola —dijo afligida.

—No —suspiré—. Yo te llevo —expresé ante ninguna otra solución.

Nos dirigimos al auto, ella me ayudó con Andrew. Lo subimos a la parte trasera y nos pusimos en marcha. El silencio entre nosotros era estremecedor. El carisma de Audrey se había apagado y no estaba realmente seguro de si era por los tragos que se había bebido, por la presencia de Andrew o por mí. Opté por esta última.

—Lo siento —pronuncié sin saber por qué en realidad. No contestó. Miraba por la ventanilla, perdida entre sus pensamientos como muchas veces yo lo llegué a hacer—. Audrey. —Me gire a verla por unos segundos pero ella seguía igual.

No entendía aquello de las relaciones. A la mierda todo. No lo volví a intentar.

La dejé en su casa, salió sin siquiera despedirse. Abrió la puerta y la cerró de golpe. No me importó, tenía asuntos más importantes que resolver que una estupidez amorosa.

Seguí hasta la casa de Andrew, por segundos balbuceaba, un par de cosas apenas audibles, incomprensibles y luego nada.

Aparqué frente al lugar. Abrí la puerta, sin protección. Lo llevé conmigo hasta un sofá. Me dirigí a su teléfono. Revisé los mensajes, tenía razón los había borrado. Busqué por la casa, algo debía haber… Me dirigía hacia el piso de arriba cuando el teléfono sonó, lo dejé pasar pero al instante el sonido de la contestadora se activó. Iban a dejar un mensaje.

—Te di una oportunidad… —Se escuchó una voz grave, pausada y tranquila. Era él, sin duda. No me lo podía creer—… ¿Ya has resuelto el rompecabezas? —Se escuchó una risotada. No le hablaba a Alexander, no le hablaba a Andrew, me hablaba a mí. Sabía que estaba dentro, así que corrí. Salí al tiempo que agudizaba mí vista en medio de la oscuridad, intentando encontrar algún desperfecto, algo que me guiara hacia él.

Estaba fuera y no muy lejos, de eso estaba seguro.

Luego de unos minutos sin triunfo alguno, volví. La luz parpadeante de la contestadora seguía ahí, presioné el botón y me centré en lo último.

—… Caden, el reloj avanza, tic-tac, tic-tac. Apresúrate y deja de jugar como un niño. Deja de jugar con ese imbécil.

Borré el mensaje.

Capítulo 26

El plan seguía en pie. Eran poco más de las once cuando me encontraba conduciendo hacia el sitio en el que había quedado con Adryen. No podía sacar de mi cabeza aquella voz y mucho menos la razón por la cual había intentado comunicarse con Alexander, ¿lo hacía para dar conmigo? ¿Era por Alizee? Pero ya ni la había visto.

Me detuve en el lugar indicado.

Adryen parecía molesto, ahí, sentado sobre el asfalto. Elevó la mirada tras escuchar el ruido proveniente del motor del auto tras apagarse.

Se levantó con bastante hostilidad. Clavó sus pesados ojos marrones sobre los míos, esperando por mi cercanía hacia él.

—Vamos —dije omitiendo aquella actitud. Caminé sin siquiera detenerme a escucharle.

—¿Así sin más? —Me siguió aún con mucho por decir.

—No te atormentes, tenía cosas que hacer… —Me defendí.

—¿Y la victima? —Miró hacia mi auto imaginando que ahí la llevaría.

—Deja de preguntar y camina.

Nos abrimos paso entre un sendero, caminamos un par de metros hasta perdernos en el corazón del lugar. Se trataba de un par de casas abandonadas a las afueras de la ciudad. El lugar había estado cerrado desde hacía tiempo, ya nadie transitaba por allí y mucho menos tan tarde.

Seguí hasta la morada que estaba en medio del lugar, subí las escaleras y abrí la puerta de golpe. Se podía oler la muerte, la absolución, el miedo. Adryen me seguía con perspicacia, digno de un buen cazador; pasamos el vestíbulo y fuimos directo a la que en algún momento había llegado a ser la sala de una mansión. El patrimonio de una familia, el lugar de muchas reuniones, ahora ya bastante deteriorado.

—Ahí lo tienes —solté con alarde permitiéndole mirar aquello que estaba esperándonos.

El chico se animó a acercarse y examinar lo que tenía frente a él. La víctima se había sobresaltado ante nuestra habla y no había parado de intentar zafarse una y otra vez tras moverse de izquierda a derecha como un animal al saber que el último de sus suspiros había llegado.

Completamente expuesto y vulnerable ante su verdugo.

Adryen quitó la venda de sus ojos. Esperó por una reacción y luego de que el hombre nos viera a ambos, comprendió que gritar no serviría de mucho. De nada, en realidad.

Adryen le despojó de la mordaza, no hizo preguntas sobre lo que podía y no podía hacer. Lo estaba disfrutando y había aprendido muy bien. Acondicionamos el lugar, lo haría a su modo aunque sin ninguna evidencia posible. Impecable.

Su mirada era profunda, atenta y enfocada en lo que hacía. Algo similar a la que había tenido aquella noche con la chica que había dejado enterrada, pero ahora cada segundo era bien aprovechado y cargado de bastante placer. Me hizo recordar a la vez en la que cometí mi segundo asesinato: El primero luego de algunos fallos y la inapreciable experiencia sobre la piscina; el primero en el que puse en práctica lo que había aprendido y en el que encontré la perfecta manera de sumisión de las víctimas, aquella que seguía practicando en la actualidad como parte de mí sello personal.

Mis instintos se agudizaron al notar una presencia más merodeando por los alrededores y provocando un sonido estrepitoso con toda la saña del mundo.

Adryen estaba por finalizar, bastante enfocado pero algo desconcertado por lo que acababa de pasar. No entró en pánico, se mantuvo cuerdo pero preguntándome sin soltar ninguna palabra, tan solo con la mirada: qué mierda está pasando, Caden.

—Sigue tú, termina todo… yo voy a… no me necesitas aquí —pronuncié sin poder detenerme, ya estaba más afuera que adentro así que corrí hacia la salida siguiendo sus pasos. Tratando de no perderle en aquel laberinto hogareño. Estaba a unos metros de él cuando lo vi entrar a una de las casas, y sin muchos ánimos de dejarlo marchar aquella noche, me adentré al recinto. Del mismo diseño que el anterior a excepción del olor a sangre; un par de paredes rayadas, con muebles deshechos, papeles al piso y un sinfín de cosas alborotadas, todo a causa de los años y el abandono.

Seguí hasta la sala, examiné el piso de abajo pero no había rastro, tal vez ya lo había perdido. Caminé hacia el pasillo principal cuando un ruido proveniente del segundo piso llamó mi atención, sonaba como un par de cintas siendo rodadas. Subí las escaleras, algunas rechinaban como en aquellas películas de terror que suelen asustar a los críos. Aunque esto era la vida real y más allá de encontrarme con un fantasma estaba por descubrir una historia que jamás había llegado a imaginar.

Ingresé a la habitación de la cual provenía un destello de luz y el murmullo de un par de niños; abrí la puerta un poco, lo suficiente

como para poder pasar, de igual manera estaba a punto de caerse. En el centro del lugar estaba un proyector *super 8*, la cinta había sido puesta en marcha frente a una pared despejada, un par de voces se hacían visibles mientras se reflejaba lo que parecía ser un parque de juegos.

Los niños participaban en juegos de persecución, corriendo de un lugar a otro. Infantes de diferentes edades. En la habitación no había nadie más pero estaba claro que él quería que viera la cinta.

Me situé detrás del proyector para apreciar de mejor manera lo que el rollo contenía. La grabación enfocó a tres niños, sonriendo, abrazados por los hombros y con el más pequeño en medio de los otros.

Una escena en negro sucedió antes de dar paso a un escenario más. Ahora se trataba de un comedor, mesas alargadas con bancos a los extremos. Una cena tal vez, y de nuevo se enfocó en los mismos niños: disfrutando de una buena merienda antes de ir a dormir, llevaban los pijamas y se podía observar a más chicos sentados junto a ellos. Una charla inaudible se percibía pero de carente significado.

Otra escena en negro apreció para dar pie a la siguiente. El dormitorio, con camas colocadas en fila y los niños ahora dirigiéndose hacia ellas. Algunos sonriendo a la cámara, pude notar a los tres chicos.

Nuevamente una escena en negro, la cinta estaba por terminarse pero una última escena aconteció. Un par de años después, los chicos estaban más grandes, era el mismo sitio, en el lugar de juegos. Apareció el más grande, que no conocía de nada hasta que salió el mediano, ligeramente más alto que él, cabello castaño, ojos marrones y de mirada fría, le conocía, claro, era Levesque, podía tener 15 años en ese entonces.

Mierda, cómo no lo había podido notar antes.

Se acercó al tipo mayor, fornido, misma mirada, vestía de traje, muy bien peinado, elegante, zapatos lustrados. Se dirigió hacia él y le dio un abrazo, una especie de despedida. Por supuesto, era un orfanato, los chicos se despedían de él, había alcanzado la mayoría de edad y ahora debía partir.

Si Alexander era su hermano, entendía entonces el porqué de la despedida y el resto de las escenas junto a él. Aunque durante mi investigación no había encontrado nada relacionado a ello… ¿Andrew podía ser el hermano menor, aquel que salía en la cinta?

Tiempo después apareció el otro chico, no me lo podía creer. Cerré los ojos por unos instantes, es que no me lo esperaba.

También lo conocía y no era Andrew. No era ese maldito imbécil.

Suspiré, seguí viendo la escena, caminó hasta él… aún era menor a los otros dos pero el parecido era eminente. Se aferró a los otros con apenas unos trece o catorce años, todos ingenuos a lo que pasaría años después, incluso yo.

La película terminó con el chico mayor caminando hacia la salida.

Por fin tenía un rostro, un conocido y un muerto.

No hice más que pensar mientras el ruido del proyector inundaba la habitación.

—Caden, maldición. —La cinta se estaba quemando. Adryen corrió a aminorar el fuego pero no pudo hacer más. De cualquier manera ya no importaba, había descubierto más de lo que en realidad había estado esperado descubrir esa noche. Y no había sido como lo había pensado—. ¿Qué pasó?

—Ya entiendo todo. Entiendo el porqué de todo este juego —pronuncié más para mí que para él.

Salimos de ahí, confié en el trabajo de Adryen y sin mirar atrás seguí el camino de regreso hasta mi auto. No hablé mucho sobre el tema, no lo consideraba necesario y mucho menos sabía si sería bueno contárselo así que preferí dejarlo en algún sitio cercano a su vecindario.

La noche estaba por finalizar, ambos habíamos obtenido lo que habíamos ido a buscar; de diferente manera pero lo habíamos hecho y todo antes del amanecer. Pensaba en ello cuando el timbre del móvil me sacó de aquel ensimismamiento. Lo cogí sin ver el número.

—¿Si?

—Caden. —Sonó una voz femenina, algo quebrada. Inquieta. Miedo, tal vez—. Soy Alizee.

—Alizee —susurré extrañado. Era muy tarde, la llamada me extrañaba.

—Siento… siento haberte llamado a estas horas. Pero, no sabía a quién más acudir. Intenté localizar a Andrew pero no responde.

«Claro, esta ebrio», pensé.

—¿Qué ocurre?

—Creo que alguien ha entrado a la casa… Me he encerrado en la habitación pero… podrías venir…

Dicho aquello la llamada se cortó. Pisé el acelerador cambiando el rumbo de mi recorrido. ¿Quién querría entrar a su casa? Mierda. Ni siquiera me había dado tiempo de preguntar más.

Capítulo 27

Es extraña la manera en la que crees tener todo resuelto cuando la vida se encarga de hacerte caer una y otra vez en el mismo juego. Y peor aún, es extraño creer que sabes quién eres cuando en realidad ni tú mismo lo sabes. O hacer creer a otros que eres alguien cuando en verdad eres todo lo contrario. Eso era en lo que pensaba cuando iba camino a casa de la chica que me había mantenido apartado en cierta manera de lo que solía hacer, la única capaz de hacerme creer llegar a cambiar. Aunque a decir verdad nunca lo llegué a poner en práctica. Vaya delirio.

Y ahora, ahora parecía estar en peligro.

Podía imaginarla encerrada en aquella habitación, en un rincón de la casa o tal vez detrás de la puerta, expectante ante cualquier tipo de ruido.

Quizás, mirando por la ventana esperado por mi presencia. Con bastante autoridad, irrumpiendo en su casa y con pistola en mano o por lo menos con aquel semblante inmutable ante la posible presencia de un asaltante. Como el típico chico del cuento de hadas, aquel que acude a la salvación de la doncella. En cierta manera lo estaba haciendo aunque para nada intentaba encajar en el papel de héroe.

El destello rojizo en el cielo comenzaría a aparecer, el perfecto amanecer rumbo al hogar de la joven y al acontecimiento de tal vez algo muy importante. Las calles estaban desiertas, el silencio era conciliador y daba para mucho en qué pensar, el cielo despejado, la brisa de la mañana… Doblé hacia la esquina y aparqué frente a la morada de Alizee.

Bajé sin siquiera pensarlo y entré a la casa; la puerta estaba abierta pero ningún foco se encontraba encendido, tal perecía que solo habían olvidado cerrarla.

—¿Alizee? —pregunté aunque nadie respondió.

Merodeé por la sala y por la cocina pero no había nadie, el lugar estaba bastante ordenado, nada fuera de lugar sin embargo en cuanto pasé por aquella puerta de cristal con vista hacia el patio trasero logré divisar una silueta. Sin pensarlo, abrí la puerta y fui tras él.

El pintor atravesó el jardín y con bastante agilidad trepó por la barandilla hacia la casa conjunta. Sin dudarlo corrí hacia él. Debía encararlo en ese instante, ya le había dejado escapar en aquel

suburbio abandonado que no podía dejarle ir una vez más. Podía sentir la adrenalina y la increíble sensación de encontrar algo bueno con lo cual terminar, pero ella salió, deteniéndome en aquella persecución.

—Caden —pronunció con prevención—, ¿ha sido un ladrón? —dijo debatiéndose entre sí dar un paso fuera de la casa o no, se sostenía sobre el borde de la puertilla y pese a la poca iluminación pude observar el miedo en sus ojos.

—Lo era, pero ya se ha ido… no he podido sujetarle, lo siento… para este entonces ya ha de haberse escondido —expliqué.

—Lo siento…

—No, tranquila —pronuncié con bastante desilusión. Una vez más había logrado escapar. Me dirigí hacia ella intentando aminorar las ganas de salir corriendo y buscarle hasta encontrarlo. Pero justo en ese momento me resultó imposible—. Regresemos adentro y aseguremos la casa.

Ella asintió, se le notaba algo pálida y un tanto preocupada. Si así se ponía por algo banal me preguntaba cómo reaccionaría cuando supiera lo de su prometido o incluso si descubriera la verdad sobre mí.

Pasamos un par de minutos asegurando la morada e intentando encontrar algo fuera de lo común pero no había nada, él no era un ladrón y había ingresado a la casa por una razón en especial, algo que Alizee y yo desconocíamos.

Quizás buscaba a Alexander o quizás solo quería llamar mi atención. De cualquier manera, dejaba mucho en qué pensar.

—Caden… —Refirió al tiempo en el que dirigía una mirada algo extraña hacia mí—. Puede que te parezca raro, pero quería preguntar si… ¿podría pasar la noche contigo? Sé que está amaneciendo; Andrew no coge las llamadas y como he de imaginar debió haber pasado por el bar —no se equivocaba—, últimamente ha estado bastante distraído, se ha refugiado en la bebida y sé que esta noche no podré contar con él. Espero comprendas pero, no quiero quedarme sola. Podría regresar ¿no es así? Si no se ha llevado nada puede que vuelva a regresar…

La miré, ella seguía hablando mientras yo sopesaba la idea, llevarla a mí casa, verla sobre la cama, disfrutar de su presencia, imaginar una vida que jamás llegaría a tener… Podía tener algo de bueno, podía guiar al hermano de Levesque hacia mí, podía por fin encarar al asesino amante del arte.

—Claro, puedes venir conmigo —pronuncié con decisión.

Sin pensarlo se abalanzó sobre mí como la añoranza de una

pareja en el aeropuerto luego de no haberse visto por meses; colocando sus brazos por detrás mío, temiendo que la fuera a dejar.

Aminoró la distancia entre nosotros provocando una cercanía tan perfecta que su olor inundó mis fosas nasales. Aquel aroma que había olvidado tras perderme bajo las sabanas de otra chica.

Ahora volvía a mí aquella extraña sensación de desequilibrio y embriaguez. La dosis adecuada de endorfina sobre nuestros organismos.

Le costó alejarse e incluso a mí me costó volver a enfocarme y reconocer lo que estaba pasando.

—Anda, salgamos de aquí —dije con dificultad.

Algo a lo que había preferido mantenerme al margen había sido a Alizee y a Levesque.

¿Es que ella no sabía que ya había vuelto? O de otra manera le habría llamado al móvil en vez de a mí. Esa era una cuestión que prefería guardarme para otro momento. Mientras tanto me enfoqué en guiarla hasta el auto y conducir a mi residencia.

El paisaje había mantenido el mismo aspecto, a diferencia de un poco más de luz y algo de claridad sobre lo acontecido a pesar de todo lo que se encontraba sobre mi cabeza, como una especie de revolución difícil de apaciguar. Necesitaba hacer algo.

—Gracias —dijo ella dirigiéndome una mirada de lo más sincera.

—No es nada, cualquier cosa por la cuñada de mi amigo. —Intenté sonar despreocupado.

—Si —pronunció algo cabizbaja—. ¿Y qué hay de esa chica? —soltó sin elevar la mirada. Jugueteaba con sus dedos para evitar percatarse de la tensión que ahora existía en el ambiente.

Giré a la izquierda encontrándome con la calle que nos llevaría directo a nuestro destino, un par de casas más y habríamos llegado. Por suerte no estábamos tan lejos, la miré de reojo deseando reconocer la verdadera intención de aquella interrogante aunque me fue difícil.

—¿Quién? —fingí no saber.

—La del restaurante —clarificó sin rodeos, recordando aquel momento en el que se marchó con el corazón roto. Una escena inesperada y bastante extraña.

—¿Audrey? —exclamé esperando por una afirmación obtenida un par de segundos después que con cierto dolor en sus facciones se hizo visible—. Ella es… no lo sé, hemos salido en un par de ocasiones. Algo complicado de explicar… —Aparqué frete a la casa, apagué el motor y quité las llaves mientras esperaba alguna

respuesta pero no la hubo, así que proseguí—. En realidad no quiero hablar sobre ella, sabes. Fue un día complicado. ¿No lo crees?

Ella afirmó casi sin querer. Ingresamos al lugar, con ella caminando a un lado y esperando a que le invitará a seguir hacia adelante. La miraba y no podía impedir pensar en ella como algo diferente a lo que estaba acostumbrado, no podía describir la manera en la que su caminar y su semblante me hacían estremecer. Aquel timbre de voz y esas incesantes ganas de querer intentar algo. Algo anormal. La típica historia del monstruo y la damisela.

La guie hasta la sala y le ofrecí un café.

La dejé sola por un momento mientras rebuscaba en mi habitación alguna muda de ropa que pudiera ocupar como pijama. Encontré una playera blanca de manga corta y cuello en V, además de un short negro que apenas había usado. La verdad es que no era fanático de esas cosas. Las tomé mirándolas por última vez imaginando un par de gotas de sangre sobre aquella pulcra playera. Aún no estaba seguro de lo que quería hacer…

Regresé a la sala. La miré con mejor aspecto, tenía la taza en sus manos y observaba la pintura que había obtenido en aquella explosión de arte.

—¿No era diferente? —cuestionó intrigada—. No recuerdo haber visto aquel frasco de cristal sobre las manos del hombre… —Giró la vista hacia mí. Un tanto extrañada pero con algo de posibilidad.

—No he cambiado nada, esta tal y como me la han entregado aquel día. No lo sé, en el arte siempre hay cosas nuevas por descubrir, cosas que no habíamos visto antes, incluso si lo examinamos una vez más encontraremos algo nuevo. ¿No lo crees? —Me acerqué a ella, un poco más, lo suficiente como para ponerla nerviosa—. El arte lo hace uno mismo cuando lo interpreta, cuando lo vive, cuando le da significado. Todo es arte…

—¿Eso es para mí? —respondió ante la incomodidad y dirigiendo ahora su mirada sobre las prendas que sostenía.

Para mi suerte logré hacer que se olvidara de lo que había preguntado.

—Sí, es lo único que he encontrado, espero te sirva —extendí la ropa hacia ella y la tomó luego de dejar la taza de café sobre la mesilla.

—Siento hacerte pasar todo esto, gracias en verdad. Te debo una.

—No hay problema… Alexander lo habría hecho —dije intentando sacar el tema.

—Sí, aunque sigue de viaje. El trabajo, ya sabes.

¿Por qué le mentía? ¿Por qué se escondía? Debía averiguarlo y terminar lo que debí haber hecho tiempo atrás.

—Claro, ahora duerme. Puedes quedarte en mi habitación. Por mí no hay problema, yo dormiré en la sala. —La guie hacia allá mostrándole el camino además de darle un poco de privacidad para cambiarse.

—En realidad quería… —Me miró de forma extraña, como había hecho antes, cómo hacia Audrey antes de… —. Conversar un poco, si no te molesta. Es que no puedo sacarme de la cabeza la idea de que alguien haya entrado a mi casa a mitad de la noche —si supiera —, de seguir sola no imagino lo que hubiera ocurrido.

—Ya, necesitas más protección, créeme —dije casi en un susurro —. Pero es tarde, el trabajo espera… —Hice un ademan con las manos para retirarme pero ella me lo impidió.

—Espera, Caden —suplicó y en un rápido movimiento se situó junto a mí estrechando sus cálidos y suaves labios contra los míos. Me tomó desprevenido, no lo vi venir. Por unos segundos olvidé que quería marcharme y dejarla sola pero ahora, la tenía frente a mí.

Se separó un tanto apenada e intentando disculparse pero de su boca nada salió, tan solo me miró tratando de expresar algo que no pude comprender y por aquellos escasos segundos que había durado su atrevimiento, ahora era yo el que se había acercado a ella.

Nuestras bocas se fundieron en un mismo ser, se conocían a través del fuego, yo guiándola hacia el infierno y ella intentando hacerme redimir de todos mis demonios. Intentando liberarme y elevándome hacia lo que parecía ser el edén. Lugar del que me consideraba desterrado si es que llegara a existir. Yo, abriéndole paso a mi más oscuro secreto, dejándole entrar a un sitio del que probablemente podría arrepentirse o del que tal vez no saldría.

Era un error, un tremendo error, pero ella estaba dispuesta a sufrir las consecuencias. De cualquier manera yo no tenía nada que perder.

Caímos sobre las sabanas consumiéndonos hasta el amanecer, hasta que la luz iluminó mi sendero.

Capítulo 28

La rutina de la mañana me hizo despertar apenas salió el sol, había dormido poco pero con cierta dosis de dopamina. Me levanté con Alizee a mi lado, dormía como siempre, tranquila, sin conocimiento sobre lo que acontecía a su alrededor, parecía vivir en una burbuja que la separaba de las atrocidades y las mentiras. Estaba muy bien protegida dentro de aquel escudo pero por muy fuerte que fuera, cualquier escudo podía llegar a ser atravesado.

Y ella se había convertido en el caballo de Troya que me permitiría el amplio acceso a Levesque y a su hermano: El Artista Sangriento.

Tomé una ducha con bastantes ideas sobre mi cabeza, tenía algo en lo cual centrar mi investigación, aquel orfanato del cual tenía datos relevantes pues Richard me los había proporcionado algún tiempo atrás. Ahora era el momento adecuado para usarlos y terminar con la investigación que poco a poco me había llevado a un lugar sin salida. De una bifurcación a otra hasta dar con la verdadera razón de tanto enredo.

Todo este ajetreo lo había comenzado yo un par de años atrás, al comienzo del que había llegado a ser la peor desilusión de mi padre: Cuando me convertí en un monstruo.

Y desde aquella noche en la que asesiné a Richard los ojos de por lo menos su hermano mayor habían estado puestos sobre mí. Hasta ahora, el momento correcto en el que se atrevía a hacerme frente, después de tantos años, eso aún me confundía.

Tomé las llaves de mi auto sin siquiera despedirme de la chica que dormía sobre mi cama, de aquella con la cual había pasado la noche y había dejado a relucir algo que había estado deseando desde nuestro primer encuentro, aunque no muy seguro de si eso era lo que en realidad había estado pensando.

Existía la posibilidad de que no fuera así.

Estaba un poco retrasado. Aparqué el auto en un sitio más alejado debido a la demora y la falta de espacios. Aquella vez no pasé por el Starbucks y no compré ningún otro café. Tomé mis cosas y apeé guardando las llaves sobre el bolso de mi pantalón. Caminé hacia la puerta deseando no encontrarme con Nolan, aunque a esas horas era mucho pedir.

—¡Caden! —gritó al otro extremo apenas abrí la puerta del lugar, menudo día que tendría. Se acercó a mí con un par de

documentos en las manos; semblante serio con algo de emoción, un buen caso, tal vez—. Ha vuelto —soltó caminando a mi costado. Le dirigí una mirada expectante.

—Habla ya hombre, no te lo guardes —reproché sin ánimos de seguirle el juego tan solo para intentar adivinar—. ¿Quién ha vuelto?

—Más bien, quiénes. —Estaba emocionado. Aquella mirada de satisfacción al dar con la presa perfecta me agradaba—. El artista sangriento y el caza empresarios.

Nolan continuó hablando, mencionando parte de los hechos pero ya había dejado de prestarle atención. Ambos hermanos habían regresado. ¿Estaban jugando juntos? ¿Todo esto era un plan para hacerme contraatacar?

Debía ver lo que habían hecho y encontrar cualquier cosa que me ayudara a encararles y si, tal vez con ayuda de Adryen.

—Vamos, qué esperas. Los detalles para el camino.

—Te esperábamos a ti… esto es una bomba. No imaginas siquiera lo que ha ocurrido. Créeme, está por encima de nosotros. Va más allá de la habitación de arte ensangrentada. Es más grande, no hay duda de que se trata del mismo asesino. Sobre todo por su peculiaridad en las escenas, el arte, ya sabes. Vaya manera de ingeniárselas. Además se ha reportado la desaparición de un empresario, el día de ayer… no se descarta su relación con este acontecimiento.

Nos pusimos en marcha, subimos a su auto y una vez más como en alguna otra ocasión, le dejé conducir. No cabía de la emoción por ver lo que habían planeado y a decir verdad me mantenía intrigado. Él había estado dando tantas pistas que me había desenfocado de lo que en realidad era importante. La respuesta siempre había estado ahí.

Maldito Richi. Tantos contratiempos había estado causando desde aquel entonces. Quizás, su hermano había presenciado todo el ritual de novatadas, por eso había elaborado aquella pintura y por tal razón la había modificado al entrar a mi casa. Él conocía la historia, sabía el modo en el que su hermano menor había muerto y después de tanto tiempo había vuelto… Resurgiendo de su escondite, liberándose de aquel anonimato por el que tanto se había enfocado en mantener en secreto.

—¿Quién es la chica? —preguntó del golpe tras dejar atrás a un par de vehículos. Iba a mayor velocidad que la adecuada.

—No se te escapa nada —pronuncié con cierta dificultad. Mis pensamientos podían más.

—No es la del Starbucks, ayer los vi, ella estaba molesta. Caden, yo estaba abrió aunque recuerdo lo que ocurrió.

—No tiene caso hablar sobre eso; hay cosas mucho más importantes para discutir: Como ir a la escena del crimen. —Evadí su interrogatorio.

El camino ya estaba pareciendo algo lejano o era que el tiempo con Nolan y sus preguntas lo hacían demasiado lento. El calor de la mañana comenzaba a hacerse presente por lo que bajé un poco la ventanilla del auto, una brisa de aire pegó contra mi rostro. Aire, libertad.

—Era Andrew ¿no? Tu amigo, el que frecuentaba el bar…

—Si. —Le dirigí una mirada incriminatoria—. Era él. Estaba bastante pasado de copas, lo llevé a su casa. Aunque a Audrey no le pareció muy buena idea, se molestó sí, no hay duda.

—Vaya, entonces no fuiste con ella a su casa. —En realidad quiso decir más con eso—. Andrew, Andrew tiene cuñada ¿no es así? —Aquel tono en él solicitaba una respuesta inmediata.

—Maldición Nolan, ¿qué insinúas?

Había dado en el clavo y por más que tratara de ocultarlo no podía. Él era demasiado bueno en esos temas como yo en los asesinatos.

—Vamos Caden, no me digas que te tiraste a la prometida de su hermano.

Llevé mi mano derecha a la frente, cubriendo mi cara o por lo menos parte de ella. Aparte la vista de aquel niñato. Bastante daño ya me hacían sus chanzas; que de no ser por su divergencia ante mí código, ya habría acabado con él en una de sus tantas noches de jarana.

Estábamos llegando a la que parecía ser una reserva forestal, en el camino se podía observar a los autos de la policía y a uno que otro especialista. Las cintas de no pasar no se hicieron esperar, aparecieron luego de un par de metros, al parecer se trataba de algo grande. Bastante dramático. Todo el personal tenía el mismo aspecto que la última vez en aquella habitación, sus caras reflejaban un gran caso, la continuación de un gran trabajo, expectantes a buenos resultados, a buenas pistas para atar los cabos sueltos. Se esperaba lo mejor.

Un par de encargados nos dieron paso tras mostrar las placas, Nolan se mostraba más valiente que la última vez. Quizás se estaba acostumbrando.

—Hasta aquí llegamos —dijo aparcando el auto, hacia arriba ya no había acceso, los demás habían colocado sus carpas y una que

otra herramienta de trabajo—. A caminar —pronunció dándome un golpe en la espalda justo antes de abandonar el vehículo.

Salí después de él.

Parecía ser algo más gordo. La adrenalina se apoderaba de mí, el latir de mi corazón se aceleraba y la sangre fluía de una manera inimaginable.

—Llévalo bien, solo espero que el prometido no te encuentre —soltó sin más. No supe si lo decía en serio o en broma. Pero decidí no contestar. Aunque podía tener razón.

El camino parecía no terminar y justo cuando estaba por perder las esperanzas afloró un sendero frente a nosotros en el que se podía apreciar un rio de sangre. Cierto olor ya bastante conocido llegó a mis fosas nasales. Entre cada pasó se podía percibir más penetrante.

—Tuvo lugar en la noche o por lo menos hace dos días… de nuevo una llamada anónima esta mañana. No se descarta que sea el asesino. El lugar está bastante alejado como para que alguien pudiera percatarse de esto. Incluso es un área protegida, nadie puede ingresar más que el guardabosques… pero ya sabes, los asesinos se las arreglan para pasar desapercibidos incluso podría estar aquí —bromeó—. Se ha programado un interrogatorio para el encargado de vigilancia.

Algo en el lugar me recordaba a lo que hacía con los trofeos que me quedaba antes de obtener y cambiarlo por uno nuevo. Algo similar a lo que Adryen había pensado y comenzaba a imaginarlo, comenzaba a esperar lo peor de todo esto.

—Está ahí, pasando la colina.

Elevé la vista, mareándome por un par de segundos. Cerré los ojos ante lo que tenía frente a mí, los pies habían dejado de responder, me quedé estupefacto. Mi sistema nervioso había dejado de funcionar, el aire me faltaba. El estómago me había dado un vuelco tremendo y no aguanté más, caí de rodillas, volví el estómago en lo que pareció ser un patético encuentro. Coloqué las manos sobre la tierra y sin poder contenerme continué en aquella dramática escena.

—¡Caden! ¿Estás bien? —dijo Nolan y otros más que acudieron a mí salvación. Parecía estar muriendo y literalmente lo estaba haciendo.

Tenía frente a mí un frondoso y magno árbol, situado en el centro del lugar, rodeado a ciertos metros por una cinta amarilla, el olor era nauseabundo pero lo que más me había afectado era aquello que contenía; llenó de sangre o por lo menos gran parte de ella. Del tronco no quedaba nada de lo que algún día había llegado

a ser, bañado en un rojo oscuro escurriendo por todo el sendero. De las hojas caían pequeñas gotas de sangre como si fuera rocío sobre ellas. Pero lo más escalofriante eran aquellos malditos frascos de cristal colgados sobre las ramas, más de sesenta frascos con un corazón dentro de cada uno, todos ellos plastinados para poder conservar los tejidos; bombeados de formalina en su interior, un baño disolvente, una solución polimérica, impregnación al vacío, el endurecimiento… horas de trabajo, todo ahora al descubierto.

¡Mis victimas exhibidas sobre un frondoso árbol en medio de una jodida reserva!

—Maldito imbécil —susurré tan solo para mí.

Podía ser digno de un artista como él, pero eso lo había realizado yo. Años en esto, acabando con cada uno de ellos, con cada persona que encajaba en mi código, ahora en manos de la policía. Exhibidos como trofeos ante la sociedad. Un secreto más revelado.

—Deberías tomarte un respiro —dijo Derek acercándose y ayudándome a reincorporar, me guio de vuelta—. Hostias, que ha sido una puta sorpresa ¿no? Esta como para mearse. Que capullo este tío, menudo asesino nos venimos a encontrar. Es que hay que estar descerebrado como para matar a tanta gente y bastante enfermo como para conservar una parte de ellos…

—Calla por favor. Déjame solo. —Me solté de su agarre con algo de odio.

No estaba hablando mal de aquel tipo, hablaba de mí. De mis noches en vela, de mis paseos nocturnos y de la dedicación a algo que formaba tan parte de mí como el aire que respiraba, ahora muy nauseabundo.

—Hay que estar bastante jodido como para hacer de esta escena una maldita obra de arte y encima de todo mostrarlo a la gente alardeando de algo tan ruin.

—Te ha afectado bastante Caden, no te dejes llevar por la furia de lo que aquí observas. Daremos con él, te lo aseguro —mencionó dándome una palmada en el hombro intentando apaciguar mi alma —. Anda, toma esto. —Me extendió una pastilla de menta ante lo que había ocurrido allí arriba. La tomé sin ganas pero a pesar de ello la ingerí, por lo menos el mal sabor de boca se iría por un momento.

El tiempo parecía carecer de significado estando a la espera de lo que pudieran llegar hallar entre tantas víctimas. No lo negaría, sería difícil para nosotros o para ellos analizar cada una de las evidencias. Aunque había muchas cosas comprometedoras.

El dolor de cabeza era cada vez más intenso y lo atribuía a lo que había acontecido en aquel lugar. Había abandonado la escena luego de la pesadez que sentía sobre mi cuerpo y aquella sensación de duda sobre lo que estaría a punto de ocurrir, me enfermaba tener que encontrarme en una situación como esta, tratando de dar con el asesino cuando lo tenían una vez más frente a ellos. Nolan tenía razón, el asesino se encontraba en el mismo lugar. Aunque no lo sospechaban en lo más mínimo.

Me fueron entregadas un par de fotografías tomadas aquella mañana, observaba cada una de ellas cuando me encontré con la misma frase que había empleado en una de sus obras: “Todos te verán y juzgarán desde el corazón”. Eso era a lo que se refería, lo había planeado desde aquel entonces y yo había sido un idiota por no haberlo anticipado.

Además había fotografías de tres frascos con corazones frescos sin el proceso que llevaba el resto de las víctimas. No podrían ser mías, ni de Adryen, no que yo supiera así que me puse en contacto con él. Cerré mi oficina y presioné aquel botón de llamada.

—No lo has hecho a mis espaldas ¿cierto? —Hablé mirando aquellas imágenes.

—Caden, qué es eso que hay en la televisión —respondió con otra pregunta ignorando mi cuestión. Se creía listo, pero conmigo no se jugaba.

—Hablo enserio, Adryen. Contesta joder.

—No, no, no. Por supuesto que no… No lo haría…

—¡Adryen! —Necesitaba creerle y aquel trastabillar me hacía dudar—. Necesito oírte ¿lo hiciste o no?

—Que no, que va. No he sido yo, imbécil —soltó con furia—. Y por lo que están pasando en televisión tuvo lugar cuando estaba contigo en aquel suburbio ¿cómo podría haberlo hecho yo? —Ahora su habla era firme. Se defendía a capa y espada reluciendo con aquella refutación además tenía razón, estaba con él, estábamos juntos y el asesino también así que el único que quedaba era Alexander.

Todo aquel embrollo llevaría un par de días.

Debía saber quiénes eran las otras víctimas y dar con Alexander y su hermano de una vez por todas. El tiempo se acababa, tenía razón, me lo había advertido con aquella llamada.

Me había despistado al fingir ingresar a la casa de la chica para guiarme nuevamente hacia ella. Había jugado a su favor al permitirme estar cerca de Alizee, aprovechando el tiempo para poder concluir con la obra.



Un paso adelante, eso era lo que había estado siempre de mí.

Capítulo 29

—Tenemos algo —fanfarroneó Nolan asomándose por el rabillo de la puerta de mi oficina.

Sin pensarlo dos veces caminé yendo tras él, rumbo a la sala de reuniones, todos estaban ahí, con cara de buenas expectativas, con un posible hilo del cual tirar para resolver el crimen y tener a alguien tras las rejas. Pruebas, eso era lo que faltaba. En los noticieros había mucho que decir, una que otra mentira y noticias amarillistas, lo suficiente como para que la gente lo creyera todo; pero del otro lado de la moneda estaban los periodistas que peleaban para poder obtener la noticia perfecta, aquella que contaba la verdad. Dispuestos a asfixiar a quien fuera con tal de obtener lo que buscaban.

Mis compañeros escuchaban con atención la nueva noticia, una fotografía más era colocada sobre la pizarra que conectaba los hechos.

En el centro de la pancarta había un signo de interrogación perteneciente a la cara del Artista Sangriento, que hasta ahora solo yo conocía. A un lado, el espacio del caza empresarios. Otro individuo que también conocía.

Para el resto de mi equipo era urgente y de suma importancia darles cara a ese par de asesinos.

Bajo aquellos llamativos signos de interrogación se encontraban las escenas del crimen, imágenes de todos aquellos asesinatos, desde los empresarios y el chico del puente, hasta las obras sangrientas.

Todas unidas en líneas rojas reflejando la relación entre cada una de ellas. Bastante avance ya se tenía debido a un buen trabajo entre colegas, aunque faltaba mucho por descubrir.

—Los análisis de sangre de los recipientes diferentes al resto han sido examinados a la brevedad, y se ha encontrado relación. Efectivamente, están relacionados con el caza empresarios —explicó la que estaba al mando señalando con decisión el lugar perteneciente a Alexander—. Se trata de tres empresarios desaparecidos hace veinticuatro horas, uno de ellos fue reportado esta mañana. Además se ha encontrado relación bastante comprometedora con la investigación, es tal vez, la mejor oportunidad que tenemos para comenzar a escarbar.

La jefa al mando tomó una imagen más y la mostró a los presentes.

—Es el orfanato "Ángeles de la Tierra".

Vaya nombre, pensé. Se trataba de un lugar ahora abandonado, hacia algunos años que había cerrado a causa del desinterés por adoptar en esa zona y por las malas condiciones en la que se encontraban las instalaciones. Los fundadores habían muerto, nada se podía hacer después de eso. Aunque los datos habían sido transferidos a los sistemas de un orfanato localizado en la ciudad vecina. Para ello había que solicitar los datos.

—Los tres hombres asistieron a aquel lugar, fueron adoptados a temprana edad, uno después del otro. Tuvieron suerte… —Pareció flaquear—. Esto nos ha permitido retomar el caso anterior para corroborar o descartar el hecho de que los otros empresarios hayan estado en el mismo lugar que ellos —prosiguió recobrando la compostura—. Algunos de ustedes, acudirán de inmediato al lugar con la esperanza de poder encontrar algo. —Ella me miró a los ojos —. El agente Caden, y su equipo, serán los encargados de asistir al sitio. Los demás a seguir con lo que ya tenemos, que el tiempo es valioso.

Dicho esto todos salieron a paso acelerado, poniéndose en marcha sin desperdiciar un segundo más. Nolan golpeó mi hombro.

—Vamos —dijo sin ganas de querer perderse nada.

Llegamos a aquel lugar, un sitio que no había vuelto a visitar desde hacía tiempo, de eso ya había pasado bastante y volver mis pies hacia allá me traía oscuros recuerdos.

La fachada estaba deteriorada hasta tal punto de caer, debíamos ser cuidadosos o de lo contrario la investigación no serviría de mucho. Era un lugar enorme, un área de juegos bastante amplia, aunque ahora daba para un filme de terror, con los juegos oxidados y rechinando apenas con un liviano movimiento sobre ellos. Un ligero flash sobre mi mente se apoderó de mí tras posar la vista sobre aquellos juegos. Me vi en aquel lugar, con tal vez 16 o 17 años, un par de chicos tras de mí, dándome una paliza, y la sangre derramando por mi cabeza hasta quedar inconsciente. Aunque la idea muy pronto se desintegró, no sería posible. Lo recordaría.

—¿Estas bien? Vamos. —Me animó Nolan tras percatarse de mi parsimonia.

Ingresamos al recinto, pero la poca iluminación de la que disponíamos nos dificultaba centrarnos en algo, el atardecer estaba por terminar y eso lo empeoraba aún más.

Debíamos apresurarnos para rescatar lo fundamental antes del anochecer.

Caminamos hacia lo que en algún momento llegó a ser la sala de

espera y al fondo, la oficina del director. Nos enfocamos en buscar documentos o cualquier cosa emblemática que nos permitiera tener por lo menos un registro de los niños que habían habitado en aquel lugar. A decir verdad, pedíamos mucho, pero la esperanza de mi equipo no se dejaba doblegar, estábamos convencidos de que obtendríamos algo significativo.

—Lo tengo, chicos aquí… —habló Suarez con una caja de cintas sobre las manos, todas similares a la que me habían presentado aquella noche en la casa abandonada. Cada una de ellas marcada con apellidos en tinta azul, tal vez pertenecientes a niños que eran familia.

Bastante por ver y poco que encontrar.

—Aquí —gritó Nolan, quien había encontrado un viejo álbum ya bastante empolvado. Me acerqué a él, soplando sobre la cubierta para tener mejor visión. Hecho ante el cual, no pudo evitar toser. El sonido sobresalto a todos—. Vamos, tío. —Sonó molesto.

Hojeé cuidadosamente luego de haberle arrebatado el documento en aquel momento de desconcierto. Bastantes fotografías de niños con diferentes edades, la mayoría en grupos, aunque con algunos espacios vacíos. Aquel imbécil se los había llevado. No me sorprendía, había estado allí un par de días atrás, sería un estúpido si no lo hubiera hecho.

Salimos de ahí sin otra cosa más, el resto carecía de importancia.

Las evidencias fueron llevadas a la estación y yo volví a mi casa. Estaba cansado de ir y venir sin ninguna dirección correcta, sin obtener nada a mi favor. Tal parecía que mi fin estaba a punto de llegar.

Cuando volví a casa, al filo de la noche, me sorprendí al encontrarla aún ahí. Estaba en la cocina preparando la cena, parada frente a la estufa, moviendo con la cuchara lo que al parecer sería un majar. Mientras tanto canturreaba una canción, melodía que de nada conocía pero verla con aquel tempo despertaba mis más primitivos sentidos. Una exquisitez ante mis ojos.

—Caden —soltó sobresaltada—. No sabía que tu… vaya vergüenza. Lo siento. —Se disculpó con las manos sobre la cara pero no pude hacer más que reír.

—No hay problema, no sabes lo que bien que me ha hecho verte tan despampanante…

—¿Tan mal fue tu día? —preguntó acercándose a mí luego de apagar la flama.

—Bastante —afirmé—. Ni lo imaginas, y encima, un dolor de cabeza que no me ha abandonado desde la mañana.

—Vaya lio. Lo he visto en la tv. Es un notición… aunque sé que se resolverá. ¿No es así? —afirmé dejándola acercarse a mí, necesitaba una distracción, requería liberar energía que justo en ese momento me era difícil sacar de otro modo más que con sexo.

La guie hacia mí, dejándome llevar por las curvas de sus caderas y el timbre de su voz; aquel tacto que me hacía estremecer y el aroma de su piel que se apoderaba hasta de lo más profundo de mí.

—Para aquel dolor de cabeza, tengo remedio —soltó dejándose llevar por mi tacto, hasta colocar sus labios sobre los míos, los lamió y luego me besó con tal frenesí que no pude resistir. Ella podía más que yo.

Sin pensarlo demasiado nos balanceamos de paso en paso hasta la habitación, aunque no llegamos como se tenía planeado pues una sombra a través de mi ventada corrió hacia mi auto rompiendo la ventanilla de la derecha. El acto activó la alarma del carro y nos impidió continuar.

Alizee se apartó de mí con cierto temor. Y yo sin pensarlo, salí a ver de qué se trataba.

Nadie estaba por el lugar, había huido al instante pero ahora, una nota reposaba sobre el asiento cercano a la ventanilla rota.

«Estás acabado.»

Había sido Alexander, no cabía duda.

Había reaccionado en un acto de furia tras percatarse de la posible atracción de su prometida hacia mí.

Irrumpió en mi hogar y sin muchas posibilidades de poder ingresar con ella en casa, no encontró otro modo más que el de

romper el cristal.

Comprendí entonces que Alizee no podía seguir en mi casa, corría peligro.

Capítulo 30

El proceso que se había seguido con el corazón de cada una de las victimas era algo tan peculiar y muy poco visto en asesinos seriales… En realidad, nunca antes visto. Se trataba de un modo tan particular del que ahora, el Artista Sangriento, se había apropiado. Y en un mundo tan expectante, muy pronto se ganó el aprecio de tantos fanáticos; aunque eso no fuera lo que en realidad hubiera pretendido.

Actualmente gozaba de la simpatía del pueblo. Aquellos indoctos feligreses iban tras él, ajenos hacia la verdadera intención de sus acciones, aquellas que iban dirigidas hacia mí. Ignoraban por completo que solo se había encargado de armar la escena, de darle aquel efecto artístico y que detrás de todo eso, había otra historia que contar.

No obstante, todas las victimas lo merecían, y en mi intento por comprender las sensaciones humanas habíamos llegado hasta el punto en el que nos encontramos ahora.

Me resultaba algo extraño llegar a tener aquella sensación de alerta, misma que se apoderaba de mí cada vez que pretendía ingresar a la zona destinada a las investigaciones; me estremecía ver a cada una de mis víctimas colocadas en manos de la policía. Siendo analizadas y sumamente observadas en cada momento del día. Me fastidiaba que ahora estuvieran al descubierto y a la mira de tantos.

A la mañana siguiente los noticieros difundieron como pan caliente la información respecto a todos ellos, mostrándolo como el típico héroe de la comunidad: «Ha surgido a la luz información que demuestra que cada una de las víctimas tenía antecedentes criminales.» Todos ellos bastante enfermizos. «Nos encontramos ante la presencia de un "héroe" sumamente particular.» Estaba en todos los canales. «La mayoría de las víctimas fueron liberadas como prueba clara de los fallos en el sistema.» Todos alardeaban. «Criminales que de otra manera hubieran seguido rondando por las calles.» Y ningún noticiero se quedaba atrás. «¿Es acaso esto suficiente como para dejar de buscarle? ¿Es suficiente para quedar impune ante tantos asesinatos? ¿Podría el Estado perdonar los fallos?»

Al llegar a la estación me dirigí hacia la sala de reuniones, aquella en donde estaba colocada la información obtenida. Había ciertos cambios, finalmente nos había sido proporcionada

información con respecto a los niños que habían ingresado a aquel orfanato. Toda ella perteneciente a la base de datos del actual hospicio. Aunque de los niños que en aquel entonces habitaban en el lugar, ya no quedaban muchos, y los únicos sospechosos eran los faltantes en el álbum y en las cintas, según los datos en la base de registros.

Me sorprendió ver la relación de una persona más. La foto de Richard estaba colocada en el centro, apenas visible. En blanco y negro, y en baja calidad. A su lado, una nota que decía:

¿Quién es Richard?

Parte de su ADN se había encontrado en la escena del crimen de la reserva forestal y su pronta relación con el caso me había asombrado. La cinta de Richi no se había encontrado, pero luego de un par de horas examinando las *super 8*, su rostro fue descubierto en una escena algo borrosa, aquella en donde aparecía con dos chicos mayores a su lado, apareciendo en segundo plano detrás de los dueños de la verdadera cinta. Aquella visualización me recordó a la que me había sido presentada en la casa abandonada y de la cual ya no quedaba rastro alguno.

Asimismo los tres chicos volvían a aparecer en una de las fotografías, algo tenues, al fondo de una imagen en la que un par de jóvenes habían sido capturados. La policía trataba de dar con ellos aunque resultaba un tanto imposible por la poca resolución de la imagen y por la temprana edad que tenían, habría que simular su crecimiento para encajarles con la actualidad.

Con los datos proporcionados por el orfanato aledaño, se logró identificar el nombre de aquellos tres chicos. Richard, Franco y Alessandro.

Eran los hermanos Madsen, de los cuales uno se encontraba muerto, aunado a ello, en aquel registro se le había dejado de dar seguimiento luego de la mayoría de edad. Momento en el que abandonó el recinto, así redactado por las autoridades en aquel entonces. Lo que no supieron, fue que en aquel momento había dejado de existir tal y como se le conocía. Ahogado sobre una piscina de sangre.

De Franco, se averiguó que tras haber sido adoptado por una familia de clase media, su nombre había pasado a cambiar. Ahora era conocido como: Alexander Masen Levesque. Acogido por padres, que años después de haber gozado de aquel sueño familiar, murieron en un funesto accidente automovilístico —asimismo aquella pareja, tenía un hijo de sangre que había pasado a ser el hermano menor de Franco y del que aún se esperaban sus datos—,

para ese entonces sus hijos ya eran mayores de edad por lo que él, no volvió al orfanato.

Y finalmente, estaba Alessandro Madsen; el Artista Sangriento, del que por fin tenía el verdadero nombre. De él no se encontró nada, no fue adoptado; el registro paró cuando cumplió la mayoría de edad. En el sistema no se encontró información relevante, nada, sin rastro de él. Tal parecía que estuviera muerto.

—Bastante avance, ¿no? —dijo Nolan detrás de mí.

—Parece que alguien no descansó —pronuncié admirando tanta información.

—Debe ser el reto que ha implicado tanto asunto.

Nos encontrábamos conversando sobre las buenas nuevas del caso cuando a la sala entró la encargada, con aires de grandeza y con lo que al parecer determinaría el final de la investigación. Detrás de ella, un par de oficiales más tomaron asiento, sus facciones reflejaban entusiasmo, estaban motivados y después de lo que a continuación iba a ser tratado, las cosas cambiarían.

—Siéntense todos. Lo tenemos —pronunció con exaltación.

La miré tratando de descifrar lo que diría, temiendo por mi vida y por lo que llegara a pasar posteriormente. No había pista que me relacionara con eso, aunque mientras el caso se mantuviera en pie, no podía descansar. Había que cubrir los registros y ocultar los cabos sueltos.

No tardarían en investigar sobre el lugar o el modo en el que los corazones habían sido plastinados.

—Solo dos cosas —comenzó con su informe—, hemos dado con el punto de reunión de los tres empresarios asesinados; para ello, un grupo de investigadores se dirigirán hacia allá, y el resto, asistirá en la búsqueda de Alexader Masen Levesque para su interrogatorio. Creemos que su testimonio será fundamental en la investigación. —El hecho me sorprendió, lo tenían—. Los datos de su hermano llegaron hace unos minutos, se trata de Andrew Masen…

—Joder tío —soltó Nolan en un susurro—. Es tu amigo, el tipo del bar. —Le hice una seña para que se callara—. La chica, la prometida de ese bastardo… joder. Con la que te has enrollado.

—Solo se le interrogará, no es que él sea el asesino. —Intenté calmar los nervios de Nolan, creía que Alexander sería un problema para mí por haberme metido con su prometida, aunque, eso no era lo que realmente me preocupaba.

No cabía de la impresión pero él tenía razón. Alizee era tan solo una mala víctima de tantos misterios. Sin duda, la que sufriría las consecuencias. No hice más que dejarme caer contra la silla. Un

dolor punzante en la parte baja de la cabeza volvió a presentarse. Cerré los ojos por un par de instantes hasta que cesó.

Mi equipo fue designado a la asistencia al último punto de reunión de los empresarios.

Se esperaba poder encontrar alguna pista sobre su agresor y su relación con la escena de la reserva. Que esto nos comenzaba a quedar muy grande, aunque el ímpetu de los investigadores y las buenas esperanzas del equipo eran lo que mantenían vivo el caso.

Se trataba de una mansión poco conocida por los familiares de la víctima; se había dado con ella a través de una factura localizada en los archivos del portátil de uno de ellos. Convirtiéndose así, en el principal lugar sospechoso. El sitio estaba algo alejado de las inmediaciones de la ciudad, lo cual lo hacia el lugar perfecto para cometer un crimen.

A primera vista se observaba un jardín atiborrado de frondosos arbustos y una que otra escultura; una fuente al centro y una adoquinada calzada que llevaba directo a la puerta principal de la residencia. La fachada de la casa daba la impresión del típico lugar de negocios, aunque también reflejaba el buen estatus con el que contaba el propietario. La casa estaba diseñada en un estilo barroco, con dos escalinatas a los extremos de la fachada principal, al centro un par de rosales y pequeños arbustos por lo bajo. El edificio tenía amplias ventanas a los costados y una puerta de fácil acceso al lugar.

—Vaya —chifló Nolan—, que pinta tiene. Ni ahorrando lo que ganó en un año me alcanzaría para mantener un lugar como este.

—Piensa que en este lugar se cometió un asesinato… no necesitas un sitio así —respondí sin apartar la vista del edificio. Y con paso firme me animé a adentrarme a lo que sería el inicio de una buena investigación. Subí las escaleras con Nolan y otros oficiales tras de mí. Miré a través de las ventanillas intentando percatarme de algo o tal vez recreando los movimientos del criminal.

Abrí la puerta sin dificultad, tan solo giré el picaporte y ahí estaba. La casa se encontraba abierta, lo que indicaba que el asesino la había dejado así o que además de nosotros alguien más se encontraba en el sitio.

Indiqué entonces al resto de mi equipo que asegurara la casa, cualquier punto sin vigilancia podía ser crucial en este momento. Con pistola en mano, algunos se dirigieron a la parte trasera del lugar, otros más rodearon la residencia y el resto ingresamos. Nolan siguió hacia mi derecha, Derek hacia la izquierda, Suarez al centro, y yo subí al segundo piso eligiendo las escalinatas de la derecha. El

lugar estaba bastante silencioso, me resultaba difícil creer que el asesino siguiera allí pero no podía descartar nada hasta no haber inspeccionado el lugar entero.

Proseguí a través del corredor hacia cada una las habitaciones del segundo piso, abriendo con cautela las puertas y esperando lo peor en cada una de ellas. Se trataba de una casa enorme, con mucho por inspeccionar, bastantes habitaciones, baños y salones… pero no había nada. Nada hasta oír la voz de Derek en el piso de abajo.

Se trataba de una suntuosa sala de reuniones con una especie de balcón interior, por lo que de los pilares colgaban los cuerpos de tres individuos. La escena me horrorizó, aquel cretino había simulado mi técnica.

—Jo…der —soltó Nolan. El olor era nauseabundo.

—Es una atrocidad —escupió Derek sin llegar a creer lo que estaba viendo.

—Hay que ser un imbécil —exclamó Suarez llevándose la mano a la nariz.

Y todos tenían razón. Vaya que sí.

Los cuerpos habían quedado expuesto con un orificio en el pecho, justo en el corazón, les habían dejado desangrar y morir brutalmente. Sus manos habían sido atadas de modo que les permitiera mantenerse sobre el pilar, como tal crucifixión para la redención. Con las cabezas gachas, el pelo atiborrado de fijador y la relojería sobre las muñecas no cabía duda de que se trataba de los empresarios.

Del asesino no había rastro, pero sobre la mesa se encontraban un par documentos reflejo de una posible fusión empresarial que no se había logrado concretar, además de un DVD. Todo ello fue llevado a las oficinas a fin de ser analizados.

Capítulo 31

Teníamos algo que nos había hecho mantener el ánimo. Si, se trataba del contenido de aquel DVD, por lo que cualquier cosa que pudiera llegar a contener sería excelente para el caso y sin duda, un parteaguas en cualquier sentido. Íbamos camino hacia la estación cuando recibí un mensaje de un número desconocido. Lo abrí apenas pude, algo desconcertado y sin bastantes ánimos. El atardecer estaba llegando a su fin, yo como copiloto y Nolan al frente de los autos que nos acompañaban.

El camino estaba despejado, más relajado y algo rápido. Demasiado silencio fue lo que me delató ante mi compañero. Había leído y releído un par de veces aquel texto que comenzaba a aturdirme.

«¿El chico o la chica?»

Se podía leer sobre la pantalla un mensaje simple, sin rodeos, llenó de animadversión. Demasiado simple de entender y difícil de elegir.

Enseguida un mensaje más apareció por encima del primero, dejándolo ahora en segundo plano. Esta vez se trataba de un video, sobre la pantalla se mostraba una imagen congelada de Adryen, atado y con los ojos vendados, recargado sobre un pilar. Me quedé helado al no poder reproducir el video debido a la cercanía de Nolan.

—Pareciera que has visto a un fantasma —mencionó apenas vio mi reacción.

Y algo así había pasado, no es que se tratara de un fantasma sin embargo sí que se asemejaba, era un monstruo. Elegir entre él o ella me hacía querer salir corriendo, tomar el volante y buscarle a como diera lugar. Pero no sería así de fácil. En mi mente buscaba la mejor manera de salir de allí sin el mínimo interrogatorio.

Recreaba una y otra escena posible antes de saber qué contestar. Antes de tomar una decisión.

—Sí, algo así… Es Audrey, quiere verme —mentí.

Él pareció relajarse y con media sonrisa aunque con la vista aún sobre la carretera mostró su comprensión hacia mi persona.

—Solo no le digas lo de la otra chica —dijo al tiempo que giraba la última esquina antes de llegar al lugar—. Será difícil para ella si se lo dices, y no es que este bien pero es lo que se debe hacer si en realidad quieres mantener la relación… —Estaba dando la típica

charla del amigo preocupado por el bienestar del otro.

—Seguro, lo tendré en cuenta —pronuncié algo ajeno a la charla.

Al cabo de unos segundos aparcó el auto y dejándome partir sin ninguna otra pregunta me dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes por esto —señaló los archivos encontrados—, te mantendré al tanto. Ve a por ella y no lo arruines más.

Le vi ingresar al sitio junto con el resto del equipo. Con aire triunfal se presentaron ante los demás, alardeando como tal jugador de fútbol luego de haber metido el gol de la victoria; mostrándose como los súper héroes del momento. Con paso firme y decidido se perdieron a través de la puerta principal. Me quedé solo, con el móvil en mano y un mensaje más.

«Apresúrate.»

Sin perder tiempo caminé hacia mi auto, abrí la puerta e ingresé. Apenas estuve dentro le puse *play* al video. Adryen se mostraba vulnerable, con un par de heridas sobre el torso y con un habla apenas audible—: Olvídate de mí, ve por la chica.

Encendí el auto y me puse en marcha, no sabía hacia dónde así que luego de un par de kilómetros decidí llamarla. No perdía nada y pese a no haber recibido algún video de ella me resultaba difícil llegar a creer que él la tuviera.

El tono de la llamada saliente timbró tres veces y luego lo cogió.

—¿Si? —Escuché su voz al otro lado de la línea, aquel tono ya tan familiar.

—Alizee, soy Caden —pronuncié con la boca seca—. ¿Dónde estás? —Fui directo al grano, no servía de nada tanta paja y demasiado formalismo.

—En casa de Andrew, como lo pediste… ¿pasa algo? —No quiso quedarse con la duda. La sorpresa de mi llamada le había desconcertado y el preguntar por el lugar en el que se encontraba le había alarmado.

Ahora solo quedaba tranquilizarla y hacerle ver que esto no tenía razón alguna de preocupación.

—No para nada, quería asegurarme de saber a dónde acudir para llevar la cena.

La idea pareció encantarle y lo habría hecho de no ser porque tenía cosas más importantes que hacer.

Conducía hacia la casa de Alexander mientras pensaba en que no fuera demasiado tarde. Aparqué en el lugar de siempre y me dirigí hacia el recinto pero no se observaba movimiento alguno, lo cual me hizo sospechar que allí no se encontraba.

Y tenía razón, no estaría ahí, no era un imbécil.

Me había estado llevado de un lugar a otro desde el primer momento en el que le había conocido como para decidir estar el aquel sitio.

Piensa Caden, en dónde estaría.

¿En dónde se había estado escondiendo desde su regreso a la ciudad?

Con Alizee no se encontraba, con Andrew no habría ido, ni loco podría esconderlo; no estaría con su hermano…

Mi mente recreaba un sinfín de lugares posibles en los cuales podría llegar a estar hasta que por fin, logré dar con la idea…. En casa de sus padres. ¡Sus padres adoptivos!

Corrí hacia el auto y volví a hacer una llamada. Esta vez para Andrew.

—Te sonará raro, pero ¿cuál es la dirección de la casa de tus padres? —dije apenas tomó la llamada—. Si puede que sí… Andrew, puedo detenerlo… Tal vez este ahí…

Al final accedió, sabía que Alexander había vuelto y mi llamada le había advertido que justo en ese momento podría estar a punto de asesinar a alguien. Sin duda se trataba de algo que jamás se perdonaría si no llegara a darme lo que le pedía. Fue esta tal vez, la razón por la que decidió darme la dirección, no me quedaba muy lejos así que pise el acelerador y puse en marcha el motor.

El chico no sería tan valiente como para presentarse en la casa y mucho menos como para hablar con la policía, le aterraba ser acusado de cómplice y sobre todo la idea de ser encarcelado. No, por supuesto que no diría nada, ni siquiera a Alizee o por lo menos eso fue lo que pensé.

A escasos minutos de llegar, recibí un mensaje y miles más tras el último.

Uno pertenecía a un número desconocido. Contenía un video de mayor duración que el anterior. La descarga se había visto ralentizada debido a la gran cantidad de información que contenía, de tal modo que logró cargar un par de segundos después que aquel que Alexander me había enviado.

En aquel segundo video se observaba a los tres empresarios, se podía ver la clara escena de cómo habían sido asesinados y despojados de aquella vida llena de lujos que llevaban.

Una escena aterradora protagonizada por nada más y nada menos que por el mismísimo Alexander. El perfil era claro y para todos aquellos que llegaran a tener duda, en una toma más se le vislumbró el rostro por completo. No me quedó duda alguna de que

se trataba del contenido de aquel DVD que habíamos encontrado en la mansión.

De haber estado en la estación junto al resto del equipo habría sido yo el único que habría podido terminar de ver el filme, pero no lo hice y no lo haría, dudaba siquiera que alguno de ellos hubiera logrado verlo de principio a fin. No tenían las agallas, era bastante para ellos.

Comprendí entonces que aquel video lo había enviado Alessandro. Estaba entregando a su hermano. ¿Por qué?

La policía había estado contactando conmigo.

Al parecer tenían algo en mi contra y Nolan me lo había hecho saber, sus incesantes llamadas perdidas y los mensajes de texto daban cuenta de ello.

«¡¿Qué Diablos está pasando Caden?!»

Pude leer en uno de sus tantos mensajes.

Sin más demora y omitiendo aquellas llamadas me adentré al lugar.

El sitio estaba a oscuras, tal pareciera que me hubiera equivocado una vez más. La casa estaba descuidada y algo abandonada. Con muebles, cobijas y alimento en medio de la que podría haber sido la sala se podía observar una escena algo improvisada. Se trataba del lugar en el que Levesque había estado viviendo desde su regreso a la ciudad, quizás el lugar en el que lo planeaba todo.

Comenzaba a creer en una equivocación más cuando en el sótano logré percibir algunas voces.

Por el borde de la puerta sobresalía un destello de luz. Así que no había duda de que se encontraban en aquel lugar. Apresuré el paso hacía aquella entrada y forcejeé para poder abrirla.

Frente a mí se encontraban dos personas: Adryen aún atado y Alexander a un costado a punto de asesinarlo.

Al escuchar el estruendoso sonido de la puerta tras abrirse y al verme parado frente a ellos, ambos giraron la mirada.

No podía creer que hubiéramos llegado hasta aquí. La sonrisa de Levesque no se hizo esperar, bajó la guardia y caminó hasta mí mostrándose como lo que en realidad era: Un asesino.

—Vaya, vaya. Pero si ha llegado el súper héroe. —Se burló ante mis narices. Se le notaba bastante enérgico y con ganas de cobrar venganza—. Has tardado demasiado, pero justo a tiempo para el festín. Este chico, no vale la pena —vociferó con media sonrisa.

—No tendrás oportunidad, la policía ha dado contigo.

Una risotada se hizo presente. Esto parecía no importarle. O

sabía que saldría victorioso o no se imaginaba lo que a continuación pasaría con él.

—¡No intentes ser el puto héroe! —gritó perdiendo los cabales —. Todo esto fue tu culpa… —Me señaló con su arma. Se le notaba desesperado y deseoso de cumplir con su objetivo—… Tuya y del imbécil de Alessandro. Que de no haber sido por ustedes habría acabado con todos aquellos que adoptaron en vez de a Richard. —Se acercó a mí sin bajar el arma—. ¡Tú lo asesinaste! Ahora es mi turno, haré lo mismo con este chico. Acabaré contigo y luego iré por Alessandro —sentenció—. Prometió que te apartaría de mi camino… al parecer olvidó que fuiste tú el culpable de la muerte de nuestro hermano.

Le resultaba difícil poder olvidar.

En un rápido movimiento me abalancé contra él, le tomé del cuello hasta conseguir dejarlo inconsciente. No lo hizo fácil, fuimos de un lado a otro tumbando lo que se interponía en nuestro camino y forcejeando entre cada oportunidad como un par de matones llenos de ira.

Golpeó mil veces mi abdomen y un tanto más hacia mi cabeza. No había soltado el arma así que me la clavó despiadadamente cerca de las costillas. Un grito inaudible se produjo en mí pero no fue suficiente como para soltarle. Saqué rápidamente el arma de mi cuerpo y la calvé en segunda vuelta sobre su pecho. Su cuerpo perdió fuerza, se dejó caer, dejó de luchar, saqué el arma y lo clavé una vez directo al corazón, esta vez robándole el último aliento.

La sangré comenzó a esparcirse por el piso creando un charco entre nosotros.

Me levanté con dificultad, intenté acercarme a Adryen pero las fuerzas me faltaron, estaba perdiendo la conciencia. Caí sobre el piso con un líquido espeso saliendo de mi cuerpo hasta unirse con el de Alexander.

Nuestro fin había llegado.

Capítulo 32

Muchas veces escuché a mi padre decir que las cosas no saldrían como yo querría, que tarde o temprano, en algún punto de mi vida alguien me encontraría y acabaría con todo lo que había llegado a ser. Que en el mejor de los casos la policía pasaría de mí pero que terminaría en manos de alguien más como yo. Jamás lo creí, hasta ahora.

Medio dormido, con la cabeza dando vueltas y con el vago recuerdo de algo que llegó a ser mi infancia, alcancé a percibir la presencia de alguien más en el sótano. Sin ganas de querer despertar, volví a mi estado de sopor por lo que pareció haber sido una eternidad.

Para cuando desperté me hallaba en un sitio que no conocía, me costó acostumbrarme al destello de luz pegando contra mis ojos a través de una amplia ventana. Percibí una opresión alrededor de mi abdomen y al dirigir mi vista hacia allá encontré un par de vendas sobre la herida. Ahora lo recordaba, había estado en un encuentro fatídico con Alexander. Aunque no recordé haber huido ni haber liberado a Adryen.

Maldición. Él estaba ahí.

Me encontraba en el hospital, tanta pulcritud me hacía reavivar mi presencia en un lugar como este, algún tiempo atrás. Aunque algo confusa.

Quise estirar los pies tras despojarme de aquel conducto de suero atado a mi mano pero fallé en el intento, me sentí con pocas fuerzas y algo mareado. Cerré los ojos para aminorar el dolor.

—Buenos días. —Se dirigió hacia mí un médico en bata blanca. Alto, moreno y con semblante hogareño—. ¿Cómo está?

Preferí ahorrarme sus palabras.

—¿Puedo irme? —Tenía pendientes y dudas, bastantes dudas.

—Lo siento, me temo que le será imposible. —Intentaba decir más, así que lo miré confuso—. Han pedido vigilancia… Además, debo informar que ha despertado.

—Pero… —El médico emprendía pasó hacia la salida—. Esperé, ¿por qué? ¿Quién me ha traído?

—La policía… —dijo él deteniéndose por un momento—. Su padre llegará pronto y cuando lo haga yo estaré de vuelta. Hay algo que debe saber.

Los ánimos del doctor habían bajado. Salió de la habitación

dejándome con más dudas de las que tenía.

Mi padre, hacía mucho que no lo veía.

Trascurrieron las horas sin que nadie más ingresara al lugar. Esperaba la visita de Nolan o de la policía pero no había nada. Al parecer no les habían informado que había despertado. Mientras tanto, había tenido tiempo de pensar. Lo último que recordaba era que había acabado con Alexander, y que Adryen se había quedado conmigo.

Aquello significaba que yo era sospechoso de haberlo asesinado, me habían encontrado en la escena del crimen, mis huellas estaban ahí, el cadáver estaba junto a mí. La cabeza no paraba de darme vueltas.

—Adelante. —Escuché la misma voz. Era el médico que ingresaba a la habitación seguido de mi padre. Aquel viejo que había olvidado aún tenía energía, pero la mirada de aquella noche jamás desapareció tras verme.

—Papá —pronuncié.

—Caden —dijo acercándose a mí, tomando mi mano por unos segundos, luego tomó asiento.

—Aquí hay algo muy importante. —Comenzó el médico—. No he avisado que has despertado por el respeto que le tengo a tu padre. —Así que se conocían, y al parecer tenían una relación muy estrecha como para pedirle tal favor—. Allá afuera están esperando por respuestas pero lo primero es lo primero. —Tomó un suspiro enorme—…. Hace no mucho que conozco a tu padre y de haberlo hecho antes habríamos podido hacer algo por ti… —dijo con suma aflicción. Algo bastante desconcertante para mí.

—Déjame a mí —dijo mi padre evitándole el habla—. Caden, la policía te tiene. —Aquellas palabras retumbaron en mi cabeza como la peor noticia del mundo—. Han acudido a mí para saber sobre tu relación con el caso. Tienen una fotografía tuya en aquel orfanato.

—Yo mismo he revisado las fotografías, no estaba en ninguna de ellas.

—Estaban en el DVD que encontrasteis en la mansión… —Recordaba aquello, y es que Alessandro no solo había entregado a su hermano, también había hecho lo mismo conmigo—. Les he podido explicar pero quieren interrogarte. No sabes lo que nos ha costado hacer velar por tu salud antes que permitirles hacerlo. Ellos iban tras Alexander, tenían pruebas suficientes como para encerrarlo. El Caza Empresarios ¿no es así? —afirmé—. ¿Por qué no me hablaste sobre ello?

—No tenía caso, podía con ello.

—Claro, pero han dado contigo. ¡Te has desmallado en pleno homicidio!

—Ahí entra la otra cuestión —intervino con astucia el médico—. ¿Jamás tuviste dolores de cabeza? Y no me refiero a los habituales, sino a algo más fuertes de lo normal. —Me miró con recelo, sabía que los tenía así que no pude ocultarlo. Después de todo él era el experto en esto.

—Un par de ellos, sí. Pero ¿a qué viene todo esto?

—Tu padre me ha contado sobre la riña en la que te viste envuelto tiempo atrás…

Giré la vista hacia mi padre, en realidad no podía recordar de qué hablaba. Lo miré buscando, más bien, exigiéndole respuestas. Su semblante había cambiado, ahora estaba más preocupado. Temía por mi integridad e iba más allá del tema de estar tras las rejas, en ese momento, aquello carecía de sentido.

—Si… Cad. Parte de eso es de lo que le he hablado a la policía. Tú y yo solíamos frecuentar el lugar, tu madre era de las de la idea de apoyar a los necesitados y le encantaba ir al orfanato… con aquella alma tan caritativa, por el bien de los demás. Les daba lo que ya no ocupábamos en casa, incluso hasta compraba cosas para ellos —recordó con nostalgia—. En una de tantas ocasiones tomaron fotografías, por supuesto que saldrías en ellas. A ti te llevaba con ella, ustedes solían ir a aquel lugar cuando yo pasaba días enteros, absorto en el trabajo. —Su semblante cambió luego de un suspiro inmenso.

»Pero hubo un día, un día en el que se percató del daño que te hacían los chicos que allí habitaban. Algunos de ellos fueron malvados contigo, llegabas a casa con moretones, eso fue primero, cuando aún eras un chaval —su mirada se nubló, un tanto perdida a decir verdad—. Aquel día, fue la última vez que asistió a aquel lugar. Estabas bañado en sangre y tuvieron que llevarte a urgencias. Hicieron de ti su juguete. Te defendiste pero uno nunca sale vencedor cuando se trata de muchos contra uno, no fue una pelea justa. Quedaste inconsciente y luego ella se fue.

Me miró evaluando mi reacción. Buscaba aprobación para poder continuar y así se la di. Quería saber todo de una vez.

—Los doctores dijeron que no había ido más allá de los golpes y aunque recobraste el sentido al cabo de unos días, jamás lograste recordar aquel suceso.

»Y para serte sincero, lo creí mejor. Jamás volvimos a hablar sobre eso, hasta ahora. —Él y el médico me miraban intrigados. Esto también era nuevo para el doctor, ahora entendía a qué se

refería con haberlo conocido antes—. No creí que fuera a haber daños colaterales. ¿Me entiendes? Eso dijeron ellos.

—Vamos papá, pudiste haberlo imaginado. Tarde o temprano el pasado vuelve a nuestras vidas y nos consume… Es lo que pasó conmigo, lo que está pasando ahora. Todo desde aquel entonces. ¿No lo ves?

—No tenías dolores frecuentes —prosiguió—, no que lo recuerde… aunque puede que… —Su mirada se disipó en algún punto indefinido—. Tal y como lo dices, el pasado haya vuelto. Y si, aquello que dijeron que no era problema… en realidad lo fue y ha ido evolucionado. —Volvió su mirada hacia mí exigiendo perdón—. ¿Lo entiendes Caden? —Me tomó de las mejillas intentando hacer que lo escuchará como si no lo hubiera hecho en todo ese tiempo—. No eres lo que dices ser, jamás lo fuiste. No eres un monstruo, ellos te hicieron uno. Lo que te está pasando fue producto de aquel incidente, no eres malo. —La ilusión se hizo visible en él—. No lo eres. Todo está en tu cabeza. Y hasta que acabemos con esto, podrás salir de aquí.

—Primeramente debemos asegurarnos —intervino el médico luego de haber digerido la información—. Realizaremos una resonancia magnética descartando cualquier tipo de tumor.

La idea me tomó por sorpresa. Un tumor cerebral… ¿Eso acaso podía haberlo desencadenado todo?

Me quedé aturdido, todo lo que había llegado a creer sobre mí en realidad eran mentiras. Todas y cada una de ellas.

—La policía no podrá hablar contigo hasta ese entonces —finalizó mi padre.

—He matado a Alexander. —Le susurré. Y por primera vez en la vida, me pesaba haberle asesinado.

Un sentimiento que jamás había tenido ahora me inundaba. Culpa, eso era lo que pasaba por mi cabeza. Y como una ráfaga de viento volvieron a mí infinidad de imágenes de todos aquellos a los que asesiné sin piedad, a los que les quité la vida sin oportunidad de salvación alguna.

Capítulo 33

Me preparaban para realizar el examen médico.

Intentaba mantenerme tranquilo pero de ser cierto lo que el amigo de mi padre había dicho, cabía la posibilidad de que todas aquellas sensaciones que jamás había poseído ahora aparecían ante mí como clara idea de mi humanidad.

Podría entender por qué Alizee despertaba ciertas emociones en mí…

—¿Listo? —preguntó él.

La sala en la que me encontraba era amplia, con aparatos extraños que solo había visto en televisión.

Bastante pulcro como el resto del lugar, con una luz de lo bastante acogedora. Estaba postrado sobre una especie de camilla, en paños menores, tan solo con una bata azul y bastante ligera. No tenía frío, me aquejaba más el resultado de los análisis.

Por encima de mi cabeza había una especie de túnel, no es que en sí lo fuera pero era la única manera que encontraba para describirlo. Tenía las manos colocadas sobre mi abdomen, intentando centrarme en mi respiración. Eso había dicho el médico.

«Relájate.» Fue lo que pidió y así lo intenté.

Comencé a entrar y cerré los ojos para dejarme inundar por el sopor. Suspiré hondo.

Pasaron un par de segundos o tal vez minutos cuando me encontraba de vuelta. Me dirigieron hacia la misma habitación y no volví a saber del médico hasta un par de horas después. Además quería ver a Alizee, quería decirle todo aquello que había hecho, quería decirle que había asesinado a su prometido, que yo era el causante de probablemente el peor de sus días. Pero no podía hacerlo, no podía verla.

—Caden. —Ingresó el neurocirujano en compañía de mi padre. Ambos tenían cara de pocos amigos o más bien de no muy buenas noticias. Su aspecto era fatal. Me reincorporé apenas pude—. Tenemos buenas y malas noticias —dijo él tras acercarse a la parte frontal de la camilla—. Lo que nos temíamos ha ocurrido, aquel incidente te causó una lesión cerebral. Un coagulo afectó tu corteza prefrontal, aquella que controla tus impulsos emocionales —explicó al percatarse de mi desidia—…. Comenzando a expandirse por tu lóbulo frontal. La zona en la que se generan las emociones. El tumor es operable, siendo benigno, aunque con ciertos riesgos, Ya sabes,

cualquier operación tiene riesgos…

—Háganlo —dije sin rodeos.

—Procederemos a la cirugía. —El cirujano salió para prepararlo todo, dejándonos a mi padre y a mí a solas. No miramos por lo que parecieron ser los segundos más éternos de mi vida.

—Todo irá bien —dijo luego de una pequeña palmada en el hombro. A decir verdad no me importaba si la libraba o no. Que de salir victorioso no tendría otra opción—. No preguntas por la buena noticia —pronunció con una pequeña sonrisa. ¿Qué en el mundo sería buena noticia?—. La cirugía puede ser clara opción para alejarte de todo esto —finalizó.

Recordaba sus palabras, recordaba lo qué había dicho aquella tarde tras salir de la habitación. En realidad se lo había pensado y es que la decisión ya estaba tomada, lo que no sabía era si en verdad quería aceptar la propuesta.

Mi padre me había informado que todos en la estación policíaca ya sabían sobre mi estado; la búsqueda de Alexander había cesado luego de haberlo encontrado muerto en aquel tétrico sótano. Al culpable lo tenían custodiado detrás de la puerta de un hospital y su única opción para interrogarme era saliendo de la operación.

En cuanto a Alessandro, no se tenían datos. Seguía fugitivo. Y de Adryen no había escuchado nada, lo que me llevaba a pensar que había escapado antes de que apareciera la policía.

Y para terminar, había sido Andrew el que había dado llamado a los oficiales, temía por su hermano adoptivo, creyó que podría salvarlo pero no lo logró. Después de todo, sí que había tenido las agallas para delatarle. Fue así como la policía dio con el lugar, habrían tardado más sin aquella información, tal vez habría salido victorioso antes de que dieran conmigo. Aunque a decir verdad, aún no sabían que yo era el culpable de todas aquellas muertes plasmadas sobre el arte de Alessandro. Se lo sospecharían pero no había hilo del cual tirar y aun cuando lo hubiera… yo no estaría más.

Había escuchado que la venganza era un aspecto de entre tantos que desencadenaba la necesidad de cometer un crimen, eso fue lo que ocurrió con Alexander. Le pesaba demasiado pensar que de haber sido adoptado, Richard hubiera podido tener un futuro mejor. Fue aquello lo que le obligó a iniciar la búsqueda de todos aquellos que compartían edad con su hermano. Les hizo hablar y los torturó aprovechándose de aquellos momentos compartidos en el orfanato e inmiscuyéndose con el disfraz de viejo conocido les hizo recordar los días que pasaron juntos, por supuesto que le dejarían entrar. Lo que no sabían era que quería apropiarse de sus vidas. Que para coincidencias, todos ellos habían logrado ser empresarios exitosos.

Veía en ellos lo que su hermano menor jamás logró ser, y le llenaba de rabia. Además el odio acumulado hacía mí fue lo que le hizo cometer bastantes atrocidades. Había pedido ayuda a Alessandro para sacarme de su camino pero no lo hizo, tan solo consiguió despistarme para enfocarme en él.

—¿Listo? —repitió el neurocirujano, como en una especie de déjà vu, solo que en esa ocasión nos encontrábamos en otra sala. Con otras personas, otra luminosidad, otros aparatos y la misma

pulcritud.

Me recostaron sobre aquella camilla bañada en tela azul, un par de pantallas alrededor, con un médico a mi costado y uno más junto a él observando mis pulsaciones. Todos ellos en batas azules, con guantes de látex y mascara quirúrgica.

El instrumento quirúrgico se encontraba a un lado del cirujano sobre una charola de aluminio; el destello de la luz caía sobre ellos sobresaltando el brillo que emanaban

—Procederemos. —Dio aviso al resto de su equipo—. Relájate Caden —pronunció al tiempo que me suministraban una dosis de anestesia con ayuda de una jeringa.

De la misma manera que en la vez anterior, me dejé llevar por el sopor que ahora comenzaba a inundarme.

El neurocirujano tomó el bisturí y se adentró a lo que había llegado a ser mi más oscuro secreto.

Capítulo 34

—No entiendo, ¿Quién ha podido asesinarlo? —Me decía en sollozos. La tenía sobre mi hombro derecho. Me dolía verla sufrir, pero más me dolía saber que era mi culpa, por mí y mi estúpida mierda. Ver el cuerpo inerte de su prometido resultó bastante desgarrador para ella. No estaba preparada para vivir algo así y mucho menos para hacerle frente.

Vernos envueltos en aquella situación me hacía sentir un impulso por contarle todo, sin duda quería hacerlo pero no sabía cómo reaccionaría. Me había dado cuenta de que la amaba y no quería perderla, no quería alejarla de mi vida. Me sentía fatal. Sabía que de alguna manera ella se enteraría, de alguna estúpida manera sabría toda la verdad y estaba seguro de que no me lo perdonaría.

¿Quién se atrevería a perdonar a alguien que asesinó a su prometido?

No obstante, de una cosa estaba seguro. Si no se llegaba a enterar era porque habría elegido apartarme de su lado.

Seguía llorando sobre mis hombros. Eso me hacía sentir como un idiota al no poder ayudarla.

—Se lo merecía pero no debía pagar de esa manera. —Me retumbó en los oídos. ¿A qué se refería? Era algo que no sabía—. Caden… —Captó mi completa atención. La miré intrigado, descifrando lo que a continuación saldría de su boca—. Alexander era un… asesino. —Rompió a llorar de nuevo.

Mierda…

Blasfemé una y otra vez sin articular palabra alguna, no me lo podía creer. Ella lo sabía.

Las palabras me faltaban en casos como estos. Mi mente estaba en otro lado menos con ella. No podía decirle nada, seria cínico de mi parte.

—Me lo dijo Andrew —continuó, quería contárselo a alguien y ese alguien, era yo. Aunque para ser sincero, era el menos indicado para escucharla—. Aquella noche, cuando hablaste conmigo. Él recibió una llamada, su semblante cambió. Llamó a la policía y le pedí que me dijera lo que estaba ocurriendo. Sé que no quería decírmelo, ahora entiendo el por qué. Pero fue lo correcto, debió decírmelo desde hacía tiempo…

Se apoyó más en mí y me abrazó como nunca. Podía sentir su miedo, su dolor. No me atrevía a mirarla a los ojos, lo único que

podía hacer era abrazarla para mantenerla cerca de mí.

—¿Sabes? No podría vivir cerca de un asesino —dejó de sollozar.

Eso me dolió aún más, si ella supiera.

Afortunadamente estábamos en su casa o de lo contrario tendría que preocuparme por cómo llegaría a salvo. Además sabía que en cuanto le dijera que aquello de lo que me acusaban era cierto, yo… no la volvería a ver.

Sin duda esa sería la última noche que estaría a su lado, así que, qué más daba. La noticia de su ex prometido, ahora muerto, le había dolido. Y a pesar de todo, aún la amaba, estaba de más decir que me arrepentía de haber hecho lo hice con él. Me odiaba por no pensar en lo que hacía cuando lo tenía en mis manos pero era él o yo.

—¿Lo amabas a pesar de todo? ¿Lo perdonarías por haber hecho lo que hizo? —pregunté al fin.

Ella limpió las lágrimas que caían sobre sus mejillas, me miró. Pensé que nunca contestaría. Se lo estaba pensando.

—No lo sé… eran personas inocentes. —Su mirada reflejaba tristeza—. No puedo imaginar el sufrimiento que pasaron las familiares de aquellas personas.

No podía hacer nada ante su elección, tendría que resignarme a cualquiera que sea llegara a ser su decisión, aunque ya la tenía anticipada. Me odiaría por el resto de su vida.

Estuve con ella durante un par de horas, sin embargo en todo ese tiempo no pude armarme de valor de decirle lo que realmente quería.

Alizee se levantó lentamente y apartándose de mí avanzó unos cuantos pasos, se giró, lanzándome una cálida mirada como si estuviera ante la mejor persona del mundo. Quizás agradeciendo el tenerme una vez más junto a ella, agradeciendo el tener compañía en esa mala noche, pero se equivocaba, no era yo con quien debía estar.

—¿Quieres un café? —preguntó con amabilidad—. Has estado aquí por mucho tiempo, es lo mínimo que puedo hacer —expresó con aquel tono encantador.

—Perdóname, Alizee —dije consiente de no poder aguantar más

Ella me miró extrañada.

—¿Por qué? Solo te ofrecí un café. No es nada.

Todo comenzó a dar vueltas a mí alrededor, el momento se acercaba y ya no podía hacer nada. Me levanté para situarme frente a ella.

—No soy la persona que crees, debo alejarme de ti. —La miré a los ojos, ella no comprendía.

—¿De qué hablas? Eres una excelente persona —dijo convenciéndose de que así lo era.

—No Alizee, no lo soy —espeté—. No soy nada de lo que crees, nada de lo que los demás creen —vociferé, no podía más.

—Sé que estás muy cansado… de la operación y de todo lo que te hicieron pasar…

—Alizee no te engañes, me conozco muy bien y por mucho que me duela… debo alejarme de ti.

—No te entiendo, no sé de qué hablas —mencionó retomando aquella sensación de incertidumbre—. No creo que exista algo por lo cual pudiera alejarme de ti. —Intentaba convencerme.

—La hay. —Mi mandíbula se tensó—. Yo… —Me sentía fatal. Alizee esperaba para escuchar lo que le diría. Se estaba preparando —. Debía hacerlo, no podía dejarlo pasar. Sé que hice mal, pero eso es lo que hago con personas como Alexander.

—Perdón, no te estoy entendiendo. ¿Personas como Alexander? ¿Qué hiciste?

—¡Él era un asesino! —Intenté convencerme—. Todos aquellos empresarios fueron producto de la muerte de su hermano. Yo solo hice lo que tenía que hacer. —La miré deseando no haber continuado con la charla—. Yo… lo asesiné. —Pude ver su cara de susto, de impresión, de horror hacia mi persona, la misma que mi padre llegó a tener—. Lo tenía que hacer —pronuncié tras no percibir su habla. Llevé mis manos a la cabeza, estaba desesperado, sabía que eso pasaría.

—¡Vete de mi casa! —gritó con rabia pero con la voz a punto de quebrarse—. ¡Lárgate! No te quiero ver más —me empujó con fuerza, me echaba de su casa. Dolía más de lo que había imaginado

—Maté por razón, siempre hubo una razón —expliqué deseando poder obtener misericordia de su parte—, no lo hice con inocentes, justo como lo has dicho. —No podía irme sin que lo supiera.

—¡No te quiero escuchar, vete! No quiero… —Sollozó de nuevo. Seguía presionando las manos contra mí; el miedo se apoderaba de ella, la fuerza en su empuje fue disminuyendo.

—Lo siento, Alizee lo siento. —Realmente lo sentía, me dolía pensar en el daño que le había hecho. No estaba seguro de si aquel asesino era yo o si lo seguiría siendo luego de la operación pero por ahora solo quedaba esperar lo mejor y asumir las consecuencias.

En el hospital no sabían que había escapado; los oficiales tenían entendido que mi operación sería a la mañana siguiente y además,

el cirujano les daría la noticia de mi fatídica muerte. Habíamos planeado un paripé. Mi muerte me libraría de ir a la cárcel.

Para ese entonces mi padre ya habría abandonado la ciudad con ayuda de un buen contacto; le habían creado una nueva identidad en un lugar alejado del país e incluso de los aledaños, en dónde continuaría con su vida. Del cirujano, poco sabía. Pero lo más importante era que no trabajaba en aquel lugar, ni mucho menos los que estuvieron en aquella sala. Todos ellos ya habían partido, a dónde, no lo sabía. Lo cierto era que no dejarían rastro.

A mis oídos había llegado la noticia de la pronta investigación sobre el material con el que se habían preservado a los restos de las víctimas. No tardarían en saber que se trataba de químicos que me relacionaban con mi padre. Las piezas estaban siendo encajadas y no eran imbéciles como para no lograr encontrar la relación conmigo.

—Joder, que te vayas. No te quiero volver a ver en la vida.

Lo entendía, ya estaba hecho.

Una vez dicho me fui de su casa.

Aquella noche no llevaba el auto, lo tenían custodiado. Así que me fui a pie. Caminar era lo que mejor podía hacer. Una cuadra después me senté sobre la banca de una parada de autobuses que había sobre la acera. Comenzó a llover, incliné la cabeza hacia atrás y recreé en mi mente lo que había sucedido. Era un jodido idiota. El peor de todos. Había confesado lo que había hecho y ellos no tardarían en buscarme.

Contaba con veinticuatro horas para que la noticia de mi muerte fuera revelada al resto del cuerpo policial y era el mismo tiempo del que disponía para poder escapar al menos que me encontraran antes.

Aún me quedaba saber en dónde se encontraba Adryen y Alessandro, el Artista Sangriento, pero de eso ya habría tiempo.

—Caden. —Escuché a alguien llamarme. Me giré al instante, aquella sonrisa y el ímpetu en su personalidad me maravillaba. Creí que jamás la volvería a ver.

—Audrey. —Me levanté para recibirla con un abrazo pero la herida sobre mi costilla seguía fresca, así que provocó un ligero sonido de dolor sobre mi boca.

—¿Qué te ha pasado? —dijo notando mi molestia y la cicatriz sobre mi cabeza. La había intentado cubrir, pero ahora sabía que necesitaría una gorra.

—Larga historia. —Con ella sentía que podía sincerarme. Su personalidad reflejaba confianza, era la persona perfecta—. Haría

falta poco más de una noche para contártela

—Tengo tiempo…

—Enserio —imploré—, no sé si debería…

Era bastante pronto para contarle y a decir verdad, temía que fuera a reaccionar de la misma manera en la que lo había hecho Alizee.

—Que va, he seguido de pies a cabeza aquel caso en el noticiero y creo que, incluso hasta en las películas de terror, se ve inmerso el amor —dijo más con aquello. Sabía sobre mí—. Caden. ¿No lo entiendes?

No había logrado comprender lo que decía. ¿Ella lo sabía? ¿Había resuelto lo que a la policía le había costado noches de investigación?

—Audrey… yo…

—¿A dónde irás? —pronunció cambiando el tema. Eso se le daba bastante bien, siempre oportuna ante conversaciones incomodas—. Mándame una postal, no es bueno que te vean por aquí. Anda ya, vete —finalizó con una sonrisa sincera.

El autobús había llegado y caminé hacia él sin apartar la mirada de ella, intentaba mantener una fotografía suya en mi mente. Este era el desenlace, el final de una parte de mi historia que me había llevado de un lugar a otro hasta sacarme de la ciudad.

Llevaba conmigo mi nueva identificación, además de un fajo de billetes. Después de todo la idea no había sonado tan descabellada, tenía mis dudas pero al fin accedí. No es que hubiera querido pasar el resto de mi vida tras las rejas, había sobrevivido a una cirugía y deseaba comenzar de nuevo. Descubrir lo que en realidad era o lo que sería de ahora en adelante.

Y sin duda, para el final del día siguiente todos me creerían muerto. La investigación habría llegado a su fin luego de falta de información, la muerte de dos sospechosos que no lograron interrogar y la desaparición de un tercero. Los periódicos se darían un buen festín con la noticia del año.

Un crimen más sin resolver, ya lo veía en los titulares.

—Buenas noches, Caden.

—Buenas noches, Audrey.

Me despedí de ella besándola con añoranza, sabiendo que no la volvería a ver o por lo menos no en mucho tiempo. La tomé de la cintura jalándola hacia a mí, aspiré su aroma, memorice sus facciones y deseé llevarla conmigo. Todo ocurrió momentos antes de partir.

Lo vi en su mirada, podía vivir con ello. Me esperaría, incluso

acudiría en mi búsqueda pero nuestra historia había acabado allí, con un beso frente a la parada de autobuses.

Se despidió a lo lejos sabiendo que era lo mejor.

Me despedí en silencio pensando en un final diferente pero solo me estaría engañando. No merecía un final feliz.

Había salido de la ciudad, con cierta ventaja y con más por delante. Me detuve a comprar una gorra y un par de gafas oscuras.

Había amanecido, el sol de la calurosa mañana de verano había llegado. Se avecinaba un buen día, si, lo podía percibir.

Me puse en marcha, había que tomar otro colectivo.

Miré la hora que marcaba el móvil nuevo.

Los transeúntes comenzaban a abandonar sus hogares para dirigirse al trabajo, las tiendas comenzaban a abrir, el sonido de las gaviotas y el ir y venir del mar retumbaban en mis oídos como el magnífico inicio de una nueva vida. Eso fue lo que me animó a pensar en mi siguiente movimiento.

Los recuerdos ahora habían quedado sepultados dentro de un sarcófago, en una ceremonia a la que no asistiría nadie. Ni siquiera Nolan al percatarse de lo cerca que había estado del asesino…

Mi mente comenzaba a divagar cuando el timbre de un mensaje perteneciente a un número que marcaba como desconocido apareció sobre la pantalla:

«¿Por qué siempre te olvidas de no dejar cabos sueltos?»

«No te preocupes, que ya lo he terminado yo. Alizee era una chica muy guapa, pero cuando he llegado, estaba tecleando el número de la policía. Ya no hay problema, continua tú.»

ACERCA DE LA AUTORA

Patsy García (México, 1994) es escritora y profesora. Escondida bajo el seudónimo de Gi Maelys es autora de obras como Fake y la trilogía Lunes. Agradecida de descubrir lo que en realidad le apasiona, algo que ama y quiere compartir, porque a las palabras no se las lleva el viento, son un legado que quiere conservar.

Esta novela es su primera entrega oficial en versión digital y papel —con todas las formalidades—. Luego de varios meses —incluso años— por fin cumple con uno de sus más grandes sueños. Aunque comenzó en Facebook y Wattpad con novelas romance y juvenil; sabe que ahora es momento de iniciar algo más grande.

Si te ha gustado hazlo saber a través de estas redes:

Contacto: gimaelyswriter@gmail.com
Página web: www.gimaelys.com
Twitter: @kanade_drew
IG: gmwords

Gracias por darme la oportunidad de llegar hasta ti…

BONUS EXTRA

¿Te ha gustado?
¡HAY SEGUNDA PARTE!

Adquiere los primeros capítulos de **GRULLA**, la segunda parte de BNQ.

Ingresa a la página web de la autora para inscribirte.

www.gimaelys.com

O envíame un correo a gimaelyswriter@gmail.com con la captura de pantalla de tu compra y te enviaré los primeros capítulos a tu correo.

No te quedes con las ganas de adentrarte al mundo de Étienne un detective francés que intenta lidiar con el amor, la resolución de crímenes y atentados terroristas que han puesto en jaque a la ciudad entera. Un golpe a la nación que debe ser prevenido, el regreso de Caden y El Artista Sangriento además de un par de víctimas con tatuajes.

¡Adquiérelo ya!


GI MAELYS
BUENAS
NOCHES
QUE
RIDA
UN THRILLER DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE